

Sandra Brown

# Todo por Honor

# Contraportada:

## Todo por honor

Aislinn Andrews conoció a Lucas Greywolf en extrañas circunstancias: le pilló saqueando su refrigerador. No sabía si aquel convicto huido de la cárcel era peligroso o era un héroe encarcelado por un delito que no había cometido. Pero no importaba lo que ella pensara, porque ahora era su rehén y no le quedaba más remedio que acompañarlo a la reserva

Durante el viaje, Aislinn se sintió a ratos intrigada y a ratos furiosa con aquel hombre que no se esforzaba por ocultar el deseo que sentía por ella... ni el odio que sentía por su raza. Pero en cuanto lo vio entre los suyos, inmerso en las sagradas tradiciones de su pueblo, Aislinn descubrió al verdadero Lucas

Si tan sólo intentas gritar me veré obligado a sujetarte otra vez. ¿Trato hecho?

Ella asintió con la cabeza y él le retiró la mano de la boca, momento que ella aprovechó para tomar aire.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—A pie, mayormente —contestó él despreocupado—. ¿Sabes quien soy?

—Sí, te buscan por todas partes.

—Ya lo sé.

en una urbanización a las afueras de Scottsdale, de la que tan solo se habían vendido unas pocas casas. A Aislinn no le cupo duda de que había elegido la suya precisamente por su localización.

Oyó un ruido metálico y susurrante desde la oscuridad, un sonido siniestro que la llenó de un pavor similar al que sienten los pequeños animales en la selva cuando el movimiento de las hojas los alertan de la presencia de un depredador. Lucas Greywolf había tomado un cuchillo de cocina del mostrador.

Esperando a sentir el frío metal en la garganta, al principio se quedó paralizada, para alegrarse de estar viva al ver que se encendía la luz de la cocina, que la cegó momentáneamente. Cuando por fin sus ojos se acostumbraron a la luz, vio el filo del cuchillo aún en el interruptor.

De aquella visión estremecedora, recorrió con la mirada un brazo cobrizo y nervudo, para terminar en un mentón cuadrado y fuerte, una nariz recta y escalofriantes que ella hubiera visto jamás.

Toda su vida había oído la expresión «paralizante», la había utilizado en innumerables ocasiones para describir cosas insustanciales. Pero nunca había percibido la sensación de verdad. Hasta aquel momento.

Nunca unos ojos habían irradiado tanto desprecio, tanto odio y tanta amargura.



. Por supuesto fue demasiado tonto para confiar en un indio. Todo el mundo sabe que los indios no son de fiar. ¿Verdad, señorita Andrews?

—No conozco a ningún indio —respondió ella suavemente, pues no quería provocarlo.

Pero al intentar no agraviarlo, pareció que lo único que consiguió fue ponerlo de peor humor, pues él la repasó con la mirada lentamente, despidiendo fuego con los ojos. La hizo sentir dolorosamente consciente de su pelo rubio, sus ojos azules y su piel perfecta. Entonces Lucas frunció el ceño, con aire despectivo.

—No, supongo que no —dijo, y antes de que ella pudiera darse cuenta, se había guardado el cuchillo en el cinturón y la había agarrado

— ¿Por qué?

Tragó saliva, atemorizada, cuando él la levantó y, sujetándole las manos detrás de la espalda, la sacó de la cocina. De camino a la puerta, el apagó la luz; el pasillo estaba oscuro y ella tropezó. Iban hacia la habitación y a ella se le secó la boca,

—Ya tienes lo que has venido a buscar.

—No todo.

—Dijiste que querías comida —rebatió ella desesperada, clavando los talones en la alfombra—. Si te vas ahora, te prometo que no llamar a la policía.

¿Cuánto tiempo?

—Hasta que decida irme —contestó él, mientras cruzaba la habitación y encendía la

— ¡No puedes!

Entonces volvió a donde permanecía ella y la agarró de la mano, llevándola consigo.

—No creo que estés en posición de discutir. Sólo porque aún no te haya hecho daño no quiere decir que no lo vaya a hacer si me desesperas lo suficiente.

—No te tengo miedo.

Una mata de vello oscuro le cubría el centro del pecho. La piel oscura estaba tersa sobre unos músculos que parecían increíblemente duros. Sus pezones eran pequeños y oscuros, y la tripa era lisa. La parte que rodeaba el ombligo estaba también cubierta de vello, que desaparecía en una estrecha línea bajo los pantalones.

— ¿Qué haces? —preguntó asustada Aislinn.

—Me voy a duchar.

Se desabrochó el cinturón, dejándolo medio abierto mientras se agachaba para abrir el grifo.

Dejó que el agua se calentara y llenó

Aún por encima de aquel sonido, Aislinn oyó el ruido de la cremallera del vaquero mientras Lucas se la bajaba.

— ¿Donde yo pueda verle? —gritó ella.

—Donde yo pueda verte a ti.

Tranquilamente se bajó los vaqueros y se los quitó.

Aislinn cerró los ojos. La invadió una sensación de vértigo y tuvo que agarrarse a la tapa del inodoro para no resbalarse. Nunca se había sentido tan ultrajada, tan insultada y asaltada.

Porque al ver la desnudez de aquel hombre se sentía asaltada por la masculinidad en su cuerpo era perfecta, con espalda y hombros anchos. Los muslos eran largos y musculosos, como prueba de su agilidad y fuerza. En las zonas en que su piel era suave, parecía de bronce pulido, aunque vivo y ágil. Donde estaba cubierta de pelo, parecía cálida e invitaba a ser tocada.

El asaltante levantó la ducha y se metió bajo su poderosa lluvia. No corrió la cortina. Procurando no mirar, Aislinn suspiró repetidamente.

— ¿Qué pasa, señorita Andrews? ¿Nunca has visto un hombre desnudo? ¿O es ver a un indio desnudo lo que te disgusta tan visiblemente?

Ella giró la cabeza, atónita ante el tono de burla. No quería que pensara que era ninguna vieja mojigata o una intolerante racista. Pero la pulla que tenía en la boca no salió de sus labios.

Fue incapaz de proferir sonido alguno, paralizada al ver las manos llenas de espuma del fugado acariciando su tersa desnudez. El agua estaba caliente y empañó los espejos. El vaho se posó sobre la piel de la rehén, que apenas podía respirar.

—Como ves —dijo él, mientras sus manos jabonosas bajaban a las partes nobles de su cuerpo, estamos equipados con lo mismo que los demás hombres.

Aislinn pensó que no exactamente igual, al tiempo que sus ojos echaban una mirada prohibida por debajo del torso del indio, hasta donde su bonito vello acolchaba su increíble virilidad.

—Eres muy ordinario —dijo—, tanto como criminal.

Él sonrió con sarcasmo y se quitó la banda del pelo, tirándola encima del resto de la ropa. Metió la cabeza bajo la ducha el tiempo suficiente para mojarse el pelo y tomó el bote de champú. Olió el aroma de este antes de echarse un poco en la mano, para después aplicárselo en la cabeza y sacar una espuma que pronto cubrió su pelo de ébano. Se frotó la cabellera sin piedad.

—Mmm, esto huele mejor que el champú de la cárcel.

Aislinn no dijo nada porque se estaba forjando un plan en su mente. Pensó que ya había metido la cabeza bajo la ducha una vez y tendría que hacerlo de nuevo durante más tiempo para enjuagarse el champú. No le quedaba mucho tiempo para pensar bien el plan, pues él ya se estaba retirando la espuma sobrante y limpiándose de las manos bajo el agua.

Había un teléfono en la mesilla de noche, y no tendría más que alcanzar la puerta del baño y marcar el número de emergencias.

Lucas metió la cabeza bajo la ducha, de modo que a Aislinn se le acabó el tiempo para seguir pensando.

Corrió hacia la puerta, la abrió y por poco se disloca el brazo en el intento. Entró en la habitación y llegó a la mesilla en menos de un segundo.

Descolgó el teléfono y marcó los números de manera frenética.

Se llevó el auricular a la oreja y esperó a oír la señal. Pero nada ocurrió.

Se pregunto si con las prisas habría marcado mal el número.

Colgó y lo volvió a intentar. Le temblaban tanto las manos que apenas

una fugaz mirada por encima del hombro, y por poco se desmaya al ver a Lucas Greywolf apoyado en la puerta, con gesto de total indiferencia.

Aparte de una toalla alrededor del cuello, no llevaba nada más. El agua le goteaba desde el pelo mojado por su cuerpo cobrizo. Algunas gotas se metían en zonas que ella deseaba no percibir. Tenía el cuchillo en la mano derecha, con el que se daba golpecitos en la cadera desnuda

Aislinn notó que la segunda llamada tampoco había dado señal, y que ninguna otra lo haría.

—Le has hecho algo al teléfono —afirmó.

—En cuanto entré en la casa.

Rápidamente recorrió con las manos el cable del teléfono. El conector que debía ir metido en la pared estaba destrozado, por lo que pudo ver, con el tacón de una bota.

Se llenó de frustración e ira. La enfureció verlo a él tan entero mientras ella se sentía impotente e idiota. Lo maldijo y le tiró el teléfono, para después lanzarse hacia la puerta, buscando una vía de escape a cualquier costa, Por supuesto no le quedaba esperanza, pero tenía que hacer algo.

Intentó llegar a la puerta e incluso llegó a abrirla, antes de que Lucas plantara la mano delante de su cara para volverla a cerrar, Ella se volvió sacando las uñas, dispuesta a atacar.

Su rostro estaba a tan sólo unos centímetros del de ella, y se le hinchaba y deshinchaba el pecho por el esfuerzo. La ira que desprendían sus ojos aterrorizó a Aislinn, pero ella no lo dejó ver.

En su lugar, lo miró desafiante.

—Si me vas a matar, hazlo de una vez.

No tuvo tiempo de prepararse cuando él ya la había puesto de pie. Le temblaban los dientes. Aún estaba tratando de recuperarse cuando vio el cuchillo haciendo un arco sobre su rostro. Sintió una ráfaga de aire cuando este le pasó por al lado. Intentó gritar, sin que saliera sonido alguno de su boca, al ver un mechón de su pelo en la mano del indio. El mechón tibio apretado entre aquellos dedos marrones simbolizaba su fragilidad y enfatizaba lo fácilmente que podía dominarla.

—Lo he dicho muy en serio, señorita dijo él, aún respirando con dificultad . No tengo nada más que perder. Como vuelvas a hacer algo así será algo más que tu pelo lo que cortará el cuchillo. ¿Entendido?

Con la mirada en el mechón de rubio cabello aún entre las manos del agresor, Aislinn asintió con la cabeza, estupefacta. Él abrió la mano y dejó caer el pelo al suelo.

Aceptando el consentimiento de ella, Lucas se retiró y se quitó la toalla. Se secó la humedad de la piel y se la pasó por el pelo; entonces se la dio a ella.

—Te sangra el brazo,

No se había dado cuenta. Miro hacia abajo y vio con sorpresa un hilo de sangre que le brotaba de la muñeca.

— ¿Estás herida en algún otro sitio? —preguntó él, a lo que ella negó con la cabeza—. Ve a la cama.

El miedo sustituyó al resentimiento de que un fugitivo de la justicia le diera órdenes en su propia casa, pero sin un murmullo de protesta, lo obedeció. El brazo había dejado de sangrar. Dejó la toalla a un lado y se volvió para mirar a su captor.

—Quítate la ropa.

Aislinn había pensado que ya no podría asustarla más de lo que ya había hecho, pero se dio cuenta de que se había equivocado.

— ¿Qué? dijo, casi sin aliento.

—Ya me has oído.

—No.

—A menos que hagas lo que te digo, ese corte en tu brazo no será más que el principio.

El acero desnudo del cuchillo refulgía bajo la luz de la lámpara mientras él lo blandía por delante de la cara de ella.

—No creo que me hicieras daño.

—No apuestes.

era bonito y nada funcional. No dejaba nada a la imaginación, y pensó que un hombre que llevaba tanto tiempo en prisión tendría una imaginación muy desarrollada.

—El sujetador.

alda.  
—Bastardo —protestó ella—. Desátame.  
—Duérmete.  
—Te he dicho que me desates —le gritó, mientras intentaba sentarse.

Él rodó y la volvió a tumbar. A pesar de que no podía verlo en la oscuridad, los cuerpos tan pegados comunicaban una terrible amenaza que era más represiva que la mera fuerza.

—No he tenido más remedio que atarte,

— ¿Y por qué me has hecho desnudarme?

—Para que te fuera más difícil escapar. Tengo serias dudas de que salieras a la calle

— ¿Y qué? —preguntó enfadada.

Tras una breve pausa, le otorgó su respuesta entre la oscuridad, como un gato negro, sigiloso y sensual, al que se espera pero no se ve hasta que ya está en el lugar.

—Y porque quería mirarte.

—Levántate —repitió él lacónicamente—. Y vístete. Nos vamos.

A los pies de la cama estaban las medias que la habían sujetado tanto a la cama como a él. Se dio cuenta de que la había liberado en algún momento, y se preguntó por que no se había despertado entonces, si su toque habría sido tan diestro y suave. Entonces recordó que había sentido frío al despuntar la mañana, y se volvió a preguntar si la había cubierto, lo cual la hizo temblar.

La alivió ver que él ya estaba vestido con la misma ropa polvorienta que había desperdigado la noche anterior antes de meterse en la ducha, aunque había sustituido la manga que llevaba en la cabeza por una de sus diademas. El pendiente y la cruz aún le brillaban en contraste con la piel cobriza, y pudo percibir el aroma del champú sobre su cabello negro como el ébano.

No lo había imaginado. Lucas Greywolf era muy real y personificaba todas las pesadillas de cualquier mujer, o todos sus sueños.

De repente volvió de sus pensamientos.

—¿Que nos vamos? ¿Adónde? Yo no voy a ir a ningún sitio contigo.

El gesto de desdén del delincuente le mostró el crédito que daba a su protesta. Abrió el armario de Aislinn y comenzó a hurgar entre las perchas.

Dejó pasar algunos vestidos de diseñador y camisas de seda para sacar unos vaqueros viejos y una camisa informal, que le tiró sobre la cama.

Después se inclinó para mirar los zapatos, y tomó un par de botas sin tacón. Las llevó a

—Puedes vestirte tú misma o... —dijo, haciendo una pausa mientras la miraba bajo la manta con sus ojos grises— o puedo vestirte yo. En cualquier caso, salimos en cinco minutos.

Tenía una postura muy descarada. Con los muslos abiertos, el pecho fuera y la cabeza bien alta, llevaba la arrogancia estampada en el rostro de nativo americano. La autoconfianza emanaba de él como el olor a almizcle de su cuerpo.

Ceder dócilmente a tan pura audacia era inaguantable para Aislinn Andrews.

—¿Por qué no me puedes dejar aquí?

—Pregunta estúpida, Aislinn, e indigna de ti.

los matones,

—Escucha, señorita, si no necesitara tu protección no te daría ni un día. Así que no tienes tu suerte —la amenazó Greywolf, y, dándole la vuelta, le dio un pequeño empujón en la espalda—. Andando.

La llevó a la cocina, donde tomó un termo y una bolsa llena de provisiones.

—Veo que ya te sientes como en casa —dijo ella.

Por dentro, se estaba maldiciendo por haber dormido tanto, pensando que se podía haber escapado por la ventana mientras él se servía café y le saqueaba la despensa.

—A donde vamos nos van a hacer falta las provisiones.

—¿Y dónde es eso?

—Donde vive la otra mitad.

No explicó más, sino que, sujetándola con fuerza del brazo, llevó a Aislinn al garaje. Tras abrir la puerta trasera del coche, la metió dentro y rodeó este para meterse tras el volante. Colocó el termo y la bolsa entre ellos y ajustó el asiento tan lejos como pudo para que le cupieran las largas piernas. Abrió la puerta del garaje con el mando que ella siempre dejaba en el salpicadero. Una vez que hubo sacado el coche, la volvió a cerrar del mismo modo. Al final de la calle, maniobró con agilidad para meterse en el tráfico del bulevar.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera? —preguntó ella.

Lucas no se detuvo junto a ningún coche el tiempo suficiente para que ella pudiera hacer contacto visual con ningún conductor o pasajero. No había ningún coche de policía a la vista. Greywolf conducía con cuidado y dentro de los límites de velocidad; no era ningún tonto.

Tampoco era muy hablador, y no contestó a su pregunta.

—Me echarán en falta, ¿sabes? Tengo un negocio, y cuando no aparezca en el trabajo la gente empezará a buscarme.

—Ponme café.

A Aislinn se le abrió la boca ante el modo tan imperativo en que le dio la orden, como si él fuera el valiente guerrero piel roja y ella su sqwaw.

—Vete al infierno.

—Ponme café.

Si le hubiera gritado, ella quizá se habría enfrentado a él. Pero las palabras salieron de sus labios tranquilamente, llenándola de escalofríos.

Hasta aquel momento no la había herido, pero era considerado peligroso. Aún llevaba el cuchillo de cocina en la cintura. Una mirada a sus ojos grises, que abandonaron la carretera el tiempo justo para clavarla al asiento, le demostraron que era un enemigo reconocido.

Encontró dos tazas de poliestireno en la bolsa que Lucas había llevado cuidado media taza de café humeante y aromático del termo. Él no le dio las gracias cuando se lo ofreció, sino que dio un trago, entrecerrando los ojos por el vapor.

Sin pedir permiso, ella se sirvió otra taza y cerró el termo. Se quedó mirand mientras daba vueltas a la taza con las palmas de las manos. Y se preguntaba cuáles serían sus planes para ella. Estaba tan concentrada que casi dio un salto cuando él le habló de repente.

— ¿Qué tipo de negocio?

— ¿Qué?

—Has dicho que tenías un negocio.

—Ah, un estudio fotográfico.

— ¿Haces fotos?

—Sí, sobre todo retratos. Novias, bebés, graduaciones, ese tipo de cosas.

Al terminar la carrera de Periodismo, Aislinn había tenido aspiraciones de revolucionar el mundo con su provocador foto—periodismo, viajar a través del mundo plasmando incendios, hambre e inundaciones en película. Le habría gustado provocar emociones intensas como ira, amor y compasión en cada fotografía.

Pero sus padres tenían planes totalmente diferentes para su única hija. Willard Andrews era un prominente hombre de negocios en Scottsdale, y su esposa, Eleanor, era una reina de la sociedad.

Esperaban de su hija que hiciera lo “adecuado”, entretenerse con proyectos adecuados hasta que se decidiera a casarse con un joven adecuado. Había muchos clubes a los que podía afiliarse y muchos comités que podría presidir. También podía hacer obras de caridad, siempre que no se involucrara personalmente.

Una carrera, especialmente una tan arenosa como la de viajar a remotas partes del mundo para tomar fotos de cosas demasiado horribles para discutir en las cenas de gala, desde luego no encajaba en los planes de sus padres. Tras meses de interminables peleas, acabaron por agotarla y se había doblegado ante su voluntad.

Como concesión, su padre le había financiado un estudio de fotografía donde podía hacer insulsos retratos de los amigos de sus padres y sus vástagos. No era una mala lo un grito en la distancia del significativo trabajo que ella siempre había querido realizar.

policía así como a la propiedad federal explicó, en un modo que hizo a Aislinn pensar que no estaba precisamente confesando, sino citando textualmente lo que había oído tantas veces . Pero creo que mi verdadero crimen es haber nacido indio.

—Eso es ridículo, no puedes culpar a nadie de tu mala suerte más que a ti mismo,

—Creo que el juez dijo algo parecido cuando dictó sentencia dijo, con un gesto triste. Permanecieron en silencio durante un rato, hasta que ella se aventuró a preguntar.

—¿Cuánto tiempo has estado en la cárcel?

—Treinta y cuatro meses.

—¿Y cuanto te quedaba?

—Tres meses.

—¿Tres meses? ¿Te has escapado cuando s lo te quedaban tres meses?

Él miró de reojo al asiento donde estaba ella.

—Te dije que tenía que hacer algo y nada me va a detener.

—Pero si te atrapan...

—Me atraparán.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—Te he dicho que tenía que hacerlo.

—Nada puede ser tan importante.

—Lo es.

—Añadirán meses, posiblemente años, a tu condena.

—Sí.

— ¿Eso no significa nada para ti?

—No.

—Pero estás tirando años de tu vida. Piensa en todas las cosas a las que renuncias,

—Como una mujer.

Dijo las tres palabras de forma cortante y, como pequeñas balas, mataron el sermón de Aislinn.

Ésta cerró enseguida la boca, manteniendo sabiamente el silencio sobre aquel asunto en particular.

Ninguno de los dos habló, aunque sus pensamientos corrían por las mismas sendas. Desde diferentes perspectivas, cada uno recordaba lo ocurrido la noche anterior. Aislinn no quería mostrar sus perturbadores recuerdos de Greywolf de pie en la puerta del baño, desnudo y mojado, con un gesto de indolencia que era más una amenaza. O apretando su sujetador contra el rostro, inhalando el aroma con ansia. O desatándola y tapándola con la manta cuando ella no se daba cuenta. Los pensamientos eran agobiantes, y Aislinn se sintió sofocada por ellos y por la cercanía de él.

Al fin lo hizo desaparecer del único modo que podía. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo.

— ¡Maldita sea!

Debía de haberse quedado dormida, y se despertó bruscamente ante el grito de Greywolf, que golpeó el volante con el puño derecho.

— ¿Qué pasa? —preguntó— mientras se incorporaba y parpadeaba ante el sol de la tarde.

—Controles —contestó Greywolf, sin apenas mover los labios.

A través de las ondas de calor sobre el asfalto, Aislinn vio coches patrulla bloqueando la autopista. Los agentes detenían a todos los coches antes de dejarlos pasar.

Antes de siquiera poder registrar lo esperado de la visión, Greywolf aparcó el coche en un espacio ágil, se sentó a horcajadas, se puso en cuclillas sobre el respaldo y le desabrochó a Aislinn la camisa; luego, le bajó las copas del sujetador sobre los pechos.

— ¿Qué estas haciendo? —dijo ella, mientras le daba golpes en las manos.

Al principio estaba atontada por la siesta y después demasiado alucinada para luchar contra él. Para cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya le había desabrochado la camisa hasta la mitad y le sobresalían los senos en el enorme escote.

—Confiar en la naturaleza humana —respondió

Examinó su trabajo y, aparentemente encontrándolo satisfactorio, saltó a la parte de

—Te toca conducir. Consigue atravesar el control.

—Pero ¡no! —protestó ella vehementemente—. Sencillamente me voy a alegrar de que te capturen, señor Greywolf.

—Mueve el maldito coche antes de que sospechen al verlo parado. Pon el trasero en ese asiento y vuelve a meterlo en la autopista. ¡Ya!

La mirada que le lanzó Aislinn por encima del asiento fue de lo más hostil, pero obedeció cuando él se sacó el cuchillo de la cintura y lo blandió de modo amenazante.

—Ni se te ocurra tocar el claxon —le advirtió, a la vez que ella pensaba en aquello mismo.

Con o sin cuchillo, Aislinn tenía la intención de meterse en el control gritando. En cuanto frenara, saltaría del coche y dejaría que las autoridades atraparan al salvaje,

—Si estás pensando en entregarme, olvídale —dijo Lucas.

—No tienes ninguna oportunidad.

—Tú tampoco. Les diré que estabas de acuerdo, que me refugiaste anoche y me ayudaste a llegar hasta aquí.

—Sabrán que estas mintiendo —se burló ella.

—No cuando investiguen las sábanas de tu cama.

Alarmada ante sus palabras, lo miró por el espejo y vio que estaba tumbado en el asiento como si estuviera dormido. En la mano tenía una revista de fotografía, que Aislinn imaginó pensaría utilizar para taparse la cara.

—¿Qué quieres decir?—preguntó temblorosa, sin gustarle nada la seguridad que veía en sus ojos grises—. ¿Qué tienen que ver mis sábanas con nada?

—La policía encontraría evidencias de sexo en ellas.

Aislinn se quedó pálida y apretó el volante con tanta fuerza que se le empezaron a quedar blancos los nudillos. Tragó saliva por la vergüenza.

—Ahora, si quieres una explicación más amplia —dijo el con dulzura—, me alegrará mucho dártela. Pero ya eres adulta, así que supongo que te lo podrás imaginar. Hacía mucho que no veía una mujer desnuda, y mucho menos tumbada en la misma cama, tan cerca como para olerla, escuchar su respiración. Piénsalo, Aislinn.

No quiso pensarlo. Ya tenía las palmas de las manos empapadas y el estómago le daba vueltas.

No podía entender de qué le estaba hablando. Podía estar mintiendo, pero también podía estar diciendo la verdad.

Se preguntó si antes de arrestarla, la policía daría algún crédito a su versión de los hechos. No tenía ninguna prueba. No había señales de fuerza en la entrada. Tenía claro que no la implicarían durante mucho tiempo, pero mientras tanto le complicaría mucho la vida. Y además sería muy vergonzoso, pensó. Nunca podría olvidar el incidente, y sus padres estarían mortificados.

—Y no me voy a rendir sin luchar —le susurró Greywolf mientras ella frenaba el coche, para meterse en la cola con los otros coches—. No me atraparán con vida.

Ya sólo quedaba un coche por delante de ellos, y el policía se estaba inclinando para hablar con el conductor.

—A menos que quieras mi sangre en tu conciencia, por no hablar de la de los inocentes que pudiera llevar conmigo, será mejor que hagas lo imposible por pasar ese control.

Se le había terminado el tiempo de decidir, pues el policía despedía ya al coche de delante y le hacía gestos para que se acercara. Aislinn no sabía qué hacer, ni cómo se había metido en una situación como aquella.

Aunque le pareció extraño, cuando llegó el momento no tuvo que pensarlo. Tampoco decisión en la delicada balanza entre sentido común y conciencia. Simplemente

Bajó la ventanilla y antes de que el policía pudiera articular palabra, ella saltó.

—Oh, agente, cuanto me alegra que me haya parado; le pasa algo raro al coche. Hay una lucecita roja que no deja de encenderse y apagarse. ¿Qué cree que podrá ser? Espero que nada malo.

La treta funcionó, Aislinn pareció ser muy corta de luces ante el policía. Al menos sus profundas y ansiosas respiraciones así la hacían parecer.

El pelo, que Greywolf no le había dado tiempo a cepillar por la mañana, estaba ahora aún más despeinado por la siesta. Le caía sobre los hombros con un desorden de lo más sugerente, especialmente para un policía de tráfico mal pagado al que habían encargado la poco agraciada tarea de parar coches en una autopista bajo el sol de mediodía de agosto para buscar a algún indio renegado que, en su opinión, estaría ya en México.

—Bueno, señorita —dijo, empujándose hacia atrás el sombrero para secarse el sudor—, veamos cual es el problema.

Se inclinó para mirar por la ventana, en teoría para mirar la lucecita, pero Aislinn sabía que tenía los ojos clavados en sus senos. En cualquier caso, le cambió la expresión del rostro al mirar el asiento de atrás,

— ¿Quién es ese?

—Oh, ese es mi marido —dijo, con desgana y encogiéndose de hombros, mientras se hacía remolinos en el pelo con un dedo. Se pone de muy mal humor si lo despierto cuando viajamos. —Y agitó las pestañas sobre sus preciosos ojos azules. El policía volvió a sonreír.

Greywolf solía conocer la naturaleza humana, pero no comprendía por qué aquella mujer se estaba arriesgando tanto por protegerlo. Tampoco tuvo tiempo para analizarlo; el policía estaba hablando de nuevo.

—Yo ahora no veo ninguna luz.

Estaba susurrando, como si no quisiera despertar al marido durmiente, que podría ponerse algo más que de mal humor si veía a alguien comiéndose con los ojos a su esposa.

—Ah, bueno, gracias —ya no le quedaba demasiada valentía. Ahora que ya había ayudado a un criminal, estaba ansiosa por desaparecer—. Supongo que no era nada entonces.

—Podría ser que se le ha calentado el motor —dijo el oficial, con mirada lasciva—. El mío desde luego está caliente.

Susurró lo último en voz aún más baja, y Aislinn sonrió débilmente, ocultando la repulsión.

Greywolf se revolvió y masculló algo, y al policía se le borró la petulante sonrisa.

—Nos vemos —se despidió ella, mientras retiraba el pie del freno para ponerlo en el acelerador.

No quería parecer ansiosa por marcharse, a pesar de que el conductor de detrás tocaba el claxon con impaciencia, a lo que el policía respondió con una mirada intimidatoria.

—Sería mejor que revise esa luz si se vuelve a encender. Si quiere puedo llamar por radio y...

—No, no se preocupe —gritó ella por la ventana—. Despertaré a mi marido si vuelve a

Subió la ventanilla y hundió el acelerador.

Miró por el espejo retrovisor y vio al agente explicándole la situación al iracundo conductor al que habían tenido esperando tanto tiempo.

Sólo cuando hubo perdido de vista el control dejó que sus músculos se relajaran. Se había quedado pegada al volante y forzó a sus dedos para que lo soltaran.

—Me gustaría animarte, decirte que lo peor ha pasado, pero parece que los problemas no han hecho más que empezar, Aislinn.

Le estaba mirando los pechos, que ella enseguida recordó estaban exhibidos de forma indecente. Le temblaron las manos mientras se los tapó con la blusa.

— ¿A qué te refieres?

—Me refiero a los malditos controles, no había contado con ellos. Necesitamos un televisor.

— ¿Un televisor? —repitió ella casi sin voz.

—Sí —contestó él, mirando hacia atrás y hacia adelante . Estoy seguro de que hablarán del operativo en las noticias. Con un poco de suerte explicarán con todo detalle nean atraparme las autoridades. Vamos.

Señaló con la barbilla. Con desgana, Aislinn volvió a meter el coche en la autopista.

— ¿Y qué pasa con la radio? Podemos oír las noticias.

—No con tanto detalle. ¿Nunca has oído que una imagen vale que mil palabras?

—Supongo que me dirás adonde ir y cuando parar

—Tú sólo conduce.

Viajaron en silencio durante casi una hora, en la que él le iba pasando queso y galletas de la bolsa. Greywolf peló una naranja y dividió los gajos entre ambos. A Aislinn no le gustaba comer de sus manos, pero abría la boca obediente cada vez que el le ponía un gajo en los labios.

Cuando llegaron a las afueras de una ciudad fantasmagórica, Greywolf le dio instrucciones de aminorar. Pasaron varias tabernas alineadas a lo largo de la carretera cómo tristes prostitutas desesperadas por conseguir clientes.

—Ahí —dijo Greywolf— señalando con el dedo.

—Métete en el Tumbleweed.

El rostro de Aislinn se llenó de disgusto. El Tumbleweed es el más sórdido de todos los locales.

—Espero que lleguemos a tiempo para la hora feliz —dijo— irónica.

—Tienen televisión —alegó Greywolf, que había visto una antena en el tejado . Sal.

—Si, señor —murmuró ella, mientras abría cansinamente la puerta.

lo

había tres ocupados.

Cuando la puerta se cerró, tres pares de ojos hostiles se volvieron a ellos y los miraron con sospecha.

Un par, cargado de maquillaje, pertenecía a una mujer rubia con pinta de ordinaria que tenía los pies descalzos encima del taburete que tenía en frente, y se pintaba las uñas de los pies.

—Oye, Ray, tenemos clientes —chilló.

Ray, según asumió Aislinn, era el hombre obeso de la barra, que estaba inclinado con sus enormes brazos en una nevera y los ojos pegados al televisor que había colgado en la esquina. Estaba embobado con un culebrón.

—Pues atiéndelos —bramó, sin apartar los ojos de la pantalla.

—No se me han secado las uñas.

Ray soltó una retahíla de obscenidades que Aislinn pensó deberían reservarse para las paredes de los urinarios de los puertos. Movi6 el gordo trasero de la nevera recién llegados una mirada de lo más agria. Aislinn fue la única que lo vio, pues su acompañante tenía la cabeza oculta en su cabello y la lengua en su oreja.

. ¿Durante cuánto tiempo?

—El que haga falta. Cada media hora o así pediremos mas cervezas para que Ray no se enfade porque le ocupemos el espacio.

Aislinn se preguntó cómo podía un hombre hablar de forma tan racional mientras la mordisqueaba con tanta delicadeza, y se retorció para escapar de sus labios.

—Yo no puedo beber tanto.

—Cuando nadie mire, tira la cerveza al suelo. Dudo que se den cuenta.

—Yo también —dijo ella, con un escalofrío, mientras levantaba el pie del suelo pegajoso con sustancias que creyó mejor no identificar . ¿Estás seguro de que va a merecer la pena?

El tiempo parecía no pasar para Aislinn. No porque se aburriera, sino porque tenía los nervios a flor de piel. Se repetía una y otra vez que era porque estaba esperando que cruzara la puerta un potencial salvador. Pero en el fondo, su veleidosa tenía más que ver con la estimulación erótica de Greywolf.

No lo podía llamar de otra manera; no se le ocurría otro término para el modo en que metía los dedos entre su pelo y le sujetaba la cabeza mientras le mordisqueaba el cuello.

O el modo en que le apretaba el muslo cuando la camarera les llevaba mas cerveza. O el modo en que los labios jugaban con sus orejas.

—No —gimió ella una vez, cuando una caricia en particular le puso el vello de punta.

—Lo del gemido está bien. Sigue —le susurró, mientras un par de camioneros pasaron por al lado, de camino a la máquina de pinball.

Le tomó la mano y la metió bajo su camiseta, contra su piel. Aislinn hizo un débil intento de sacarla, pero Greywolf no la dejó, y ya que estaba obligada a tocarlo, se dejó llevar por la curiosidad. Tan discretamente cómo pudo, le tocó la carne con las yemas de los dedos. Movi6 el pulgar solo un milímetro y encontró el pezón. Estaba erecto. Él tomó aire.

—Dios santo —exclamó—. No hagas eso.

Durante toda la tarde había tenido el cuerpo tenso, pero no era nada comparado con la rigidez con la que se apretaba contra ella ahora. Ella sacó la mano rápidamente.

—Sólo hago lo que tú...

—Sss.

—No digas...

—Sss, mira, en la pantalla.

Miró al televisor, y vio a un locutor de Phoenix que daba la noticia sobre la búsqueda de un fugitivo, el activista indio Lucas Greywolf. La pantalla mostraba una foto de este, que Aislinn apenas reconoció, en la que tenía el pelo casi rapado.

—No es una foto muy favorecedora —le comentó.

El torció el borde de la boca en un amago de sonrisa, pero enseguida volvió su atención al mapa de Arizona que mostraban en aquel momento. Tal y como había adivinado, los medios no le estaban haciendo ningún favor a las fuerzas de la ley, y señalaban todos los puntos donde había controles. A pesar de que aquel tipo de noticias saboteara la labor de la policía, el principal objetivo de las televisiones era sacar la primicia antes que sus competidoras.

En cuanto el presentador cambió de asunto, Greywolf se levantó del sillón.

—De acuerdo, vámonos. Y recuerda tambalearte, se supone que te has tomado varias cervezas.

Le ofreció la mano, con la atención en la puerta, que se estaba abriendo para que entrara otro cliente. El juramento de Greywolf fue en voz baja, pero no menos feroz, al ver un hombre uniformado entrando tranquilamente.

. Porque para  
rescatarte, monada, tendrá que pasar sobre mi.

— ¿Que piensas hacer?

—De momento, más de lo mismo —dijo, mientras le besaba el cuello—. A lo mejor se va.

Pero parecía que el oficial se iba a quedar toda la noche. Su «par de cervezas» se convirtieron en tres y luego cuatro. Estela no se movió de su lado, a menos que tuviera que atender a algún otro cliente. Tonteaban de manera descarada, intercambiando insinuaciones sexuales, hasta que sus bromas provocativas se tornaron en susurros suaves y privados, salpicados con la sensual risa de Estela. Las manos del sheriff no se estuvieron quietas, y no dejaron de acariciarla, a lo que ella no puso reparos.

Las esperanzas de Aislinn se habían encendido al ver entrar al oficial, pero ahora dudaba mucho de que a este le importara mucho atrapar o no al convicto. Había mucha gente, tanto indios como no indios, que pensaba que habían acusado a Lucas Greywolf en solidarios con su causa. Aislinn pensó que quizá aquel sheriff

dijo, señalando con el pulgar .

¿Quieren usted y su dama una para la tarde?

—No, gracias. La tengo que llevar a casa antes de que vuelva su viejo.

Ray se carcajeó y volvió a la serie policíaca que resonaba ahora en el televisor, El sheriff, demasiado ocupado poniendo toda su pasión en el beso con que trituraba los receptivos labios de Estela, ni siquiera levantó la vista.

Una vez fuera, Aislinn llenó los pulmones de aire puro. Pensaba que sus fosas nasales nunca llegarían a filtrar el húmedo aliento a cerveza y el humo de tabaco picado. Greywolf, en cambio, no perdió el tiempo en lujos como respirar aire fresco, sino que la metió a empujones en el coche.

En pocos minutos pusieron varios kilómetros de por medio, y solo entonces respiró profundamente. Bajó la ventanilla y pareció deleitarse con el viento golpeándole el rostro.

—Estás mejorando mucho en lo de escapar de la ley —señaló.

rato, Greywolf agitó la cabeza y suspiró con resignación.

—Mientras estemos aquí, podemos aprovechar el tiempo y dormir un rato. Métete en el asiento

a la espalda tan tesa como una tabla contra el pecho de él. Al poco tiempo le comenzó a doler el cuello de la tensión de mantener la pequeña distancia entre ambos, y no dejó caer la cabeza sobre el hombro de Greywolf hasta que creyó que

—Eres muy cabezota, Aislinn Andrews.

Aislinn cerró los ojos e hizo rechinar los dientes, al ver que él había sido consciente de su cabezonería Y su rendición final. Pensó que probablemente lo había estado esperando.

—Si relajas los brazos quizá podría respirar.

—O alcanzar el cuchillo.

Estuvieron en silencio un rato, hasta que él habló.

—Eres una de las pocas.

— ¿De las pocas que?

—Mujeres con las que he pasado más de una noche.

—No esperes que me sienta halagada.

—No lo espero. Estoy convencido de que una anglo virgen como tú no puede imaginar nada peor que tener un indio entre los muslos puros.

—Eres de lo más vulgar. Y no soy virgen.

— ¿Has estado casada?

—No.

—Entonces, ¿has vivido con un hombre?

—No.

— ¿Romances?

—No es asunto tuyo.

Prefería morirse antes de que él supiera que se lo había habido uno, que no merecía la pena mencionar. Había sido una experiencia horrible, en la que se había metido principalmente para satisfacer su curiosidad.

Entre ella y aquel hombre no había habido más que un ligero afecto, ninguna comunicación, nada de calidez o cercanía, y mucho menos pasión.

Tras aquello, se había desilusionado y había imaginado lo mismo en su compañero.

No había querido arriesgarse a otro encuentro horrible como aquel y había empezado a pensar que sencillamente no le interesaba el sexo. Los hombres con los que había salido lo habían intentado, pero ninguno había mostrado suficiente interés por continuar la relación más allá de alguna cena y algún beso de despedida ocasional.

Pero mejor que hablar de su vida amorosa o, mejor dicho, de su falta de ella, le preguntó.

— ¿Y qué hay de ti? ¿Cuántos asuntos del corazón has tenido?

Pero o se había quedado dormido o no le hizo caso. En cualquier caso, no hubo respuesta.

Aislinn se acurrucó a él en busca de calor.

Un suave gruñido, como el ronroneo de un gato, retumbó en su cerebro. Se revolvió y cuando este logró encajar las piezas de la información que le enviaban sus sentidos, se despertó y abrió los ojos de golpe.

—Oh, Dios mío.

Estaba despatarrada sobre Lucas Greywolf.

En algún momento durante la noche se había dado la vuelta, de forma que sus mejillas descansaban sobre el pecho descubierto de él. Tenía los pechos aplastados contra su estómago y las caderas...

—Oh, Dios.

Repitió la plegaria, pues su entrepierna estaba cubriendo toda la masculinidad de él.

Y estaba muy dura.

Con las mejillas ardiendo, se incorporó y se revolvió hacia el lado contrario del asiento.

—Lo siento —tartamudeó, tapándose el rostro.

—Yo también —contestó él, con voz chirriante, y abrió la puerta, cayendo prácticamente al suelo.

Se quedó de pie durante un buen rato junto al coche. Aislinn no se atrevió a preguntar que ocurría. Lo sabía.

Ya tenía sed y no la había ayudado mucho comer galletas de las provisiones que Greywolf le había robado de la cocina.

Cuando aún estaban en las afueras del pueblo, Greywolf llamó con los nudillos por el cristal trasero y el conductor se detuvo frente a una estación de servicio. Lucas saltó y

—Muchísimas gracias —agradeció al conductor, que los despidió con el sombrero de paja.

— ¿Ahora qué? —preguntó Aislinn, cansada.

Instintivamente sabía que los navajos se sentirían solidarios con Greywolf, pero por un momento alumbró esperanzas ante la perspectiva de parar en una ciudad.

La esperanza murió en el mismo momento en que vio la comunidad. Las calles estaban desiertas. Salvo algunos pollos que picoteaban en la árida tierra de un corral que cruzaba la carretera, no había señales de vida por ninguna parte. El pueblo parecía tan inhóspito y poco hospitalario como el desierto que lo rodeaba.

Greywolf se dirigió al edificio de acero que albergaba la estación de servicio, y Aislinn se obligó a seguirlo, arrastrando los pies. No se había sentido tan incómoda en su vida. El sudor que había empapado su ropa en el camino por la carretera estaba seco, y había dejado un residuo arenoso y sólido que le picaba de forma muy molesta. Tenía calor, estaba pegajosa y quemada por el sol. Tenía los labios resecos y el pelo era una maraña enredada.

Gruñó al ver el cartel que colgaba de la mugrienta ventana de la gasolinera.

— ¡Siesta! —exclamó con voz lastimera,

—Cierran hasta las cuatro —dijo Greywolf, volviendo la cabeza para mirar el sol.

Aislinn descubrió una exigua hilera de sombra junto al edificio y se apretó contra él, apoyando la cabeza en la pared. Cerró los ojos, que abrió enseguida al escuchar un ruido de cristales rotos.

Greywolf había hecho añicos el cristal de la puerta con una piedra. En un abrir y cerrar de ojos, metió la mano y logró abrir la cerradura. La puerta se abrió, protestando con un

ión del rincón en el que estaba la cabina, semioculta por una pila de revistas viejas.

Si pudiera hacerlo seguir hablando, quizá podía llegar hasta el teléfono y hacer una llamada sin que él se diera cuenta. Pero no sabía dónde estaba, cual era el nombre de aquel pueblo dejado de la mano de Dios. No sabía por qué autopista habían ido. No recordó haber visto ninguna señal, ni siquiera sabía si era una autopista. Pensó que quizá podían haber cruzado los límites del estado y ni siquiera seguir en Arizona.

— ¿Has terminado?

Saltó con sentimiento de culpa al oír la voz de Greywolf.

—Si —dijo, y le pasó la botella vacía.

Donde un momento antes se había sentido rezagada, su mente estaba ahora alerta, rumiando maneras de distraerlo.

—Dame dinero —le ordenó Lucas, extendiendo la mano,

Muy dispuesta a obedecerlo por el momento, buscó en su bolso y sacó un billete de

—Esto debería bastar.

Él dobló el billete y lo colocó debajo de un cenicero.

—Hay servicios en la parte de atrás — dijo—. ¿Quieres ir?

Aislinn quería ir, pero pensó en su siguiente estrategia. Podía mentir y decir que no necesitaba ir y decirle que fuera él mientras ella esperaba, pero podía sonar poco creíble y

—Si, por favor —dijo, dócilmente.

Sin mediar palabra, le abrió la puerta y la llevó a donde estaban los servicios. Aislinn temía lo que la esperaba dentro, mientras él le abría la puerta del baño de mujeres. El olor era nauseabundo, pero entró de todas formas y encendió la tenue luz.

Aunque bastante terrible, era mejor de lo que había esperado. Ahora que recordaba cuanto tiempo había pasado, necesitó ir al baño con urgencia, sin importar el estado de este. Cuando hubo terminado, se enjuagó la cara y las manos en el lavabo oxidado. Incluso el agua tibia le pareció fresca contra la piel ajada por el sol y el viento.

Optó por secarse al aire y fue a la puerta, quitó el pestillo y empujó. No se abrió.

Al principio pensó que no había empujado bien y tiró, pero fue inútil. Volvió a empujar con todas sus fuerzas. No se movió. Llena de pánico, se tiró contra la puerta.

— ¡Greywolf! —gritó, frenética—, ¡Greywolf!

— ¿Qué pasa, Aislinn?

—No puedo abrir la puerta.

—Eso está bien.

Se quedó boquiabierta, al darse cuenta de que la había encerrado.

— ¡Abre la puerta! —gritó, mientras golpeaba con los puños.

—En cuanto vuelva.

— ¿Volver? ¿De dónde? ¿Dónde vas? No te atreverás a dejarme aquí encerrada.

—Tengo que hacerlo, no quiero que uses es teléfono que has pretendido no ver. Te sacaré en cuanto vuelva.

— ¿Adónde vas?

—Al coche. Volveré a buscarte en cuanto cambie la manguera.

— ¿Al coche? ¿Vas a volver al coche? ¿Y cómo vas a ir?

—Corriendo.

—Corriendo —repitieron sus labios, incapaz de proferir sonido alguno.

Entonces se le ocurrió un razonamiento y quiso demostrarle su inteligencia.

—En cuanto vuelvan los dueños a las cuatro, me encontraran aquí. Gritaré hasta tirarlo abajo.

—Estaré de vuelta antes de las cuatro.

—Maldito bastardo, sácame de aquí — dijo, mientras se echaba contra la puerta con todo el peso—. Esto es sofocante, me voy a morir aquí encerrada.

—Sudarás, pero no te vas a morir. Te recomiendo que descanses.

— ¡Vete al infierno!

No respondió. Las palabras de Aislinn retumbaron contra las paredes de los servicios. Apoyó la oreja en la puerta y escuchó, pero no oyó nada.

— ¡Greywolf! —probó a llamar, y luego gritó—. ¡Greywolf!

Nada. Estaba sola.

Dejándose caer contra la puerta, se cubrió el rostro con las manos y se rindió a la mujer como ella no estaba preparada para enfrentarse a la adversidad. Las situaciones de vida o muerte estaban mas allá de la jaula de oro en la que se había criado, protegida por unos padres que querían «lo mejor» para su niña.

Ni siquiera había ido nunca a un colegio público, por los «elementos indeseables de la sociedad» que pudiera encontrar en ellos. No la habían entrenado en técnicas de supervivencia en el exclusivo colegio de señoritas al que había ido.

Pensó que situaciones como aquella servían para muy buenos guiones de película, pero nadie creía que realmente ocurrieran, Pero aquella estaba ocurriendo; y le estaba ocurriendo a ella.

Por primera vez en sus veintiséis años, Aislinn Andrews sintió verdadero miedo. Era tangible, podía respirarlo, podía saborearlo.

Se preguntó que pasaría si Greywolf no volvía a por ella. No tenía ninguna garantía de que el servicio de la estación abriera de verdad a las cuatro. Pensó que el cartel podía llevar meses colgado y que los dueños lo hubieran olvidado cuando decidieran que el negocio no merecía la pena.

Podía morir de sed. Pero no, había agua en el baño. No era la pura, pero estaba mojada.

Podía morir de hambre.

Pero para ello haría falta tiempo, y estaba segura de que alguien pasaría por aquel lugar antes.

Tendría que estar alerta a cualquier sonido de motor y golpear la puerta y gritar en cuanto lo oyera,

Podía morir de sofocación. Pero había una ventana, pequeña, en lo alto de la pared justo bajo el techo, abierta unos centímetros. El aire podía ser árido y caliente, pero lo había en grandes cantidades.

Podía morir de rabia. Pensó que aquella posibilidad era la más probable. No comprendía cómo Greywolf la había abandonado en un sitio tan inmundo. Mientras lo insultaba con todo lo que se le ocurría, se entretuvo caminando por el pequeño servicio.

Por fin fue la misma rabia la que alimentó su mente y le despertó la imaginación. Hasta él le había dicho que no tenía recursos, pero decidió que podría salir del servicio con tan solo poner la mente en ello, Aunque no sabía cómo.

Una y otra vez se tiró contra la puerta, pero esta no se movió, hasta que se dio cuenta de que, fuera lo que fuera con lo que había sujetado la puerta, no iba a ceder, Y lo único que estaba haciendo era malgastar las fuerzas.

El sudor le corría por el cuerpo.

Desesperada por lo inútil de su esfuerzo y por su propia debilidad, levantó la vista implorando al cielo. Y allí halló la respuesta, en la ventana.

En una esquina había un barril de metal que aparentemente había sido antes una papelera. Sin pensar en los posibles contenidos pegajosos, intentó ponerla de pie. Era terriblemente pesada y voluminosa, pero al fin lo cogió y la colocó bajo la ventana.

Una vez sobre el tonel, logró llegar a la repisa.

Estuvo unos minutos luchando por alzarse con la fuerza de los brazos y buscando inexistentes apoyos para los pies, hasta que al fin consiguió levantarse al nivel de la repisa. Sacó la cabeza por la ventana y tomó grandes bocanadas de aire, agradeciendo el viento contra el rostro. Se quedó colgada un rato, dejando descansar los brazos, que le temblaban del cansancio.

Entonces usó los hombros para levantar la ventana tanto como pudo. La abertura era estrecha, pero pensó que con un poco de esfuerzo y buena suerte, podría pasar. Levantó una rodilla y la apoyó en la repisa para darse la vuelta y caer con los pies.

Al subir la otra rodilla, perdió el equilibrio y se tiró hacia fuera y, con el impulso, su cuerpo cruzó la ventana, Al caer se enganchó un brazo en un clavo que había en la repisa, arañazo que le recorrió todo el brazo.

Cayó milagrosamente de pie, pero el suelo era irregular. Se agarró el brazo dolorido, se tambaleó y cayó de espaldas por una cuesta, por la que rodó y acabó golpeándose la cabeza con una roca.

Durante unos segundos cegadores, miró fijamente al fiero sol, que parecía burlarse de ella. Y entonces todo se fue a negro.

cualquier pensamiento sobre ella.

No entendía por qué se había cargado con aquella responsabilidad, por que sencillamente no la había golpeado en la barbilla y abandonado la casa tan rápido como había llegado. Para cuando hubiera recuperado la conciencia y avisado a la policía, él ya habría tenido tiempo de evitarlos.

Pero en lugar de ello, de la forma más tonta, se había quedado y molestado a la mujer anglo. Era cierto que necesitaba una ducha, pero era un lujo del que podría haber prescindido. También necesitaba dormir, pero podía haber encontrado un lugar incómodo que la cama con sábanas con aroma de mujer y almohadas esponjosas.

Incluso tras haberse premiado con tanto lujo, no comprendía por que no se había marchado antes del amanecer en cuanto se hubo despertado. A pesar de estar

convencido de que ella habría llamado a las autoridades cuando se despertara, aquello habría sido horas más tarde, y para entonces su pista ya se habría enfriado.

Pero en lugar de hacer lo que sabía que debía hacer, se había quedado allí tumbado, observando su belleza rubia. Era demasiado fácil mirarla, y nunca se le había ocurrido

Sus ojos sedientos de ver a una mujer se habían regodeado con ella. Había respirado su aroma.

En lugar de salir sigilosamente como sabía debía haber hecho, estúpidamente había decidido llevarla consigo. Nunca había pretendido hacerle daño.

De acuerdo, entonces ¿por qué la asustaste con un cuchillo?, se preguntó a sí mismo. Por precaución.

¿Y tuviste que desnudarla?

Eso fue innecesario, lo admito. Pero quería mirarla.

Y un cuerno.

Es verdad. No la habría forzado. Además, es una anglo. Ni siquiera me gustan las anglos, y desde luego no las deseo.

Deseas a esta.

¡He estado en la cárcel, por Dios! Cualquier mujer sería deseable.

¿No te gustaría hacerle el amor?

No.

Eres un maldito mentiroso.

Bueno, no quise y no lo haré.

Iba a mantener su deseo bajo control costara lo que costara. Tan solo quería tener cerca a la mujer, eso era todo. Para mantener alejada la voz provocadora de su conciencia, pensó en todos los motivos por los que no le gustaba su rubia rehén.

No tenía ninguna duda de que era una niña rica y consentida. Tenía sobre ella la mirada de «No tocar» que los indios como él reconocían en las anglos a escuelas mixtas.

Aquello fue lo primero que había aprendido al dejar la reserva para ir a la universidad. Había aprendido que las chicas como Aislinn Andrews podían ligar con ellos, pero desde luego no iban a montárselo con ellos. O si lo hacían, era solo por diversión, por la novedad, o para poder jactarse ante sus compañeras de hermandad de que habían tenido a un indio. ¡No!, ¡Si!, ¿Y cómo fue de salvaje?.

Al día siguiente actuaban como si no lo conocieran y las barreras sociales estaban de nuevo construidas.

Pero aquella mujer anglo tenía agallas, pensó.

Podía haber sido un verdadero tostón si hubiera estado gimoteando y llorando todo el rato, pero no lo había hecho. Había puesto al mal tiempo buena cara, sin importar en que la hubiera metido.

La agria expresión de su rostro se tornó en algo similar a una sonrisa al recordar el modo en que había tomado el pelo al policía del control de carretera. Seguía sin comprender por que lo había hecho.

Pero se lo debía.

Y después de la última noche, ya no estaba tan seguro de poder mantener su resolución de no tocarla. Las horas transcurridas en el Tumbleweed habían sido a la vez el paraíso y el infierno. Había habido algunas veces, demasiadas para el estado de paz de su

el teléfono para ver que él polvo seguía intacto.

Confundido, Greywolf se metió las manos en los bolsillos traseros, mientras se preguntaba adónde habría ido. Y cómo. ¿La habría recogido alguien?

Le corroía las entrañas mientras caminaba. Suponía que lo primero que debía haber hecho sería llamar a la policía, y que esta habría hecho del lugar su puesto de mandos temporal mientras la interrogaban y lo buscaban. No tenía ningún sentido.

Volvió tras sus pasos hasta el cuarto de baño.

—Tranquila, tranquila. Bebe despacio o te ahogarás.

La garganta seca de Aislinn recibió sedienta el refresco de cola que entraba por su boca. Trató de incorporarse, pero gimió por el dolor que le recorrió toda la cabeza.

—Túmbate —le dijo la amable voz—. Ya es suficiente por ahora.

Aislinn parpadeó hasta que por fin abrió los ojos y vio a Greywolf sobre ella, con su rostro oscuro e inescrutable. Entonces se dio cuenta de que debía de haberse puesto el sol, pues todo estaba oscuro. Al mover los ojos le pareció que le iba a estallar la cabeza, pero dejó que estos vagaran por el horizonte hasta intuir que estaba tumbada en el asiento de atrás de su coche. Todas las ventanillas estaban abiertas para permitir el paso de la brisa del desierto, Greywolf estaba agachado junto a ella, con las caderas entre los asientos,

— ¿Dónde...?

—A unos cincuenta kilómetros de la gasolinera.

Tengo vendas.

— ¿Vendas?

—Te quejabas en sueños —le dijo con dulzura, como toda explicación.

Haciendo acopio de fuerzas, Aislinn se levantó y lo agarró de la camisa.

—Háblame, maldito. Estoy harta de tu estoicismo indio. ¿Dónde estoy y por qué necesito vendas? ¿Al final has usado el cuchillo sobre mí?

La rebelión le costó toda la poca energía que le quedaba, y se desmoronó de nuevo sobre el asiento,

Pero no libró a Greywolf de su mirada hostil. Fue como mirarse a un espejo, pero siguió mirándolo fijamente a los ojos hasta que el contestó.

— ¿No recuerdas haber trepado por la ventana y haberte caído?

Ella cerró los ojos, ahora lo recordó todo; el miedo, la desesperación, y el odio hacia el hombre que los causaban. Todo le volvió de repente a la memoria.

—He traído aspirinas para tu dolor de cabeza.

Ella abrió los ojos. A él le temblaba la mano cuando sacó las aspirinas del bote.

— ¿De dónde las has sacado?

—De la tienda, ¿Puedes tomártelas con cola?

Ella asintió, y él le dio las aspirinas. Cuando se las hubo colocado en la lengua, él le puso el brazo bajo los hombros y la sujetó mientras le daba de beber.

Cuando hubo terminado, la ayudó a tumbarse.

—El sol te ha quemado los labios.

Al mismo tiempo que la informaba, abrió los suyos para mojarse el dedo índice con saliva y llevarlo a los de ella, humedeciendo su piel, quemada y seca por el sol.

El roce del dedo contra su boca provocó en ella sensaciones que la avergonzaron, pues apuntaban a la excitación. Él le recorrió con el dedo una esquina a otra del labio inferior, al principio deprisa, para luego ir más lentamente. Cuando trazó la forma del labio superior, ella apenas se pudo mantener quieta, Tenía el cuerpo cansado y con un dolor que no tenía nada que ver con las heridas que se había hecho.

Cuando el retiró el dedo, ella se lamió los labios.

El ungüento sabía ligeramente a plátano y coco.

—No te lo quites —le ordenó Greywolf bruscamente—. Deja que actúe la saliva.

—Gracias.

—No me des las gracias. Casi haces que me pillen.

El cruel tono de voz fue tan distinto a sus cuidados que la hizo estremecer. Se recordó que no debía haber esperado dulzura de un hombre de piedra como él. Lo miró con rabia.

—Bueno, deberían haberte atrapado, señor Greywolf. Si antes no había ningún motivo, entonces por el modo en que me has maltratado.

déjame.

Le levantó el brazo y la incorporó, apoyándola en la esquina del asiento. Movi6 las manos a la parte delantera de su camisa. Instintivamente ella se llev6 una mano para sujetar la prenda a su cuerpo. l no se movi6, pero la mir6 fijamente.

—Tiene que salir, Aislinn.

Ella mir6 hacia abajo y se alarm6 al darse cuenta de que tenía la manga empapada en sangre.

—No, no sabía... —tartamude6, reprimiendo una ráfaga de nausea y mareo.

—Necesitaba irme corriendo de all, así que te at al asiento. Ahora que he puesto cierta distancia por medio, debería verte el brazo.

. Es lo mejor, lo siento.

—Está bien. Tenías que hacerlo.

Los ojos de Aislinn estaban cubiertos de lágrimas, pero no las dejó caer. Él parecía estar en trance por sus ojos, o quizá, pensó Aislinn, simplemente los observaba por ver si una mujer anglo se rendiría ante el dolor y lloraría.

Entonces, de golpe, y con la misma indiferencia con que le había desabrochado la camisa, la echó hacia delante para quitársela. Durante un segundo, Aislinn estuvo apoyada en él, con los senos desnudos contra su pecho.

Millares de sensaciones acudieron a su cabeza.

Sentía los pezones frágiles contra la sólida pared de músculos. Sentía el vello del torso fresco y suave mientras le acariciaba la piel. Lo sentía caliente.

Ambos fingieron no notar el breve contacto, aunque la mandíbula de él estaba más tensa que nunca cuando volvió a ponerla en su sitio.

De la herida reabierta que le recorría todo el brazo, manaba sangre sin parar. Greywolf retiró la camisa y tomó una bolsa de papel, de la que sacó algodón esterilizado y una

—Esto te va a arder —la avisó, mientras quitaba el tapón y ponía un poco en un  
¿Preparada?

Ella asintió. Él levantó un brazo y aplicó el algodón sobre la herida. Ella dobló las rodillas y gimió, con las lágrimas a punto de brotar. El le frotó deprisa la herida desde la muñeca hasta la axila, presionando en las partes donde la herida era más profunda.

—Oh, por favor —protestó Aislinn, cerrando con fuerza los ojos.

Él tapó enseguida el antiséptico y lo dejó a un lado. Le levantó el brazo y sopló con

Aislinn abrió los ojos y se quedó consternada al ver la cabeza de Lucas tan cerca de ella. Una mano oscura le agarraba la muñeca para mantenerle el brazo levantado. La otra estaba abierta por detrás de su cabeza para sujetarse.

Le observó las mejillas bajo los pómulos afilados. Se hinchaban y deshinchaban a medida que la soplaba. Tenía los labios sobre su brazo, y subía cabeza a medida que le recorría el brazo, hasta llegar peligrosamente cerca de sus senos.

Su aliento la tocó en aquella zona. Cálido, balsámico, suave. Los pezones de ella respondieron, alcanzando el tamaño de unas perlas perfectas y rosas.

—No me mires así.

— ¿Cómo? —preguntó ella, agitando la cabeza sin comprender.

—Como si hubieras olvidado que he estado en la cárcel—. ¿Quieres saber si te deseo? Bueno, pues sí —dijo, apretándole con fuerza el brazo con el dedo que antes la había estado acariciando—. Sí, te deseo. Quiero tocarte entera, quiero sentir tus senos. Quiero tomar uno con la boca y sujetarlo en ella durante mucho tiempo. Quiero estar tan dentro de ti que pueda sentir el latido de tu corazón. Así que, a menos que quieras tener un indio entre tus piernas, no vuelvas a mirarme con esa cara de insinuación, señorita Andrews.

Indignada por que hubiera malinterpretado tan groseramente su expresión, y furiosa consigo misma por haberle dado el beneficio de la duda tan solo un minuto antes, se cubrió los senos con el brazo que tenía libre.

—No te sientas halagado —le contestó entre dientes—. Antes me moriría.

Él soltó una carcajada.

—Estoy seguro. Al menos querrías morir antes de manchar tu sangre pura de anglo con un indio. Pero al menos no morirás desangrada. No mientras yo esté cerca.

Ella retiró la cabeza y no se dignó a mirarlo mientras le vendaba el brazo con una gasa. Cuando hubo terminado, el recogió todos los utensilios de primeros auxilios y los volvió a meter en la bolsa.

Ella abrió los ojos asustada al verlo sacar el cuchillo, pero solo lo usó para cortarle las mangas de la camisa, como había hecho con la suya. Blandía el cuchillo ferozmente, rasgándole la ropa hasta que terminó, y entonces le dio la prenda arruinada.

—Vuélvetela a poner, Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

Salió del coche y lo rodeó para sentarse en el asiento del conductor. Meditabunda y en silencio, Aislinn lo miraba por detrás.

Mientras el coche hacía lo que podía por la carretera llena de agujeros, se le ocurrían docenas de maneras de acabar con él, eliminándolas todas antes siquiera de pensarlas a fondo. Pensó en hacer una soga con una de sus mangas y estrangularlo desde detrás. Pero no sabía dónde estaba. Estaba en mitad de ningún sitio sin ningún mapa ni agua, y la

pequeña que la de él, se perfiló  
bajo el remiendo de luz de la puerta. Era una mujer.

— ¡Lucas!

La pequeña figura pronunció el nombre en un llanto alegre y dulce antes de abandonar la puerta y correr cuesta abajo para colgarse de él, que la abrazó de forma protectora.

—Lucas, Lucas. ¿Por qué lo has hecho? Oímos lo de tu fuga en la radio y hemos visto

—Ya sabes por qué lo hice. ¿Cómo está?

Soltó a la mujer y la miró profundamente a los ojos. Ella agitó la cabeza con tristeza. Sin más palabras, Greywolf la tomó del brazo y la acompañó camino arriba y cruzaron la puerta.

Intrigada, Aislinn los siguió. Nunca había estado en una cabaña y entró con algo de miedo, El calor de la casa de una sola habitación era asfixiante, con un fuego en el centro. El humo, al que parecía faltarle la energía para ascender, salía por un agujero en el techo. Lámparas de queroseno proporcionaban la única luz. Al fondo había una mesa cuadrada y basta con cuatro sillas rudimentarias. Sobre la mesa, una cafetera de esmalte abollada y varias tazas de acero gastadas. En la esquina de la habitación había una pila con una bomba de agua.

El suelo estaba lleno de polvo. En él, no lejos de donde permanecía Aislinn, alguien había hecho un bonito dibujo de arena. El diseño era complicado y con una ejecución muy meticulosa.

No tenía ni idea de qué podía simbolizar, pero sabía que tales pinturas se usaban en

Contra la pared de enfrente había un catre cubierto con mantas navajo. Greywolf estaba arrodillado junto a él, en el que yacía un anciano cuyas trenzas largas y grises perfilaban un rostro enfermo de ictericia. Sus manos callosas y llenas de nudos tiraban irregularmente de la manta. Sus ojos brillaban de fiebre al levantar la vista para ver al

hombre mucho mas joven que se inclinaba sobre él, hablándole suavemente en una lengua que Aislinn no pudo entender, pero que supo pertenecía al grupo de los Na dene.

Había otras dos personas en la habitación, la mujer que había recibido a Greywolf con tanta familiaridad y un hombre, sorprendentemente para Aislinn, un anglo. Estaba de pie a los pies del catre; era de mediana estatura y tenía cabello marrón muy fino, salpicado por unos atractivos mechones grises en las sienes. Aislinn le calculó unos cincuenta años, El hombre miraba fijamente a Greywolf y al anciano.

Por multitud de innombrables y desconocidas razones, Aislinn no había querido mirar a la mujer. Por fin lo hizo. Era muy guapa, india. Tenía pómulos perfilados, cabello negro como el ébano cortado a lo paje, que le llegaba por encima de los hombros, y ojos oscuros. Vestida como una anglo, no llevaba más que un vestido de algodón y bisutería. La forma en que mantenía la pequeña cabeza le daba un aire de elegancia. Era esbelta y su silueta era femenina y de proporciones perfectas.

Greywolf puso la frente en las manos ajadas por el trabajo del anciano y se volvió a hablar con el hombre que permanecía a los pies del catre.

—Hola, doc.

—Lucas, estás loco.

Una apariencia de sonrisa acudió al rostro austero de Greywolf.

—Menudo recibimiento.

—Menuda hazaña. Escaparse de la cárcel.

Greywolf se encogió de hombros y volvió a mirar al anciano.

—Dice que no le duela nada.

—Lo he puesto todo lo cómodo que he podido aquí —dijo el hombre al que se había referido como “Doc”—. Le he dicho que vaya al hospital...

Greywolf sacudió la cabeza e interrumpió al otro hombre.

—Quiere morir aquí. Es importante para él. ¿Cuánto le queda?

—Hasta la mañana, quizá.

La mujer se estremeció, pero no profirió ningún sonido. Greywolf se acercó a ella y la

—Madre.

Aislinn repitió la palabra para sus adentros, horrorizada ante la idea de que aquella mujer tan joven, demasiado joven como para tener un hijo tan mayor como Lucas, fuera su madre.

El acercó los labios a la oreja de esta y susurró palabras que Aislinn imaginó serían de consuelo.

Le turbó ver que el mismo hombre frío y lejano que había estado con ella durante dos días pudiera mostrar tanta compasión. Tenía los labios muy apretados, y el adusto contraste de la luz y la sombra sobre su rostro hacía su expresión afilada aún más pronunciada y mostraba todos sus sentimientos en profundidad. Cuando al fin abrió los ojos gris claro, por casualidad cayeron sobre ella, que seguía inmóvil contra la puerta.

Soltó a su madre y señaló a Aislinn con la barbilla.

—He traído un rehén.

La franca afirmación volvió a su madre a la realidad y vio a Aislinn por primera vez. Levantó una mano delicada contra el pecho.

— ¡Un rehén? ¡Lucas!

— ¿Has perdido la cabeza? —preguntó enfadado Doc—. Por Dios, hombre, te están buscando por todo el estado.

—Ya me he dado cuenta —dijo Greywolf, con total indiferencia.

—Te cerrarán la puerta de la cárcel tan deprisa que la cabeza te va a dar vueltas. Y esta vez quizá tiren la llave.

—Es un riesgo que estaba dispuesto a correr —dijo Lucas, igualando el enfado del hombre—. Pedí permiso para poder ver a mi abuelo antes de morir, pero me lo denegaron. Ya he jugado con sus reglas y no ha funcionado. Esta vez he aprendido la lección. No preguntes, hazlo.

—Oh, Lucas —suspiró la madre, dejándose caer en una silla—. Padre entendió por que no podías estar aquí.

—Pero yo no —dijo Greywolf, violentamente, mostrando los dientes y escupiendo las palabras—.

¿Qué más les habría dado dejarme salir unos días?

Los tres se quedaron en silencio, pues parecía no haber respuesta a la pregunta. Por fin, Doc dio un paso adelante y se dirigió a Aislinn amablemente.

—Soy el doctor Gene Dexter.

A ella le gustó enseguida. Su aspecto no era nada del otro mundo, pero su porte era de lo más tranquilizador. O a lo mejor era solo porque había pasado las últimas cuarenta y ocho horas en la volátil compañía de Lucas Greywolf.

—Aislinn Andrews.

—¿Y es usted de...?

—Scottsdale.

—Parece cansada. ¿Quiere sentarse? —dijo Gene Dexter, ofreciéndole una silla.

—Gracias —aceptó ella encantada.

—Esta es Alice Greywolf —presentó, poniendo una mano sobre el hombro de la mujer.

—Soy la madre de Lucas —saludó ella, y se inclinó hacia delante en la silla, mirándola con ojos de sinceridad—, ¿Alguna vez nos perdonará por lo que ha pasado?

—¿Es su padre? —preguntó Aislinn en voz baja.

—Sí, Joseph Greywolf.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Puedo ofrecerle algo? —preguntó el doctor anglo a Aislinn.

Ella suspiró y le respondió con una sonrisa irónica.

—Puede llevarme a casa.

—Le di una desagradable sorpresa a la señorita Andrews cuando llegó a casa hace dos noches y me encontró escarbando en su nevera.

—¿Entraste en su casa? —exclamó incrédula Alice.

—Soy un criminal, madre, ¿recuerdas? Un preso fugado —dijo, mientras se servía café—. Perdona.

Ofreció a Aislinn una sonrisa de complicidad antes de volver al catre donde yacía el hombre moribundo.

—¿Se escapó de la cárcel, forzó mi casa y me trajo de rehén solo para poder ver a su abuelo antes de que falleciera?

Toda la perplejidad que sentía acompañó a su pregunta, que apenas se dio cuenta de estar formulando.

Al recordar la forma en que Greywolf la había asustado, cómo la había amenazado con la había hostigado y atormentado, quiso levantarse, cruzar el suelo polvoriento, agarrarlo del largo pelo y abofetearlo tan fuerte como pudiera.

directamente por que escapó. . No entiendo por que no me contó  
—Mi hijo es una persona que está a la defensiva muy a menudo.  
—Y desconfiada.  
Alice le puso un momento la mano en el brazo.

—Tenemos sopa caliente. ¿Quieres un poco?

—Por favor.

Sólo entonces se dio cuenta de que se moría de hambre. Alice se sentó en la mesa con ella mientras comía. Aislinn aprovechó la oportunidad para hacerle preguntas sobre Greywolf, preguntas que anteriormente le habían picado la curiosidad.

—Por lo que he entendido, estaba cumpliendo tres años de sentencia por un crimen ¿no?

—Sí —replicó Alice—. De lo único de lo que fue culpable Lucas es de organizar una manifestación en las escaleras del juzgado de Phoenix. Había ido por todos los caminos legales, había conseguido un permiso para la marcha.

No tenía por qué haber sido violenta.

— ¿Que pasó?

—Algunos de los manifestantes, bastante más militantes que Lucas, fueron demasiado camorristas. Antes de que Lucas recuperara el control, destrozaron propiedad pública y se formaron algunas peleas, Se convirtió en una reyerta, Varias personas, incluidos p resultaron heridos.

— ¿Graves?

—Sí. Y como ya se había ganado una reputación de disidente, Lucas fue el primer arrestado.

— ¿Por qué no explicó que había intentado detener la violencia?

—Se negó a delatar a los verdaderos responsables. Se represen mismo en el juicio y no permitió que nadie hablara en su defensa. Pero yo creo que tanto el juez como el jurado habían hecho ya su veredicto antes incluso de que el caso llegara a juicio. Hubo mucha publicidad de los medios. Lo hallaron culpable, y la sentencia fue desproporcionadamente severa.

— ¿No le habría ido mejor si hubiera contratado a un abogado?

Alice sonrió.

—Mi hijo no te ha contado mucho sobre él, ¿verdad? Él es abogado.

— ¿Abogado? —Aislinn se quedó sin habla, sin retirar la mirada de la otra mujer.

—Inhabilitado ahora —contestó la madre con tristeza—. Esa es una de las razones por las que es tan amargo. Quería ayudar a nuestra gente a través del sistema legal. Ahora ya no puede.

Aislinn a duras penas asimiló lo que le estaba contando Alice, Parecía que el señor Greywolf era aún más complejo de lo que había imaginado.

Miró hacia el catre justo cuando se levantaba y se acercó a la mesa donde estaban sentadas las dos mujeres, con una mano de Gene Dexter sobre el hombro.

—Has dicho “nuestra gente” —le remarcó Aislinn a Alice—. Vuestra herencia india es muy importante para vosotros. ¿Por eso Lucas y tú usáis el apellido Greywolf?

— ¿Y qué apellido deberíamos usar? preguntó Alice, aparentemente desconcertada por la pregunta.

—Dexter —contestó Aislinn, igualmente desconcertada—. ¿No es Gene el padre de Lucas?

Aislinn se topó con tres miradas atónitas. Los ojos de terciopelo de Alice fueron los primeros en mirar hacia otro lado. Cierta tono de rubor tiñó sus mejillas morenas. Gene Dexter se aclaró la garganta de manera incómoda. La respuesta de Greywolf fue más bien abrupta y directa al grano.

—No, no lo es.

# CAPÍTULO CINCO

—Alice, Joseph pregunta por ti — le dijo Gene de manera diplomática.

Los dos se retiraron, Gene con una mano sobre el hombro de Alice.

Aislinn deseó que se la tragara la tierra.

—Pensé que como solo eres medio indio... Quiero decir...

—Pues pensaste mal —dijo Greywolf, tirándose en una de las sillas de la mesa . De todas formas, ¿qué estas haciendo aquí? Pensé que ya habrías engatusado a Gene para que te llevara de vuelta a la civilización.

—Tiene mejores cosas que hacer, como cuidar de tu abuelo.

Lucas se balanceó sobre las patas traseras de la silla y la miró de forma provocadora.

—O a lo mejor es que esta vida de crimen te resulta excitante. A lo mejor no quieres volver a casa.

—Por supuesto que quiero —repuso ella, fulminándolo con la mirada . Es sólo que no soy tan superficial y sin sentimientos como parece creer.

— ¿Lo cual significa...?

—Significa que os comprendo a tu madre y a ti. En vez de aterrorizarme con un cuchillo y atarme podías haberme contado por que te habías fugado. Te habría ayudado.

Él profirió un sonido que bien podría haber sido una carcajada. Sin embargo, no fue un sonido jovial, sino más bien cargado de escepticismo e incluso reprimenda.

— ¿Una bella, respetable y cumplidora de las reglas WASP como tú, ayudando a un preso fugado, un preso fugado indio? —dijo, en tono burlón—.Tengo serias dudas. De todas formas, no podía arriesgarme a la bondad de tu corazón. He aprendido a no confiar en nadie.

Las patas delanteras de la silla golpearon con fuerza el suelo, como queriendo remarcar la afirmación.

— ¿Queda más sopa?

Mientras le servía un plato de sopa del puchero hirviendo, Aislinn pensó que la identidad del padre de Lucas seguía siendo un misterio. Aparentemente su sangre anglo no era un tema del que se pudiera hablar, lo cual la intrigó aún más.

Lucas engulló la sopa ardiendo y ella le sirvió café sin preguntar. Mientras hacía unas abía sido poner distancia entre ella y aquel hombre peligroso, ahora estaba sentada en la misma mesa. Él la miró con un curioso arqueado de cejas, pero siguió

Ya no parecía tan feroz. Aislinn no sabía si sería la atmósfera tranquila o la limitada cabaña lo que podían haberlo apaciguado. Era difícil sentir terror hacia un hombre que se arrodillaba al lado de su anciano abuelo moribundo y hablaba con tanta amabilidad.

Greywolf no había cambiado físicamente .Su cabello era igual de negro, e igual de rebelde y largo. Sus ojos seguían siendo igual de fríos, los músculos de sus brazos se seguían tensando con la misma violencia latente bajo la sinuosa piel de cobre. Su expresión seguía igual de distante.

Pero aun así era diferente.

. No sé, me interesa.

— ¿Quieres saber cómo un pobre indio se superó en el mundo anglo, es eso?

—Debí haber sabido que te ibas a ofender. Olvídalo.

Enfadada, echó hacia atrás la silla y se levantó, pero cuando fue a tomar el plato de Lucas para llevarlo al fregadero, él le agarró la mano con fuerza.

—Siéntate y te lo contaré todo, dado que te interesa tanto.

Era imposible echar un pulso con él, especialmente con la forma en que le clavaba los dedos en la piel, así que se volvió a sentar. Él la estuvo mirando fijamente durante un rato antes de soltarla,

Le brillaban los ojos de desdén, con tanta intensidad que la hizo sentirse incómoda.

—Me gradué en un colegio aquí en la reserva empezó, sin apenas mover los labios—. Conseguí la beca porque un alumno que buscaba talentos para el entrenador me había visto correr en una competición de atletismo. Así que fui a Tucson e ingresé en la universidad. El atletismo era fácil, pero yo era deplorablemente ignorante comparado con los demás novatos, Con unos profesores tan entregados como los que tuve en la reserva, no estaba preparado en absoluto para la universidad.

—No me mires así.

— ¿Así cómo?

—Como si me tuviera que sentir culpable de ser rubia y con los ojos azules.

—Sé que para alguien como tú será difícil de entender, pero si desde el principio eres un marginado, será mejor que seas fantástico en algo. Es la única manera de llegar a estar cerca de que te acepten. Mientras tú y tu gente os divertíais en las fiestas de la fraternidad, yo estaba estudiando.

—Querías sobresalir.

—Quería estar a la par. Cuando no estaba en clase, o en la biblioteca o en la pista, estaba trabajando. Tuve dos trabajos en el campus porque no quería que dijeran que estaba allí solo por ser indio y corría deprisa.

Juntó las manos sobre la mesa y se quedó mirándolas fijamente.

— ¿Sabes lo que es un mestizo?

—He oído la palabra, sí. Es una palabra fea.

— ¿Sabes lo que es vivir así? Es una pregunta retórica, por supuesto que no lo sabes. Ah, llegue a ser una celebridad por el atletismo. Corría bien dijo, reflexivo, como si aún pudiera escuchar los vítores de la gente . Por cierto, acabé graduándome con honores.

—Así que sobresaliste.

—Mi nombre era tan conocido —continuó él, sin hacerle caso— que incluso escribieron un artículo sobre mi en el periódico. El enfoque era lo encomiables que eran mis méritos... para ser un indio. Ya ves, siempre está esa calificación: «Para un indio».

Aislinn sabía que tenía razón, así que no dijo nada.

—Fui directo a la escuela de Derecho. Estaba ansioso por practicar, por ayudar a evitar la explotación de los indios por parte de las compañías mineras y demás. Y gané un par de casos, pero no era suficiente. Me desilusionó el sistema legal, que resultó ser tan político como cualquier otra cosa en el mundo. La justicia no es ciega. Así que yo también empecé a jugar sucio. Me hice mucho más directo y crítico. Organicé a los manifestantes indios para que tuvieran una voz más fuerte. Monté manifestaciones pacíficas. Mis actividades sólo sirvieron para ganarme una reputación de un creador de problemas a quien había que vigilar.

Cuando tuvieron la oportunidad de arrestarme y encerrarme por mucho tiempo, lo hicieron.

Se sentó de nuevo en la silla y miró a Aislinn fijamente,

—Ahí la tienes. ¿Estás satisfecha? ¿Ya has aprendido todo lo que querías saber?

Fue un discurso mucho más largo de lo que ella nunca lo hubiera imaginado capaz de hacer. Le resultó sencillo encajar las piezas que faltaban. Se dio cuenta de que no pertenecía a ninguna sociedad, no era enteramente indio ni enteramente anglo.

Pensó en las infamias que debía de haber pasado.

Palabras como «raza» debían ser intolerables para un joven orgulloso y testarudo

Él era inteligente y físicamente superior. Aislinn no tuvo ninguna duda de que otros indios descontentos veían en él a su líder y se cohesionaron a su lado. Se convirtió en alguien a quien la comunidad anglo temía. Pero de todos modos, pensó que las mayores dificultades a las que se había tenido que enfrentar eran de su propia amargura enraizada y de su cabezonería.

Podía haberse evitado años de prisión nombrando a los culpables. Aislinn imaginó la dureza de sus mandíbulas al negarse a responder las preguntas de las autoridades.

—Estás resentido —le dijo ella con franqueza.

De forma sorprendente para Aislinn, sonrió, aunque fue más una mueca fría.

sujeta con una postura horrible sobre la mesa. Apretaba con fuerza los dientes y, a pesar de que su voz era tan dulce como la miel, llevaba consigo una terrible malicia.

—Cuando te hayan puesto en ridículo de esa manera, vuelves y me cuentas todo sobre mi resentimiento, señorita Andrews. Tú...

— ¡Lucas!

La reprimenda de su madre terminó con la diatriba de Greywolf. Miró a Aislinn a los ojos durante un segundo más antes de soltarla y se giró.

—Él te está llamando —dijo Alice.

Sus preciosos ojos iban de su hijo a la cautiva y viceversa, como cautelosos por las chispas que sentía arder entre ellos. Tomó a Lucas del brazo y lo llevó hasta donde estaba el catre.

Aislinn los observó. La cabeza de Alice apenas le llegaba a él por los hombros. El brazo con que este le rodeó los estrechos hombros mientras se aproximaban a la cama del enfermo transmitía afecto y ternura. No podía imaginarlo experimentando aquellas emociones humanas naturales.

—Tendrás que perdonar a Lucas —la voz queda de Gene Dexter la sacó de sus cavilaciones.

— ¿Por qué? Es un hombre adulto, responsable de sus actos. El mal comportamiento no tiene excusa, sea cual sea su causa.

—Tienes razón, por supuesto —respondió el doctor, que suspiró y se sirvió café, y, mientras bebía, miraba también a madre e hijo al lado del hombre doliente . Conozco a Lucas desde que era un niño. Siempre ha estado enfadado, amargado. La madre de Alice era navajo, pero Joseph es apache. Lucas ha heredado ese espíritu guerrero.

— ¿Los conoces de hace tanto?

—Vine a la reserva en cuanto termine mi residencia.

— ¿Por qué?

Aislinn se sonrojó al ver como el médico la miraba con una sonrisa en los labios. Pensó que se había contagiado de la rudeza de Greywolf.

—Lo siento —se disculpó—, no es asunto mío.

—No importa, me alegra contestarte —aceptó el, y frunció el ceño mientras recopilaba sus recuerdos y escogía las palabras cuidadosamente . Sentí una llamada; supongo que es eso. Era joven e idealista. Quería hacer algo diferente, no mucho dinero.

—Estoy segura de que lo has hecho —dijo Aislinn, e hizo una pausa para luego continuar—. Al menos en las vidas de Alice y Lucas Greywolf.

—Conocí a Alice cuando llevó a Lucas a la clínica con un brazo roto. En las semanas siguientes nos hicimos amigos y le pregunte si estaría dispuesta a echarme una mano en la clínica. Le enseñé tareas de enfermera, y hemos trabajado juntos desde entonces.

Aislinn dedujo que los intereses de Gene por Alice iban más allá de los de un médico por su entregada enfermera, pero no tuvo oportunidad de preguntar mas sobre el asunto, pues en aquel momento Alice se volvió a Gene, alarmada.

— ¡Gene, ven rápido! Está...

El médico corrió al catre y apartó a Lucas y Alice, Colocó el estetoscopio en el pecho huesudo de Joseph Greywolf. Incluso desde donde ella estaba, Aislinn pudo escuchar la respiración vibrante y entrecortada. Sonaba como dos lijas una contra otra. El sonido abrasivo no cesó hasta que despuntó el día.

Cuando paró, el repentino silencio sonó aún alto que todo el barullo anterior. Aislinn se cubrió los labios temblorosos con la mano y se volvió de espaldas a los tres que velaban el catre, para otorgarles algo de privacidad. Siendo una intrusa, no quería entrometerse en su dolor. Se sentó en una silla y bajó la cabeza.

Escuchó el caminar arrastrando los pies sobre el suelo polvoriento, el sonido silencioso de los murmullos de consuelo llorosos y susurrantes de Alice. De repente sus oídos escucharon el ruido sordo de los tacones de unas botas. La puerta al abrirse de par en par, Aislinn levantó la cabeza y, al otro lado de la puerta, vio a Lucas directo al camino de piedras.

El poderoso cuerpo de este era tan fluido y ligero como siempre, pero los sinuosos músculos tiraban de su piel. Parecía controlarse solo gracias a su fuerza de voluntad. Al estar de espaldas, no pudo verle la cara, pero pudo imaginarla, tensa, dura, implacable. Lo observó sobrepasar su coche y la pick-up cuatro por cuatro que asumía sería del doctor Dexter y, con el mismo andar decidido, cruzar el suelo del cañón y tomar un camino de piedras irregular que subía por la colina.

No recordó haberse movido. No fue consciente de haberlo decidido. Simplemente se levantó y corrió hacia la puerta, guiada por alguna zona de su subconsciente. Enseguida echó una mirada a Alice. Gene Dexter la tenía entre sus brazos y la arropaba con palabras de consuelo,

Salió a la quietud de la mañana, La luz del amanecer apenas se asomaba tras los riscos de las montañas que encerraban la choza. El aire era considerablemente mas fresco arriba en las montañas, sobre todo a aquella hora del día, cuando el sol aún no hacía arder las rocas.

Aislinn no se percató de nada, ni siquiera de los fantásticos y cambiantes tonos violeta del cielo del este a medida que el sol iba saliendo. Tenía la mirada fija en el hombre que ya no era más que una mota que encogía rápidamente mientras escalaba, sin esfuerzos evidentes, cada vez más alto.

El avance de ella no fue tan rápido. Las botas que él le había elegido le venían muy bien ahora, pero la falda prestada se le enganchaba y le envolvía las piernas. Cayó sobre las rodillas varias veces y le sangraban las manos de arañárselas.

Antes siquiera de haber llegado a mitad de camino a la cima, ya estaba sin aliento. Pero siguió subiendo, conducida por un sentimiento que no se paró a apreciar. Sencillamente era algo que tenía que hacer. Tenía que llegar a Greywolf.

Por fin la meseta, que parecía un tablero de mesa sobre la cuesta de rocas, dejó de parecer inalcanzable. Se llenó de coraje y comenzó a subir deprisa. Al mirar hacia arriba vio a Lucas parado en la cima; su cuerpo era una silueta oscura y esbelta contra el cielo sin nubes color lavanda,

Cuando al fin llegó a la cima, recorrió arrastrándose la distancia que le quedaba. Una vez allí, se desplomó en el suelo rocoso; estaba exhausta.

Respiraba con dificultad y el corazón le latía tan fuerte que le dolía. Se miró incrédula las manos. Las rocas no habían tenido piedad con sus palmas y tenía las uñas rotas.

Normalmente se habría horrorizado ante tales heridas, pero en aquel momento el dolor no significaba nada. Ni siquiera lo sentía; era insignificante comparado con el que sentía el hombre al que seguía.

Greywolf permanecía inmóvil, de espaldas a ella, mirando hacia el macizo de en frente. Tenía las piernas abiertas a la distancia de los hombros, y las manos cerradas en puños,

Vio cómo echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos muy cerrados, y soltaba un alarido que retumbo en las paredes de las montañas de alrededor.

El lamento animal salió directamente de su alma.

Fue una emanación de dolor, desesperación y frustración tan profunda que Aislinn uya. Las lágrimas le recorrieron las mejillas.

Se inclinó hacia delante y alargó una mano como para tocarlo, pero estaba a varios metros de él. Su ofrecimiento de consuelo fue invisible.

Aislinn no sabía por qué no le repelía la desgarradora muestra de sentimientos. En su familia tales exhibiciones estaban prohibidas. Si alguien sentía tristeza, rabia o incluso alegría, las demostraciones debían ser comedidas y refinadas. La expresión personal, como todo lo demás, debía seguir unas normas, y había que tener los sentimientos atados. Hacer otra cosa era considerado de mal gusto y vulgar.

Nunca en su vida Aislinn había presenciado una expresión de sentimientos tan sincera y sin ataduras. El grito salvaje de Greywolf le había abierto un agujero secreto en su corazón y había dejado una herida abierta. Un arpón no la podía haber atravesado más a conciencia. El impacto fue así de desconcertante, de profundo, de afilado.

Lucas se puso de rodillas, arqueó la espalda y bajó la cabeza, que se cubrió con los brazos. Se balanceó mientras canturreaba palabras que Aislinn no entendía. S que aquél era un hombre totalmente desconsolado, a quien la medida de su dolor habían hecho forastero y solo.

Todavía sentada, se acercó a él y le tocó un hombro. Él reaccionó como un animal herido.

Giró la cabeza bruscamente y soltó un gruñido.

No tenía lágrimas en los ojos, que estaban fríos en la superficie, pero por dentro las pupilas ardían como las insondables fosas del infierno.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó con desdén—. No tienes cabida aquí.

No sólo le estaba dando a entender que no pertenecía a aquella meseta salvaje, sino también que no podía empezar a comprender la profundidad de su dolor y que le sentaba mal que hubiera pensado que podía.

—Siento lo de tu abuelo.

Él entrecerró los ojos peligrosamente.

— ¿Qué demonios te puede importar a ti un indio viejo e inútil?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas ante las duras palabras.

— ¿Por qué haces eso?

— ¿Hacer qué?

—Dejar a la gente fuera de manera cruel, gente que intenta ayudarte.

—No necesito la ayuda de nadie. Y menos la tuya.

— ¿Crees que eres la única persona del mundo que se ha sentido desilusionada, o dolida, o traicionada?

— ¿Tú lo has sentido? ¿En tu palacio de marfil?

La pregunta despectiva no merecía respuesta.

Le podía haber explicado que existían innumerables variedades de abusos, pero intercambiar historias tristes habría resultado ridículo. Además, estaba demasiado enfadada con el por haber despreciado su solidaridad.

—Cargas con tu resentimiento como si fuera un escudo para protegerte. Te escondes detrás de tu ira como un cobarde que teme que lo pillen experimentando algo de calor humano. Alguien te ofrece ternura y tú lo malinterpretas como lástima. De todas formas, todos necesitamos que nos compadezcan de vez en cuando.

—De acuerdo—dijo él suavemente—, compadéceme.

Se movió a la velocidad del rayo y su toque fue igual de electrizante. Su mano salió disparada y la agarró del pelo, ovillando los largos mechones alrededor del puño y hacia delante. Luego, se la inclinó hacia atrás tanto que ella temió que le fuera a partir el cuello.

—Te sientes benevolente hacia los indios, ¿eh? Bueno, veamos cuánto.

De una forma muy brusca, juntó los labios con los de ella. El contacto fue brutal. Ella hizo un sonido escandalizado en lo profundo de su garganta, pero no tuvo ningún efecto sobre Lucas, que, en todo caso, le agarró más fuerte el pelo y le apretó los labios con más fuerza.

Al ver que era inútil intentar mover la cabeza, Aislinn lo agarró d empujarlo. La piel bajo sus manos era suave y cálida y los músculos parecían cables trenzados de acero. Sus esfuerzos no dieron resultado.

Lucas levantó los labios tan sólo unos centímetros para sonreír irónicamente.

— ¿Alguna vez la había besado un indio, señorita Andrews? Será algo que podrás contar a tus amigas en la próxima fiesta de té.

Y volvió a poner los labios en los de ella. En aquella ocasión, Aislinn sintió qué se caía y sólo cuando notó que se le clavaban piedras en la espalda se dio cuenta de que la había bajado al suelo. Él se estiró sobre ella, y le cubrió un lado del cuerpo con el suyo.

— ¡No! —exclamó ella en un grito ahogado cuando él le soltó los labios para besarla por el cuello justo bajo la mandíbula.

Intentó darle una patada, pero él le puso una pierna encima y le aprisionó las piernas bajo la suya.

— ¿Qué pasa? ¿Has perdido el gusto por la compasión tan pronto? .  
Pues prueba esto,

La besó otra vez. Aislinn notó la lengua investigando contra sus labios y tercamente los mantuvo sellados. Él le soltó el pelo y la agarró justo por debajo de la mandíbula. Unos dedos fuertes la apretaron hasta que no tuvo más remedio que abrir la boca si no quería que le hiciera añicos el maxilar.

La lengua de él se abrió camino dentro de su boca. Era una intrusa furiosa, depredadora, violenta y dañina. Ella gritó en silencio de vergüenza e ira, mientras

profundos. Incluyó la cabeza y ella hizo lo mismo. Sus bocas estaban selladas.

Aislinn nunca había recibido un beso tan ostensiblemente sexual. Con toda frescura, Lucas imitaba el acto sexual, acariciándole el interior de la boca con la lengua hasta cortarle la respiración.

Aislinn quería más.

Levantó las manos del rostro de él. Le tocó el pendiente de plata de la oreja derecha, y él profirió un sonido pegadizo y entrecortado cuando lo acarició. La otra mano se hundió entre su cabello largo y lacio. Le quitó la banda del pelo y dejó que el cabello le cayera sobre los dedos. Plata negra.

Él movió las manos entre los dos cuerpos y jugueteó con los botones de la poco atractiva blusa prestada de Aislinn, quien notó cómo se abrían y no hizo nada por evitarlo.

«No pienses en esto, no lo pienses», se ordenó. Porque sabía que si lo pensaba se acabaría. Y a cualquier costa no quería que terminara.

parada con las intensas emociones que había experimentado desde que conocía a Greywolf. Y ahora quería experimentar la última de las emociones.

Con él.

El aliento cálido de Lucas cayó sobre su cuello mientras los labios se movían sobre este con avaricia y esparcían besos por todo su pecho. Una mano, sin pedir permiso ni disculpas, le acarició un seno. S lo pensar en los dedos fuertes y marrones moviéndose contra su carne blanca le hizo un nudo en el estómago.

Se mordió el labio inferior para ahogar un gemido cuando la punta de un dedo localizó su pezón tenso. El dedo se entretuvo con él, dando vueltas alrededor y ligeros pellizcos. Cuando notó la boca de Lucas cerrándose sobre l, soltó un grito estremecedor y le agarró la cabeza con ambas manos, sujetándola contra si.

Él no mostró disciplina alguna. Usó la lengua, los dientes, la habilidad de su boca. Ella no podía dar suficiente ni tener suficiente. Cada caricia la llevaba más alto y más lejos de lo que nunca antes hubiera ido.

Le abrió la camisa a él y extendió las manos sobre su torso. Sus dedos se entregaron a una orgía de descubrimientos. Apretaron con fuerza las curvas de sus músculos, rastrearon en su cuero cabelludo e hicieron un tímido contacto con los pezones duros.

Lucas enterró la cabeza entre sus senos y gruñó de placer. Le agarró la falda y la levantó, y entonces metió la mano por dentro de sus muslos.

Sonaron tambores dentro de la cabeza del indio. El ardor se concentró en su sexo y después se expandió por sus muslos. Había necesitado una mujer, pero sus deseos se habían centrado en aquella en especial. Aquella mujer rubia, de ojos azules, que simbolizaba todo lo que siempre había odiado, se había convertido en lo que más deseaba.

Desde el primer momento en que la había visto de pie frente a él, con su cuerpo dorado por la luz de la lámpara de la habitación, sus sentidos habían bullido de deseo. Había querido buscar en cada tentador centímetro de su carne y, una vez descubierta, mirarla, tocarla, olerla y saborearla.

Sus pequeños y redondos senos, con las delicadas cimas rosas, le habían atraído poderosamente. Era delgada, pero deliciosamente formada. Había soñado con recorrer con las manos la esbelta forma, moldearla hasta ajustarla a sus palmas.

Recordaba gráficamente cómo la había visto desnuda, trémula pero orgullosa, vulnerable pero valiente, con una piel suave y rica como la crema; todo lo que no había visto pero si había visualizado su imaginación hasta hacerle daño.

Y en aquel momento la estaba tocando. El dulce delta era tan cálido y suave como había soñado. Metió una mano por dentro de sus bragas y la pasó por el sedoso nido hasta encontrar el corazón de su feminidad. Se llenó de impaciencia y le bajó las bragas

Esponáneamente ambos se quedaron quietos, excepto por la rapidez de su respiración. Él se apoyó sobre ella y la miró fijamente a la cara, que estaba en calma. Pudo apreciar su expresión, que mantenía un desafío.

Aislinn tenía los senos expuestos al nuevo sol y al cielo sin límites. No se estremeció s recorría con la mirada. Tenía la falda por la cintura, y el bajó la mirada hasta su condición de mujer. Era preciosa. Lucas cerró los ojos ante el inmenso placer que lo inundó.

Se abrió los pantalones y se colocó entre las piernas levantadas de ella. Entonces, bajando la cabeza hasta cubrirle los labios con los suyos, la penetró. Entró muy lentamente, saboreando cada sedoso centímetro de la feminidad que lo envolvía.

Sólo cuando ya no tuvo más que dar, dejó caer su peso sobre ella. Metió la cara en el fragante hueco entre el hombro y el cuello de Aislinn.

Quiso morir.

Porque nada podría volver a ser igual de bueno.

Aislinn, con los ojos cerrados, metió las manos bajo la camisa de él y recorrió con ellas . Su cintura estaba bien formada y estrecha. Le encantó escarbarle la región baja de la espalda con las palmas. Apenas investigó sus caderas antes de perder el control y sacar las manos. Quería meterlas en sus vaqueros y copar con ellas las duras curvas de sus glúteos. Lo quería más dentro de ella. Aunque no era posible, pues ya la había llenado, y su propio cuerpo se había deleitado en acomodarlo.

Volvió la cabeza para besarle la oreja, justo donde llevaba el pendiente. Él profirió un gemido profundo, más una vibración que un sonido, y bajó la cabeza hasta llegar al dulce pezón de ella. Frotó los labios abiertos sobre este hasta humedecerlo. Su lengua era caprichosa.

Los genitales de ambos se convulsionaron, de forma refleja, y entonces él empezó a moverse.

Lentamente, entró y salió varias veces. Era suave, duro, caliente. Era un animal. Era un hombre. Era maravilloso. Aislinn se preguntó cómo había sobrevivido todos aquellos años sin conocer aquello, sin tenerlo.

Lucas susurró algo en su lengua nativa y, de repente, se apoyó sobre ella con los brazos estirados.

—Me llamo Lucas —bramó.

—Lucas —repitió ella en un suspiro, y luego más alto—. Lucas.

—Quiero, ¡Oh Dios! Quiero ver esto, vernos...

Miró hacia abajo al lugar donde sus cuerpos se unían, donde lo oscuro se encontraba con lo blanco, donde lo masculino se encontraba con lo femenino. Hizo un movimiento circular y pulverizador con la cadera que dejó a Aislinn sin respiración.

Esta arqueó el cuello, pero no cerró los ojos, a pesar de que el sublime éxtasis así lo

Lo miró fijamente a la cara, para guardarla en la memoria. Era oscura, hermosa, salvaje. El sudor le manaba de la frente a medida que sus movimientos iban ganando velocidad.

—Quiero recordar, quiero recordar, quiero recordar —salmodió Lucas mientras se clavaba en ella—. Cuando me lleven, oh Dios,..

Echó la cabeza hacia atrás. Clavó los ojos grises en los de ella un segundo antes de cerrarlos.

Hizo una mueca, sumido en un exquisito clímax sexual. Deslizó las manos bajo las caderas de ella, agarrándole el trasero, y la sujetó con fuerza mientras se estremecía.

Aislinn le abrazó el cuello, apoyó la cabeza en la mata de pelo de su pecho y tembló con su propia plenitud.

e acababan de hacer. Le ardían las mejillas de vergüenza incluso mientras su cuerpo seguía latiendo con réplicas.

Aún no había terminado. Sentía que había acabado demasiado pronto. Se sentía incompleta.

Quería haber compartido un momento de ternura después. Quería la cercanía que se suponía debía seguir a lo que acababan de compartir.

Entonces se dio cuenta de que no debía haber esperado una profesión de amor, un “gracias” de corazón ni un chiste para quitar la tensión. Lucas no le ofreció más que una mirada rápida con ojos vacíos y sin sentimiento antes de comenzar a bajar el camino pedregoso hasta el suelo del cañón.

Aislinn se cubrió el rostro con las manos en un intento vano de mantener el control. Las rodillas apenas la sujetaban mientras caminaba hacia el borde de la meseta y la visión que la recibió hizo más bien poco por ayudarla a recobrar la compostura.

Alrededor de la cabaña se agolpaban varios coches de policía con las luces rojas y azules encendidas. Hombres uniformados pululaban por la pequeña morada como abejas alrededor de un panal.

Un oficial estaba husmeando en su coche.

—Ponga las manos sobre la cabeza, Greywolf —ladró una voz a través de un megáfono.

Lucas obedeció, a pesar de que le hacía la bajada más peligrosa.

Sintiéndose indefensa, Aislinn observó la escena desde arriba. Una ambulancia llegó estrepitosamente a la puerta de la cabaña, de donde momentos después salía el cuerpo cubierto de Joseph Greywolf en una camilla plegable. Alice, apoyada en el brazo de Gene, la seguía muy de cerca.

Dos agentes subieron la cuesta que bajaba Lucas y, al llegar a él, cada uno le agarró un brazo y se lo puso tras la espalda de forma muy brusca.

Uno de ellos le colocó unas esposas antes de seguir bajando.

Lucas anduvo con la cabeza bien alta. Su porte era altivo, casi condescendiente. Parecía impermeable a todo cuanto sucedía alrededor.

Sólo cuando vio cerrarse las puertas de la ambulancia tras el cuerpo sin vida de su abuelo, Aislinn notó tensión en sus hombros. Alice corrió hacia él y le abrazó la cintura. Lucas bajó la cabeza para besarla en la mejilla antes de que un ayudante del sheriff lo llevara de un tirón al coche que lo esperaba.

Unos segundos antes de que lo empujaran dentro, el fugitivo levantó la cabeza y miró directamente a Aislinn, que permanecía quieta al borde del precipicio. Salvo por aquello, la joven podía no haber existido para Lucas Greywolf.

## CAPÍTULO SEIS

— ¿Cuándo te vas a casar conmigo?

— ¿Cuándo te vas a rendir y dejar de pedírmelo?

— Cuando digas que sí.

Alice Greywolf dobló el trapo que había estado usando y lo dejó con cuidado en el escurridor.

Suspirando, se volvió a Gene Dexter.

—Eres muy perseverante o muy cabezón, aún no se cu l de las dos. ¿Por qué no has renunciado ya a mí?

Gene la rodeó por su esbelta cintura y la acercó a él, apoyando una mejilla en su cabeza sedosa.

—Porque te amo. Siempre lo he hecho. Desde la primera vez que te vi en la clínica.

Y era verdad. El médico se había enamorado de ella aquel mismo día. Ella era muy joven, increíblemente bella, y estaba desesperada por su pequeño y alborotador hijo con el brazo roto. En menos de una hora Gene le había colocado el brazo y había colocado su corazón en Alise Greywolf. En todos los años transcurridos desde entonces, su amor no

No siempre le había sido fácil amarla. En varias ocasiones, por pura frustración, le había puesto ultimátum de que si no se casaba con él no volvería a verlo. No importaba los sermones que le echara, ella seguía rechazando las proposiciones de matrimonio.

En varias ocasiones el doctor se había alejado a propósito de ella y había mantenido otros romances. Nunca duraron mucho. Hacía ya muchos años que no ya no se molestaba en usar la táctica de los celos, en parte porque no era justo para las otras mujeres. Alice or de su vida, se casara o no con el, y ya estaba resignado.

La joven madre relajó la mejilla contra su pecho y sonrió con tristeza por el recuerdo agri dulce del día en que se habían conocido. Gene Dexter había sido su amigo, en todo el sentido de la palabra, durante tanto tiempo que no podía imaginarse una vida sin él. Atesoraba la primera vez que lo había visto y había escuchado su voz amable. Pero al mismo tiempo, ella había estado demasiado inquieta por su hijo.

—Lucas se había metido en una pelea recordó—. Algunos chicos mayores se habían estado metiendo con él y uno de ellos lo insultó gravemente.

Incluso tantos años después le resultaba doloroso pensar en el doble estigma con el

—Conociendo a Lucas supongo que se metió de lleno en la pelea —señaló Gene.

—Si —dijo ella con una carcajada—. Yo estaba preocupada por su brazo, claro, pero también estaba enfadada porque hubiera hecho caso de los insultos.

Gene pensó que probablemente Lucas no habría hecho caso si s lo lo hubieran insultado a él, pero supuso que su madre también había sido injuriada. Sabía que por defender a su madre se había metido en muchas peleas en su infancia y adolescencia.

—Nunca me gustó que causara problemas en el colegio porque eso solo centraba la atención en él continuó Alice—. Entonces también me preocupaba cómo iba a pagar al nuevo médico anglo por sus servicios.

, pero todavía se mete en peleas. Está empeñado en hacerse la vida tan dura como pueda. Cuando sólo le quedaban unos meses para salir, se fugó de la cárcel. Tomó a una joven como rehén.

—Ella aún es un misterio para mí lo interrumpió Alice al mencionar a Aislinn Andrews—. No es propio de Lucas involucrar a nadie más.

—Ahí es exactamente a donde quiero llegar. No te consultó ni me pidió consejo sobre si debía escaparse de la cárcel y convertirse en fugitivo. ¿Por qué crees necesario involucrarlo en la decisión de casarte conmigo? Él sabe lo que siento por ti. A lo mejor si hubieras aceptado la primera vez que te lo pedí no sería tan revolucionario.

Ella pareció dolida, y el suspiró.

—Ha sido un golpe bajo, lo siento.

—Lucas ya tenía demasiadas cosas que olvidar cuando estaba creciendo. Tener un padrastro anglo y rico para los niveles de la reserva habría sido otra más.

—Lo sé, pero durante años usaste a Lucas como excusa. Cuando creció y ya no iba al colegio decías que era tu padre el motivo de no casarte conmigo —dijo él, y le apretó las manos entre las suyas—. Ninguna de ellas era una razón viable; no eran más que excusas endebles y te has quedado sin ellas.

—¿No podemos seguir como hasta ahora?

—No, Alice —contestó él, agitando la cabeza—. Te amaré hasta mi último aliento, pero soy un hombre. Quiero y necesito una relación completa. Sé por qué tienes miedo de casarte conmigo.

Ella bajó la cabeza y respiró profundamente, como si se estuviera preparando para un pelotón de fusilamiento. Gene le retiró el pelo de la cara, mirándola con ojos compasivos.

—Asocias el sexo con el sufrimiento. Te lo prometo, no te voy a hacer daño como te lo han hecho antes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alice, cuyos ojos brillaban por las lágrimas cuando los levantó para mirarlo.

—Hace años que necesitábamos mantener esta conversación, Alice, pero no quería ponerte en mi contra —dijo, e hizo una pequeña pausa antes de zambullirse en lo que le quería decir—. Tienes miedo de volver a amar a un hombre, sobre todo un anglo.

Ella se mordió con fuerza el labio inferior, y él supo que había dado de lleno en el clavo.

—Crees que mientras mantengas las distancias no te podrán volver a hacer daño —continuó, y le llevó las manos a sus labios, que le recorrieron los nudillos mientras seguía hablando—. Juro que nunca, nunca, te haría daño. ¿Aún no me conoces lo suficiente como para saber que eres el centro de mi vida? Te quiero. Déjame y cuidaré de ti. ¿Por qué iba a hacerle daño a alguien que es una parte vital de mí mismo?

—Gene.

Ella susurró su nombre entre lágrimas y se apoyó en él, que la rodeó con los brazos y la abrazó con la ferviente pasión reservada para lo más preciado apasionadamente.

Cuando al fin terminó el beso, le preguntó.

—¿Cuándo te casarás conmigo?

—En cuanto Lucas salga de la cárcel.

Él frunció el ceño.

—Sabe Dios cuando será eso.

—Por favor, Gene, dame tiempo hasta entonces. Nunca nos perdonará que nos casáramos sin él. Y no queremos que se vuelva a fugar —añadió con una leve risa.

El doctor sonrió, permitiéndole el razonamiento. La verdad era que estaba seguro de que Lucas se sentiría mejor sabiendo que su madre estaba felizmente casada. Pero aquel momento, después del grado de compromiso que acababa de conseguir, no era el mejor para discutir.

—De acuerdo, pero voy a hacer que lo cumplas. En cuanto Lucas salga. Y mientras tanto... —murmuró, mientras la miraba fijamente a los ojos.

—¿Mientras tanto?

—Mientras tanto seguiré haciendo lo que he hecho siempre, te esperaré impacientemente, Alise Greywolf.

—Vamos, señor Greywolf.

Lucas cruzó la puerta de la oficina.

—Por favor, cierre la puerta y siéntese.

El alcaide Dixon no otorgó al prisionero la cortesía de levantarse de la silla tras su amplio escritorio, pero éste tampoco mostró ninguna condescendencia hacia él. Estudió al

Lucas cruzó la habitación y se tiró en la silla que el guardián del campo de prisioneros le había señalado. A Dixon le sorprendió no ver la más mínima docilidad en su actitud. Muy lejos de sentirse intimidado, el prisionero tenía el talante de un hombre orgulloso e impertérrito. Sus fríos ojos grises no hicieron ningún movimiento furtivo ni mostraron sentimiento de culpa. Estos se encontraron con los del alcaide sin rastro de remordimiento. La humildad y la deferencia destacaban por su ausencia.

—Parece que la dura prueba de las últimas semanas no ha hecho mella física en usted—observó el alcaide en voz alta.

Desde su regreso a prisión, lo habían recluido en una celda aparte de los otros y le

—Estoy bien —contestó Lucas de forma lacónica,

—Un poco más delgado, creo. Unos días de comida de cafetería le vendrían bien.

Lucas cruzó un tobillo sobre la rodilla opuesta.

—Si me va a pegar en las manos hágalo de una vez, por favor. Me gustaría volver a mi celda.

Él alcaide Dixon tuvo que refrenar su genio. Los años de tratar con prisioneros recalcitrantes lo habían enseñado a resistir las provocaciones más fuertes. Salió de la silla tras su mesa y se quedó de pie en la ventana, dándole la espalda a Greywolf y esperando que éste lo interpretara como señal de confianza.

—La medida disciplinaria que hemos decidido no es en absoluto tan severa como merecía su fuga.

—Gracias —dijo Lucas, sarcástico.

—Hasta el momento de su fuga había sido un recluso modelo.

—Siempre trato de hacer lo mejor.

De nuevo el alcaide hizo un ejercicio de autocontrol.

—Tras revisar cuidadosamente sus antecedentes la junta y yo hemos decidido añadir seis meses más a las semanas que ya ha cumplido. Nuestra decisión ha contado con la aprobación de los agentes del sistema penal.

Dixon se dio la vuelta rápidamente a tiempo de ver la estupefacción en el rostro de Greywolf antes de que lo enmascarase de forma abrupta.

Volviéndose de nuevo hacia la ventana, ocultó una sonrisa. Pensó que el señor Greywolf podía intentar permanecer indiferente, pero era tan humano como todos los demás. Quizá incluso más. Dixon no se había cruzado con muchos hombres que se arriesgarían a pasar más tiempo entre rejas para asistir a la muerte de su abuelo.

Lucas Greywolf suscitaba una admiración en su alcaide extraña e inquietante. Se preguntaba si en las mismas circunstancias el habría hecho lo mismo. Era una pregunta que lo perturbaba.

—¿Merecían la pena seis meses en prisión por ver a su abuelo antes de morir?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó el oficial mientras regresaba a su mesa.

Lucas bajó la pierna y adoptó una postura mucho más respetuosa.

De repente se levantó de un salto de la silla.

Dixon también saltó y puso la mano en el botón de alarma bajo su mesa. Pero cuando vio que el prisionero no suponía una amenaza, la volvió a poner sobre la mesa. Centró toda su atención en Greywolf, que caminaba a zancadas enfadado, con todo el cuerpo tenso.

—El abuelo había puestos sus últimas esperanzas en mí. Perdonó mi sangre blanca y me quiso a pesar de ella. Me crió más como a un hijo que como a un nieto. La idea de que yo estuviera en la cárcel se le hacia insoportable. Tenía que verme fuera, tenía que saber que lo había logrado, antes de poder morir en paz. Por eso tuve que hacerlo.

Miró cara a cara a Dixon, que pensó que si aquel hombre no podía influir en los jurados, nadie podría. Su presencia física era dinámica, elocuente. Era un hombre de

Pensó que era una pérdida que no se le permitiera practicar la abogacía.

—No quería escapar, alcaide Dixon, no soy estúpido. Pedí un permiso de dos días para ver a mi abuelo. Dos malditos días. Me lo denegaron.

—Va contra las normas —contrarrestó el guardián.

—Al infierno con las normas. Es una norma estúpida. ¿No os dais cuenta los que lleváis esto de la rehabilitación que sería conceder algunos favores a los reclusos, devolverles algo de dignidad?

Estaba inclinado sobre la mesa, en gesto amenazante.

—Siéntese, señor Greywolf.

Dixon habló con la firmeza justa para que el prisionero supiera que estaba

Tras un tiempo considerable en el que no se apartaron la mirada, Lucas se retiró y volvió a su silla. Su bello rostro estaba sombrío.

—Usted es abogado —dijo el alcaide—. Supongo que se da cuenta de lo fácilmente que ha salido de esta.

Se puso unas gafas de leer con el borde plateado examinó el informe que había sobre su mesa.

—Había una joven, la señorita Aislinn Andrews.

Miró a Lucas por encima del borde de las gafas.

La inflexión al final de su afirmación indicaba que en realidad era una pregunta. ste no dijo nada, simplemente miró también fijamente al alcaide con ojos implacables que no revelaban nada de lo que pensaba. Dixon volvió al informe.

—Es curioso que no haya presentado cargos contra usted.

Lucas mantuvo su silencio, aunque un músculo de su mejilla saltó. Finalmente el alcaide cerró la carpeta y se quitó las gafas.

—Puede volver a su celda habitual, señor Greywolf. Esto es todo por ahora.

Lucas se puso de pie y anduvo hacia la puerta.

Cuando ya había girado el picaporte el alcaide lo detuvo.

—Señor Greywolf. ¿Fue usted responsable directo del asalto a aquellos policías en los disturbios?, ¿ordenó la destrucción de aquellas oficinas del Gobierno?

—Yo organice la protesta. Tanto el juez como el jurado me encontraron culpable —dijo sucintamente antes de abrir la puerta y salir.

El alcaide Dixon se quedó mirando la puerta durante un buen rato después de que Lucas la hubiera cerrado. Sabía cuando mentía un hombre culpable. Pero también sentía cuando un hombre era inocente. Volvió a consultar el archivo de Lucas

Greywolf y tomó una decisión. Entonces descolgó el teléfono.

El corazón de Lucas palpitaba con gran fuerza mientras lo escoltaban de vuelta a su celda, aunque por fuera no daba muestras de su tormento interior.

Había esperado que le dijeran que lo habían acusado de fuga, allanamiento, asalto, secuestro y un montón de delitos estatales y federales más.

Había temido la terrible experiencia de otro juicio, un juicio que avergonzara aún más a su madre.

Saber que su fuga le había costado solo seis meses más de cárcel había sido una sorpresa tremenda. Estaría ocupado todo aquel tiempo. De momento la pequeña mesa de su celda debía de estar ya con pilas de cartas de gente que buscaba asesoramiento legal. No podía cobrarles, pues no podía volver a practicar oficialmente. Pero podía proporcionar asesoramiento legal gratuito.

Entre los indios el nombre de Lucas Greywolf representaba un rayo de esperanza y no iba a dar la espalda a nadie que pidiera su ayuda.

Pero no comprendía por que Aislinn Andrews no había presentado cargos.

Estaba seguro de que las autoridades federales habrían intentado construir un caso contra él. Pero sin su testimonio no podían probar más que su fuga; no comprendía porque no había cooperado con ellos.

Lucas odiaba estar en deuda con alguien, pero le debía a Aislinn toda su gratitud.

Aislinn cruzó la puerta de su dormitorio y la cerró. El timbre sonó por segunda vez. Corrió por el pasillo para contestar, mientras se sujetaba la coleta. Revisó su aspecto en el espejo del vestíbulo y vio que estaba medianamente decente. Su rostro estaba expectante y con una media sonrisa cuando abrió la puerta.

La sonrisa nunca llegó a culminar. De hecho se congeló al ver quien era. Los ojos se le quedaron como platos y tuvo que sujetarse en la puerta. Por un momento creyó que se iba a desmayar.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Te he vuelto a asustar?

— ¿Estás fuera?

—Sí

— ¿Cuándo?

—Hoy. Esta vez me han soltado. He salido siendo un hombre libre.

—Felicidades.

—Gracias.

La conversación fue ridícula, pero para alguien que acaba de llevarse el shock de su vida Aislinn pensó que lo había hecho bastante bien. No se había desmayado al ver a Lucas. Mantenía el equilibrio gracias a la puerta, aunque tenía las manos tan resbaladizas de sudor que podía deslizarse por la superficie lisa de aquella en cualquier momento. Tenía la boca seca, pero no había perdido del todo el habla. Si el mundo se hubiera dado la vuelta de repente no la habría asombrado tanto. Tomando aquello en cuenta, su comportamiento fue encomiable.

— ¿Puedo pasar?

—No...no creo que sea muy buena idea.

Lucas se quedó mirando las botas durante un rato y entonces levantó sus inolvidables ojos grises para mirar los de ella.

—Es importante o no te habría molestado.

—Yo...

—No estaré más de un minuto. Por favor.

Ella miró a todos lados salvo al rostro del indio, consciente de que este sería capaz de terminar con la determinación del Peñón de Gibraltar de permanecer en su sitio. Había cierta humildad en su tono, aunque envuelta en generaciones de determinación india.

Por fin asintió brevemente y se echó a un lado. Él entró y ella cerró la puerta. El vestíbulo pareció encoger alrededor de ellos. No llevaban ni diez segundos bajo el mismo techo y a Aislinn ya le costaba respirar.

— ¿Quieres algo de beber? —preguntó la anfitriona, deseando que le dijera que no.

—Sí, por favor. Esta es mi primera parada.

Casi se tropezó de camino a la cocina, mientras se preguntaba por qué estaba allí, por qué había hecho de su casa la primera parada. Le temblaban las manos al abrir el armario para sacar un vaso.

— ¿Un refresco? —preguntó.

—Vale.

Sacó una lata de la nevera y, al abrirla, el contenido salió a borbotones sobre su mano. Tiró de un paño y limpió torpemente la mancha pegajosa de la mano y de la encimera. Estaba muy patosa cuando abrió el congelador para sacar hielos. Sólo cuando ya hubo servido el refresco se dio la vuelta.

De manera desconcertante, sus ojos toparon con el pecho de él. La sorprendió

—Lo siento, siéntate, por favor —dijo, señalando la mesa con la barbilla.

Lucas sacó una silla y se sentó, y aceptó la bebida con un seco «gracias». La mirada del recién llegado recorrió toda la cocina, deteniéndose en la fila de cuchillos, para moverse lentamente hacia ella.

—No habría usado el cuchillo sobre ti.

—Lo sé —dijo ella y, antes de que dejaran de responderle las rodillas, se hundió en la silla que había al otro lado de la mesa. Quiero decir que lo sé ahora. Entonces estaba muerta de miedo.

—Demostraste una valentía memorable.

— ¿En serio?

—Eso pensé yo. Claro que eras mi primer reh

—Y tú mi primer secuestrador.

llevado antes de que nadie te viera bajar siquiera la montaña.

Las miradas de ambos se encontraron fugazmente, mientras cada uno recordaba lo que había tenido lugar en la cima de la montaña. Enseguida ella empezó a hablar otra vez.

—Me preguntaron quién era y que estaba haciendo allí contigo. recordar lo mal que se había sentido preguntándose si aquellos hombres que la interrogaban podrían adivinar que acababa de hacer el amor. Su pelo estaba todo enredado. Sus labios aún estaban hinchados por los ardientes besos. Sus senos todavía palpitaban. Sus muslos...

— ¿Qué les dijiste?

—Les mentí. Les conté que te había conocido en la carretera y te había llevado. Negué saber que fueras un fugitivo y dije que había aceptado llevarte a casa de tu abuelo gravemente enfermo porque me habías dado pena.

— ¿Te creyeron?

—Supongo.

—Podían haberte implicado.

, no había nadie.

—No entonces. Pero ahora tengo dos empleados.

—No te preocupes —sonrió Lucas—. No pretendo ponerte un cuchillo esta vez.

Aislinn le devolvió la sonrisa, asombrándose al observar lo guapo que era. Ahora que el impacto de verlo había disminuido, fue capaz de mirarlo de verdad por primera vez. El pelo un poco más corto por delante, pero por detrás seguía a la altura de los hombros. La palidez de la cárcel no había suavizado el tono bronceado de su piel. Si hubiera preguntado la razón, él le podría haber explicado que corría todos los días que lo rodeaba varias veces hasta cumplir su cuota de kilómetros, lo cual también era importante para su espléndida condición física.

El pendiente de plata aún le colgaba del lóbulo derecho. La cruz aún descansaba sobre el suave vello negro del pecho que Aislinn veía por el cuello abierto de la camisa. Pensó que su madre y Gene debían de haberle llevado ropa limpia para su puesta en libertad, pues tanto la camisa como los vaqueros parecían nuevos. Solo las botas de cowboy y el cinturón de turquesas que le rodeaba la esbelta cintura le resultaban conocidos.

—Bueno —dijo Lucas al fin, poniéndose de pie—. Te prometí que no estaría mucho tiempo. Sólo quería agradecerte que no me hicieras las cosas aún más difíciles.

—No tenías que molestarte.

—Empecé a escribir, pero quería darte las gracias en persona.

Aislinn pensó que habría sido mucho mejor para sus nervios que se hubiera conformado con enviarle una tarjeta de agradecimiento.

—Me alegro de que estés fuera —le dijo.

—No me gusta deberle nada a nadie, pero...

decir habría estado más que preparado para dejar a Aislinn Andrews de una vez por todas y cerrar aquella página de su vida. Odiaba admitir, incluso ante sí mismo, que en la cárcel había pensado en ella. Habían transcurrido varios meses desde aquella mañana en la cima de la montaña, en que ella se había entregado a él, y aún le costaba creer que hubiera sucedido. Antes de su fuga, había sentido deseos por una mujer. Cualquiera y todas a la vez. Pero tras su escapada, su deseo tenía un rostro, un nombre, un tono de voz, un aroma. Todos ellos pertenecían a Aislinn. Muchas veces, tumbado en la estrecha cama de su celda, se había convencido de que no era real, de que se lo había imaginado todo.

Pero su cuerpo le decía otra cosa. Especialmente en aquel momento, en que examinaba lo acogedoramente ceñidos que le quedaban los pantalones informales sobre el trasero y los muslos.

Era más baja de lo que recordaba, pero también podía ser porque estaba descalza. Llevaba una camisa muy desfasada; era vieja y algo pequeña para ella. Admitió que, mientras bebía el refresco, había estado pensando en lamerle los senos. No había podido evitar darse cuenta de lo ampliamente que rellenaban la camisa.

Mientras Aislinn lo guiaba hacia la puerta, se quedó hipnotizado por la oscilación de su juvenil coleta. Se preguntó entonces si su cabello era tan sedoso como él recordaba. Se acordó de aquella mata de pelo rubio, símbolo de su ascendencia anglosajona, de verdad había conocido sus manos indias de tunante. Si sus labios, que en aquel momento le mostraban una sonrisa insípida y vacía, recordaban las duras caricias de su lengua dentro de ellos. Él sí lo hacía.

—Te deseo mucha suerte, Lucas. Espero que todo te vaya bien —se despidió Aislinn, alargándole la mano.

—Gracias.

Él le dio la suya y sus miradas se cruzaron, manteniéndose fijas.

Entonces se oyó algo.

Venía de la parte de atrás de la casa y estaba tan fuera de contexto que al principio Lucas pensó que sus oídos le estaban jugando una mala pasada. Pero entonces lo volvió a escuchar. Miró en la dirección del sonido, con el ceño fruncido por la total confusión.

—Suenan como un...

Aislinn retiró la mano. Sorprendido, él volvió la cabeza. En el momento en que le vio la cara, supo que sus oídos no lo habían engañado. Estaba tan pálida como un fantasma y



# CAPÍTULO SIETE

El bebé seguía llorando, sin poder saber el lío tremendo que había provocado en la mente del hombre alto y oscuro que permanecía de pie junto a la cuna. El rostro de este, habitualmente tan distante, estaba cargado de emociones.

Aislinn, ligeramente detrás y a un lado, se puso los dedos en la boca en un esfuerzo de contener sus propias emociones, que iban de la ansiedad al abyecto terror.

Su primer impulso fue decirle que estaba cuidando del niño de un amigo o un familiar, pero la inutilidad era evidente. El bebé había sido engendrado por Lucas Greywolf; no había más que mirarlo para disipar cualquier duda.

La cabeza redonda estaba cubierta por un pelo completamente negro. La forma de las cejas, el ángulo de la barbilla, los pómulos... eran réplicas en miniatura de las facciones de Lucas.

Aislinn lo observaba con creciente pánico mientras el alargaba un dedo marrón y tocaba la mejilla del bebé. Una sensación de adoración y sobrecogimiento llenó sus claros ojos grises. Le temblaban los labios ligeramente. Aislinn reconoció los síntomas de profundos sentimientos, pues ella sufría los mismos ligeros espasmos faciales cada vez que sostenía a su bebé, y su propio rostro no podía evitar reflejar el amor que la llenaba cada vez que lo tocaba.

La aterrizzaba la idea de que Lucas estuviera experimentando el mismo tipo de vuelco emocional.

Saltó cuando él retiró la manta con un rápido movimiento de la mano y sus instintos maternales entraron en juego cuando Lucas abrió las tiras del pañal. Se lanzó contra él y le agarró el brazo, pero él se la quitó de encima sin esfuerzo y le bajó el pañal al niño.

—Un hijo.

El tono áspero de voz le sonó a Aislinn como una sentencia de muerte. Estaba casi loca de pánico y se quiso tapar las orejas y gritar palabras que lo desmintieran. Rezó de manera frenética por que aquello no estuviera ocurriendo de verdad.

Pero ocurría. Se sintió indefensa al verlo meter las manos por debajo del bebé para levantarlo. Lo único que pudo hacer fue observar en silencio cómo Lucas sujetaba al bebé entre los brazos. En el mismo instante en que le puso la cabeza contra el pecho, el niño

La instantánea relación de comunicación entre el hombre y el niño no dio un atisbo de paz a Aislinn, que, por una vez, hubiera preferido que su hijo llorara. Sin embargo, éste no hacía más que dulces ruidos de bebé contra el hombro de su padre.

Lucas llevó al niño desnudo a la mecedora.

Dobló las largas piernas para poderse sentar y se balanceó con torpeza con el niño encima. En otras circunstancias, Aislinn hubiera encontrado la escena divertida, pero estaba aterrizzata. Todas sus peores pesadillas se estaban materializando.

De haber sido otra la situación, la tierna exploración del bebé por parte de Lucas le habría tocado profundamente el corazón. Ver sus manos oscuras y masculinas moverse sobre el bebé con tanta delicadeza era absolutamente conmovedor, y tendría que haber sido una estatua para que no se le saltaran las lágrimas por la adoración instantánea del padre hacia su hijo.

Lucas le daba vueltas al niño con ternura, inspeccionándolo con amor. Lo sujetó en su enorme mano mientras con la otra le tocaba la espalda. Le tocó cada dedo del pie, cada uña transparente, le examinó las orejas.

Al fin se puso al niño sobre las piernas y miró a Aislinn.

— ¿Cómo se llama?

Aislinn quiso decirle que no era asunto suyo, pero razonó que desgraciadamente lo era.

—Anthony Joseph —contestó y, al ver la reacción en los ojos grises de Lucas, se . Yo también tuve un abuelo que se llamaba Joseph. Al bebé lo llamo Tony.

Lucas echó una mirada al bebé, que estaba empezando a agitar los puños con ansiedad.

— ¿Cuándo nació?

Ella dudó, pensando en trastocar las fechas para de aquel modo negar la paternidad de Lucas.

Pero la mirada fija de éste demandaba la verdad.

—El siete de mayo.

—No me lo ibas a decir, ¿verdad?

—No había razón.

—Es mi hijo.

—No tiene nada que ver contigo.

Él soltó una carcajada.

—Desde ahora tiene todo que ver conmigo.

Tony lloraba en serio ahora. La novedad de oír una voz nueva y más grave había dado paso al hambre. Lucas se puso al niño en el hombro e inmediatamente notó su boca húmeda en busca de comida. Aislinn oyó entonces el sonido menos esperado, la risa de Greywolf.

—Eso es algo en lo que no te puedo ayudar, Anthony Joseph —dijo, y se levantó para darle el bebé a su madre—. Te necesita.

Ella tomó al niño, lo volvió a tumbar en la cuna y le volvió a poner el manejaba muy torpemente por las enérgicas protestas del bebé, sus brazos y piernas moviéndose y por la observación de Lucas. Una vez que Tony estuvo vestido de nuevo y con pañales, se lo puso al hombro y lo llevó a la mecedora. Se sentó en ella y mientras le daba golpecitos en la espalda y le cantaba. Pero no tuvo efecto.

—Tiene hambre.

—Ya lo sé —soltó ella, ofendiéndose por la insinuación de que no conocía las necesidades de su hijo.

— ¿Entonces? Dale de comer.

Ella miró a Lucas, mientras el bebe servía como frágil escudo frente a ella.

— ¿Me perdonas?

— ¿Quieres decir que salga de la habitación?

—Sí.

—No.

Continuaron mirándose fijamente. Milagrosamente, Lucas fue el primero en ceder. Se dio la vuelta y fue a la ventana, ajustó las cortinas para poder ver y miró afuera. Aislinn supo entonces que si había algo que pudiera hacer vulnerable a aquel hombre duro sería su hijo. Se acababa de formar un lazo irrompible entre ellos, a pesar de que Lucas no había sabido de la existencia del niño hasta hacía unos minutos. Ahora que lo sabía, Aislinn pensó que podía hacer de su vida un infierno.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

Sin hacer caso a la pregunta, Aislinn se desabrochó la camisa y se abrió el sujetador. Tony se agarró con lujuria del pezón y com escandalosamente. La madre se colocó una manta de franela en el hombro para taparse a ella y la cabeza del bebe.

—Te he hecho una pregunta —dijo Lucas, esta vez en tono imperativo.

—Porque Tony es mi hijo.

—También es mío.

—De eso no estás seguro.

Lucas giró bruscamente la cabeza, pensando que, si la dignidad no la había estremecido, los grises incisivos ojos grises lo harían.

—Estoy seguro.

Estaba tan convencido que habría sido inútil discutirlo. Así que Aislinn supo que no le a derrotarlo en un concurso de semántica; los hechos seguían siendo los mismos. Tony era hijo suyo.

—Tony fue...un accidente biológico.

—Entonces ¿por qué no te deshiciste de él?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«¿Por qué no te deshiciste de él? le había preguntado su madre cuando Aislinn los informó de su embarazo.

Había esperado adrede a que fuera demasiado tarde para abortar para contárselo, consciente de que aquello habría sido para ellos la solución a su “problema”.

Era una buena pregunta por qué había continuado con el embarazo. Antes de acudir al médico, había tenido sospechas en la cabeza sobre la causa de su malestar. Además, había tenido fiebre y náuseas, repentinos ataques de apetito e indigestiones. Todo bastante inusual.

Conscientemente no había considerado la idea de estar embarazada, no se lo había permitido.

Pero cuando el médico le había dado los resultados de laboratorio, no se había escandalizado; ni siquiera la había sorprendido. De hecho, su primera reacción había sido un tremendo ataque de alegría.

Tras la reacción inicial una vez asentada en la realidad, había meditado cautelosamente las repercusiones negativas de ser madre soltera, pero nunca consideró poner fin al embarazo.

Desde el momento en que supo de su existencia, había amado con fuerza al niño. Su vida de repente tenía un sentido y un significado, ahora tenía algo por lo que luchar, metas que alcanzar.

Así que en aquel momento pudo responder a Lucas sin ninguna duda.

—Quería desesperadamente este beb —dijo, y puso una mano en la suave cabeza del niño, que seguía mamando con ansia . Lo he querido desde el principio.

— ¿No pensaste que tenía derecho a saberlo?

—No creí que te importaría.

—Bueno, pues te equivocaste, me importa.

— ¿Qué piensas hacer? —preguntó con miedo.

—Pienso ser su padre.

Tony le golpeó el pecho impaciente con su minúsculo puño, lo cual fue lo único que pudo librarla de la mirada inquisitiva de Lucas.

—Necesito cambiarle de pecho —dijo ella con voz ronca.

— ¿Duerme boca abajo?



que abarcaban casi por completo sus anchos hombros. Sin que ella lo viera, miró fijamente hacia las montañas del horizonte al mismo tiempo que empezaba a hablar.

—Mi padre fue un soldado anglo en Fort Huachaca. Mi madre tenía dieciséis a había graduado pronto en la escuela de la reserva y se había ido a Tucson, donde Joseph tenía amigos, que la acogieron. Trabajaba de camarera en una cafetería.

— ¿Es allí donde conoció a tu padre?

Lucas asintió.

—Tonteo con ella y le pidió que saliera con él al salir de trabajar. Ella lo rechazó, pero él siguió yendo a la cafetería. Me dijo que era muy guapo, gallardo, encantador.

Se metió las manos al revés en los ajustados bolsillos traseros del vaquero, y Aislinn pensó que si el padre se parecía en algo al hijo, si había tenido el mismo físico alto y esbelto, podía comprender perfectamente a Alice Greywolf.

—Por fin aceptó salir con él. Para hablar sin rodeos, señorita Andrews, la sedujo. No estoy seguro de cuantas citas hicieron falta, madre no fue muy específica. Unas semanas después de conocerlo, lo destinaron a algún lugar desconocido. Ni siquiera se despidió; verla. Cuando ella reunió fuerzas para llamar a la base y decirle que estaba embarazada, la informaron de que se había ido.

Se dio la vuelta. Tenía la cara más apretada de lo que ella había visto nunca. Intuitivamente, supo que estaba sufriendo, un dolor insoportable que mantenía reprimido.

—No volvió a verlo ni a oír de él; tampoco intentó buscarlo. Volvió deshonrada a la reserva, embarazada de un blanco. Me dio a luz un mes antes de su decimoséptimo cumpleaños. Consiguió un trabajo fabricando muñecas para souvenir porque podía trabajar en casa mientras me cuidaba. El abuelo ganó suficiente dinero vendiendo caballos para mantenernos en una vieja caravana. Madre y yo vivimos allí con él hasta que conoció a Gene Dexter, que le ofreció un empleo en la ciudad que mejoró considerablemente su nivel de vida. Gracias a Dios —añadió casi susurrando.

Entonces se volvió a Aislinn.

—Así que ya lo ves, crecí sabiendo la carga que era para mi madre.

—Ella no piensa eso, Lucas. Te quiere muchísimo.

—Ya lo sé. Nunca sintió rencor por lo que le había ocurrido.

—Compensas más que suficiente.

—No puedes conocer la amargura hasta que creces como un bastardo mestizo —dijo entre dientes, enfadado—. Así que no me des lecciones. Y te veré en el infierno antes de dejar que mi hijo crezca con ese estigma. ¿Crees que yo le haría lo que mi padre hizo conmigo?

—Pero tu padre no lo sabía. A lo mejor si...

—Ni sugieras algo tan ridículo. Para él, Alice Greywolf, la preciosa niña india, no era más que un revolcón fácil. Una novedad, sin duda. Aunque hubiera sabido lo de su embarazo probablemente la habría abandonado. Como mucho la habría llevado hasta la frontera para un aborto barato y rápido la interrumpió, y agitó la cabeza. No, el soldado anglo no habría querido tener parte en su pequeño indio, Pero Dios sabe que yo quiero mi hijo. Él sí va a conocer a su padre.

a algo en su lengua nativa.

Entonces, como si todo hubiera quedado claro, se giró y salió de la habitación.

Aislinn corrió tras el y lo agarró de la manga cuando llegó al picaporte.

—No puedo casarme contigo.

— ¿Ya estás casada?

—No, claro que no.

—Entonces no hay razón por la que no podamos.

—Excepto que yo no quiero.

—Yo tampoco —le aseguró, y bajó la cabeza para juntarla contra la de ella—. Pero tendremos que dejar a un lado nuestros sentimientos por el bien de nuestro hijo. Si yo puedo aguantar tener una esposa blanca tú podrás aguantar un marido indio.

—Oh, por Dios —dijo ella enfadada—. Esto no tiene nada que ver con que yo sea anglo y tú indio. ¿Es que nunca piensas en otra cosa?

—Raramente.

—Bueno, pues haz una excepción esta vez. Teniendo en cuenta el modo en que nos conocimos, ¿no te parece ridícula la idea de casarnos?

—Supongo que querrás decir que un secuestro no se parece mucho a un noviazgo.

—Exacto.

— ¿Que quieres de mí, que me arrodille?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Solo quería apuntar que no nos conocemos. Hemos hecho un bebé, pero...

Se paró en seco, alarmada por sus propias palabras. No quería recordar aquella mañana en la montaña, y desde luego no quería que él la recordara.

Se había enfrentado a él directamente, con los brazos en jarras. Entonces los bajó de prisa, al darse cuenta del modo en que su postura militante le marcaba los pechos. Nerviosa, se humedeció los labios con la lengua y miró a otro sitio que no fuera la cara de Lucas.

—Sí, hemos hecho un bebé. Esa es la cuestión, ¿no? Tony no tuvo nada que ver con lo que pasó entre nosotros, así que está claro que él no va a pagar por ello toda su vida. Nosotros —dijo, moviendo la mano entre su pecho y el de ella—, nosotros compartimos esa lujuria; ahora no podemos hacer más que compartir la responsabilidad de la vida que creamos.

Le puso un dedo en la barbilla y empujó hacia arriba para obligarla a mirarlo.

—Tan cierto como que te planté la semilla, Tony me conocerá —dijo, y entonces la soltó y dio un paso atrás—. Volveré mañana. Tanto si aceptas casarte conmigo como si no, me llevaré a mi hijo cuando me vaya.

—¿Me amenazarás con un cuchillo? —preguntó ella, insidiosa.

—Si es necesario.

Aislinn lo creyó y se quedó sin habla del miedo.

No hubo más palabras antes de que él saliera por la puerta.

Estaba nerviosa, saltando a cada sonido y reprobándose por ello. Casi se le paró el corazón al oír el timbre de la puerta. Resultó ser el cartero, que le llevaba un catálogo demasiado grande para meterlo en el buzón. Se sintió estúpida, pero no por los nervios.

Intentó calmarse diciéndose que quizá su nerviosismo era por nada, que quizá Lucas Greywolf no regresara. Que quizá ver a Tony le había hecho querer participar de la responsabilidad de criar a un niño, pero que después de pensarlo

Sin embargo no se lo creía. Sabía que Lucas no era un hombre dado a arrebatos emocionales, ni tampoco parecía ser un hombre que no cumpliera sus promesas. En algún momento del día se presentaría ante su puerta, y no sabía que iba a hacer cuando ello ocurriera.

Salvo ejercitar todos los poderes de persuasión a su disposición.

Durante toda la noche el problema le había dado vueltas en la cabeza como la bola de una ruleta. Lucas Greywolf formaba parte de su vida ahora y tendría que saber llevarlo.

Trazó las líneas de lo que creía sería un acuerdo justo para que Lucas viera a Tony. Estaba segura de que reconocería que un bebé necesitaba a su madre, sobre todo en los primeros años, y, a menos que fuera totalmente irracional, lo aceptaría.

Y sabía que en realidad no quería casarse, no más que ella.

En aquella época estaba disfrutando de una estabilidad en su vida. En su quinto mes de embarazo había contratado a otra fotógrafa para que se hiciera cargo del estudio. Después, como había estado ocupada convirtiendo la habitación de invitados en una habitación para el niño, había contratado a una recepcionista. Las dos jóvenes trabajaban muy bien y el estudio estaba prosperando como nunca.

hija.

Pero, a pesar de lo testarudos que eran sus padres al querer dictar su futuro, eran mucho más fáciles de disuadir que Lucas Greywolf.

Cuando sonó el timbre por segunda vez poco antes de mediodía, supo quien era. Durante un momento se agarró las manos, apretó los ojos y suspiró muy hondo. El timbre sonó de nuevo y ella no quiso imaginar la impaciencia tras la imperiosa llamada.

De repente deseó no haber caído en la vanidad de vestirse con ropa de civil». Últimamente había llevado ropa de premamá, mientras daba tiempo a su cuerpo para recuperar la forma. Pero aquel día se probó una falda del verano anterior y vio con alegría

La falda a media pierna había sido siempre una de sus favoritas, La suave tela azul le acariciaba las piernas al andar. Por encima llevaba una camisa blanca, con un ribete bordado también blanco, que se abrochaba por delante, lo cual le facilitaba la tarea de lavado el pelo y lo había dejado secar con sus rizos naturales. Ahora lo llevaba tras las orejas, que mostraban unos pequeños pendientes de oro.

Quizá había ido demasiado lejos maquillándose, y perfumándose. Se preguntó por qué se había puesto perfume aquel día cuando no lo había hecho en meses. Pero ya era demasiado tarde, pues el timbre sonó por tercera vez.

Abrió la puerta. Greywolf y ella se miraron fijamente a través del umbral. Los dos querían sentir rivalidad, pero en vez de ello, se sobresaltaron al ver el aspecto del otro.

Aislinn no había estado preparada para aquellos ojos gris claro en el rostro oscuro e impecable. La camisa era diferente. Por lo demás, vestía de la misma forma que el día anterior, con vaqueros, que caían sobre su cadera estrecha, y unas botas que habían conocido días mejores. La cruz de plata descansaba sobre su pecho, que veía por el cuello abierto de la camisa, y el pendiente en su oreja parecía remarcar la pronunciada intersección entre su mandíbula y su pómulo.

Se retiró y lo dejó pasar, cerrando la puerta tras él. Lucas le miró la cabeza y bajó la mirada por el esbelto cuello hasta los pechos.

Entonces se llenó de deseo, al recordar la forma de sus senos y el color de sus pezones rociados en leche. Pensó que no tenía que haber mirado el día anterior, pues así no sabría lo adorable que resultaba verla amamantando a su hijo, y no lo recordaría ahora. Pero tuvo que mirar, o se habría muerto.

, pero  
decidió que sentarse en la cocina con una mesa entre medias sería mejor que compartir el

—Vale, si me sueltas —contestó, mientras intentaba liberarse el brazo.

No quería ser consciente de la presión cálida y fuerte de los dedos de Lucas, que traspasaba la tela de su manga. Su toque le traía demasiados recuerdos que había intentado olvidar durante meses. Quiso gritarle que le quitara las manos de encima, pero no quería provocarlo sin necesidad. No era el momento de jugar con sus cambios de humor, no ahora que debía apelar a su entendimiento.

—No están empaquetadas las cosas de Tony —observó Lucas, mientras se sentaba en la misma silla que el día anterior.

—¿Qué prefieres, zumo o refresco?

—Un refresco.

Aislinn sacó un refresco de la nevera y, repitiendo el mismo ritual, le dio el vaso con hielos.

—No están empaquetadas las cosas de Tony —repitió él antes de probar siquiera la bebida.

Ella se sentó frente a él, deseando que no le temblaran las manos.

—Así es.

—Entonces lo tomo como que nos casamos.

—Entonces lo tomas mal, señor Greywolf. No voy a casarme contigo ni con nadie.

—Voy a tener a mi hijo.

Aislinn se humedeció los labios.

—Creo que Tony debe conocerte, es justo para los dos, y no evitaré que lo veas. Podrás venir aquí siempre que quieras; lo único que te pido es que me avises con tiempo para que no haya ningún conflicto con sus horarios. Intentaré cooperar y... ¿Adónde vas?

—A por mi hijo.

—¡Espera! —lo llamó, y saltó de la silla para sujetarle el brazo—. Por favor, seamos razonables. No pensarás que me voy a quedar quieta mientras te llevas a mi hijo.

—No hagas eso.

La petición entre suspiros no tenía mucho peso, y no lo detuvo de acariciarle el cabello con la nariz hasta llegar con la boca a su oreja.

— ¿Me he perdido algo esta mañana? ¿O las chicas de la sociedad blanca dicen que no de forma diferente a las demás?

. No eres más que un exceso de equipaje que tiene que venir con mi hijo porque yo no tengo glándulas mamarias. Pero estoy dispuesto a pagar el precio de vivir contigo por formar un hogar para Tony.

Entonces se llevó la mano al pelo y respiró hondo unas veces más,

—Te lo pregunto por última vez, ¿vienes conmigo o no?

Antes de recuperar la calma lo suficiente para buscar una respuesta, sonó el timbre.

Comeremos en el patio, pero lleva algo bonito. Y consigue una niñera para el niño.

—El niño se llama Tony —dijo Aislinn—. Y no voy a necesitar ninguna niñera porque no voy a ir.

emparejarme a un hombre con una actitud tolerante hacia una mujer descarriada.

—Ya es suficiente —dijo tajantemente el padre.

—Sólo hacemos lo que creemos que es mejor para ti —dijo Eleanor—. Haz arruinado tu vida y estamos intentando rectificar tus fallos lo mejor que podemos. Creo que lo mínimo que podías hacer es...

Eleanor terminó el sermón con una inspiración e incluso se llevó una mano temerosa al pecho como para protegerse de un atacante. Willard Andrews siguió la mirada sobresaltada de su mujer y también se quedó desconcertado. Sin necesidad de darse la vuelta, Aislinn supo qué había alterado tanto a sus normalmente imperturbables padres.

De hecho, al girarse para ver a Greywolf, sintió el cosquilleo mezcla de miedo y anticipación— que sentía cada vez que lo veía.

Estaba de pie en la puerta entre la cocina y el salón, con sus ojos inquebrantables fijos en sus padres. Tenía la camisa abierta casi hasta la cintura y apenas se le movía el torso al respirar. Estaba tan quieto que podía haber sido una estatua de no ser por la energía

—Madre, padre, éste es el señor Greywolf —dijo Aislinn, cortando el pesado silencio.

Nadie dijo una palabra. Lucas inclinó la cabeza de forma seca, aunque Aislinn supo que se debía a que Alice Greywolf probablemente le había enseñado modales, no porque sintiera ninguna deferencia o respeto hacia sus padres.

Lucas podía haber sido un tigre fuera de su jaula por la mirada aterrorizada de Eleanor. Willard estaba también sin habla, pero al fin preguntó.

— ¿Lucas Greywolf?

—Sí —contestó él.

—He leído sobre su puesta en libertad esta mañana en el per

—Dios Santo —exclamó la madre, agarrándose al respaldo del sillón.

Estaba pálida como si fuera una víctima a punto de ser masacrada y de que le cortaran la cabellera, clamando al cielo por piedad.

Willard sometió a su hija a una dura mirada y, como de costumbre, ella bajó los ojos.

—Lo que no puedo comprender, señor Greywolf—continuó el padre—, es lo que esta haciendo en casa de mi hija, aparentemente con su consentimiento.

Aislinn seguía con la cabeza baja, Siempre había pensado que sus encuentros con Lucas eran malos, pero nada podía ser peor que aquello. Por el rabillo del ojo, vio a Lucas abandonar el umbral y entrar en el salón. Fue directo hacia ella, y Eleanor retrocedió y profirió un sonido entrecortado cuando el indio llegó a donde estaba A barbilla con el dedo.

— ¿Bien?

Le estaba dando una oportunidad, si bien no se podía decir que fuese muy espléndida. O bien les contaba ella lo que estaba haciendo en su casa o lo haría él, Aislinn retiró la cara de su dedo y la volvió ligeramente para enfrentarse a las miradas atónitas e incrédulas de sus padres. Tomó aire y, sintiendo como si estuviera a punto de saltar de un

. ¿Qué has dicho?

—Dale al bebé. Sería lo mejor para todos.

Horrorizada, Aislinn miró fijamente a su madre y luego a su padre, que, con su silencio, había refrendado el consejo de Eleanor.

— ¿Esperáis que dé a mi niño?

La pregunta era retórica, pues, por sus miradas expectantes, pudo ver que su madre estaba siendo sincera.

—Por una vez en tu vida escúchanos, Aislinn le dijo su padre, y la tomó de la mano . Siempre has ido en contra de nuestros deseos, te has rebelado contra el sistema, has hecho lo que sabías que no aprobaríamos. Pero esta vez has ido demasiado lejos y has cometido un tremendo error. No sé cómo pudiste...

Incapaz de decirlo, lanzó a Lucas una mirada mordaz, una mirada que lo Se volvió su hija.

—Pero ocurrió. Te arrepentirás de este error el resto de tu vida si no entregas al niño ahora. Al parecer el señor Greywolf ve lo acertado de esto aunque tú no. Deja que críe él al niño. Si quieres enviarle dinero de vez en cuando para...

Aislinn se soltó de la mano de su padre y se apartó de él como si estuviera enfermo. De hecho, pensó que lo estaba, enfermo del corazón. No comprendía cómo sus padres podían decirle que entregara a su hijo, para no verlo nunca más, deshacerse fueran los restos incriminatorios de una fiesta salvaje.

Los miró y vio en ellos a unos extraños; se dio cuenta de lo poco que los conocía y, más aún, lo poco que la conocían a ella.

—Quiero a mi hijo, y no lo voy a dar por nada del mundo.

—Aislinn, se razonable —exclamó irritada Eleanor—. Admiro tu apego al niño pero...

—Creo que será mejor que se vayan. —Incluso si la voz de Greywolf no hubiera sido tan áspera e impositiva, su postura sí lo era. Parecía estar muy por encima de los otros tres, que, como uno solo, se volvieron al sonido suave y peligroso.



maravilloso ni mucho menos. Pero había sido real. Nunca se había sentido tan viva como durante aquellos días turbulentos.

— ¿Qué vas a hacer? —le preguntó Lucas.

— ¿Aún quieres que me case contigo?

—Por nuestro hijo, sí.

— ¿Serás un buen padre para Tony y lo querrás?

—Lo juro.

Era lo más duro que tuvo que preguntar a otra persona, pero lo miró a los pálidos ojos grises sin parpadear.

— ¿Y para mí? ¿Qué clase de marido puedo esperar que seas?

—Eres la madre de mi hijo; te trataré con el respeto que merece.

—Me has asustado en muchas ocasiones; no quiero vivir teniéndote miedo.

—Nunca te haría daño; te lo juro por mi abuelo, Joseph Greywolf.

Fue una proposición de lo más extraña. Ella había imaginado velas y rosas, vino y música ligera, luna llena y promesas de amor eterno.

Sonrió débilmente, mientras pensaba para sus adentros que no se podía tener todo.

Acababa de dar un portazo a todo lo que era seguro y conocido, y ya no había vuelta atrás. Además Lucas no iba a renunciar a su hijo; lo había dejado muy claro.

Sería un matrimonio sin amor, salvo por su amor común hacia Tony. De todas maneras, tampoco había amor en su vida en aquellos momentos, así que pensó que no lo iba a echar de menos.

La vida con Lucas y Tony no sería una serie interminable de días monótonos; tendría al

Lo miró con una mirada rotunda y le contestó sin dudarle más.

—De acuerdo, Lucas, me casaré contigo.

Así lo hizo, dos días más tarde a las nueve de la mañana en una ceremonia civil, en el mismo juzgado en el que habían condenado a Lucas Greywolf por sus supuestos crímenes

La novia llevaba al bebé en el hombro mientras recitaba los votos que la atarían legalmente a un hombre que era poco más que un extraño. No había sabido qué ponerse y al final había optado por un traje color melocotón de lino con falda plisada y chaqueta suelta. Bajo esta lucía una camisola blanca de encaje. El conjunto era delicado y femenino sin llegar a ser totalmente de novia.

Llevaba el pelo sujeto a un lado por un broche antiguo de marfil, legado de su abuela paterna. El broche servía como «algo viejo». También había elegido una braguita azul, para ser fiel a la tradición.

Lucas la había sorprendido con un pantalón negro y una chaqueta sobre una camisa de vestir azul pálido y una corbata sobria. Lo encontró increíblemente guapo con el largo pelo negro peinado hacia atrás. Lo mirara por donde lo mirara, sabía que hacían una extraña pareja; varias cabezas se habían vuelto a mirarlos al entrar en el juzgado.

Antes de darse cuenta de que habían solemnizado los votos, la ceremonia había terminado y estaban abandonando el edificio. Lucas le había dado un beso superficial cuando el juez los había declarado marido y mujer y ahora la sujetaba del codo mientras la llevaba hasta su vieja camioneta.

—Vamos a por las cosas que has empaquetado y nos pondremos en marcha.

Toma ese pañuelo y pónitelo en la cabeza. Se te volar menos.

Ella sacó el pañuelo y lo dobló en un triángulo y después en una banda estrecha. Cuando se lo hubo atado se miró en el espejo.

— ¿Esto me convierte oficialmente en india?

Lo miró y sonrió. Al principio él no supo cómo tomarse la pregunta, pero al ver sus ojos azules socarrones, contestó a su sonrisa con una propia. Le costó, como si sus labios no recordaran cómo formar una sonrisa. Pero al fin se abrió paso en su bello rostro, su aprensiva austeridad. Incluso soltó una pequeña carcajada.

Después de aquello, la tensión entre ellos se relajó un poco. Poco a poco, Aislinn consiguió sacarle algo de conversación. Intercambiaron historias sobre su niñez, algunas divertidas y otras dolorosas.

—En cierto modo yo estaba tan sola como tú dijo Aislinn.

—Después de conocer a tus padres me lo creo.

—No tienen ni de lejos la capacidad de amar de tu madre.

Él solo le lanzó una mirada rápida y asintió.

A pesar de lo ansioso que estaba por llegar a casa, la consultó a menudo acerca de parar a descansar, comer o beber.

—Tendremos que parar pronto —dijo Aislinn poco después del mediodía. Tony se está despertando y querrá comer.

Había sido un ángel, durmiendo en su sillita.

Pero se acababa de despertar hambriento e impaciente por comer. Para cuando llegaron al siguiente pueblo, sus enérgicos llantos retumbaban en la cabina.

— ¿Dónde paro? —preguntó Lucas.

—Puedes seguir, me arreglaré.

—No, estarás más cómoda si paramos. S

—No sé —contestó ella, y se mordió nerviosa el labio.

No quería que Tony exasperara a Lucas con sus gritos. Podría cambiar de opinión sobre lo de querer ser padre, podría cansarse enseguida de las dificultades diarias.

— ¿Un servicio? —sugirió, buscando entre los edificios de la calle principal.

—Odio meterlo en público cuando arma tanto alboroto.

Al fin Lucas metió el camión en un aparcamiento público. Encontró un sitio apartado bajo la sombra de un árbol y aparcó.

— ¿Que te parece aquí?

—Bien.

Aislinn se desabrochó sin gana la camisa y el sujetador y se colocó a Tony en el pecho. Los gritos del niño cesaron de golpe.

—Vaya —exclamó ella riéndose—, no se si hubiéramos podido ir...

Su frase terminó en nada porque inocentemente había levantado la vista de la cara colorada de su hijo para mirar al padre, que no le quitaba la vista al bebé. La intensidad en su rostro frenó lo que Aislinn le iba a decir. Cuando Lucas vio que lo estaba observando, parpadeó y miró por el parabrisas.

— ¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Un poco.

— ¿Qué te parece una hamburguesa en el coche?

—Está bien, cualquier cosa,

—En cuanto Tony termine buscaremos un sitio.

—Vale.

— ¿Te hice daño?

Ella levantó la cabeza y lo miró. Vio que aún tenía la vista fija en el parabrisas.

— ¿Cuándo, Lucas?

—Ya sabes cuándo, aquella mañana.

—No —contestó ella, en una voz tan baja que incluso sus propios oídos apenas la oyeron,

Él se puso a dar golpes al volante con el puño y a mover la pierna con insistencia. Sus ojos seguían clavados en el paisaje. En cualquier otro hombre aquellos habrían sido síntomas de nerviosismo, pero le resultaba impensable en Lucas Greywolf.

—Había estado en la cárcel...

—Ya lo sé.

—Y sin mujeres.

—Lo entiendo.

—Fui muy brusco.

—No demasiado...

—Y luego me preocupé. Me preocupaba haberte hecho daño, en los senos en...

—No lo hiciste.

—Eras tan pequeña...

—Había pasado mucho tiempo.

—Gracias. Por llevar a mi hijo.

Entonces fue Aislinn la que se emocionó. Un hombre con el orgullo de Greywolf no  
aber insistido en aquello habría arruinado el momento,  
que sencillamente asintió con la cabeza,

Prestó toda su atención a Tony hasta que este hubo terminado y entonces se lo dio a  
Lucas, que lo sujetó mientras ella se ajustaba la ropa. Luego, la ayudó a cambiarle el  
pañal.

No dijeron nada más. Ya habían dicho suficiente,

—Gene está aquí —apuntó Lucas mientras aparcaba la camioneta frente a una  
diminuta casa de estuco blanco, con un jardín vallado muy cuidado y zinnias a ambos  
lados del camino. Una luz en el porche daba la bienvenida.

ninguna duda de que haría la vida lo más cómoda posible para su hijo.

Lucas dio la vuelta y la ayudó a bajar del camión. Por primera vez ella sintió una punzada de aprensión, al preguntarse qué sucedería si Alice Greywolf y el doctor Dexter tenían la misma reacción hacia el bebé que sus padres. Pensó que ella era más extraña en aquel lugar que Lucas en su mundo, y temió el recibimiento. Lucas no parecía tener los mismos reparos; fue corriendo por el camino y saltó al porche. Llamó a la puerta dos veces antes de que abriera Gene Dexter.

—Vaya, ya era hora. Alice estaba...

Al ver a Aislinn subir por el camino, al doctor se le cortó el habla.

—Gene, ¿es Lucas? —llamó Alice desde dentro—. ¿Lucas?

Pasó por al lado de Gene, con el rostro adornado por una sonrisa.

—Vaya, estás aquí. Nos estábamos preocupando. ¿Por qué no viniste directamente a casa?, ¿decidiste pasar unos días en Fénix?

Lucas se echó a un lado y, al ver a Aislinn, Alice se quedó sin habla. Pero al ver al bebé acurrucado en los brazos de aquella, sus labios formaron una

—Creo que será mejor que os refugiéis del fresco de la noche.

Aislinn supo en aquel momento que llegaría a querer a Alice Greywolf. No había habido preguntas, ni recriminaciones, ni censura; simplemente una aprobación gentil e incalificable.

Lucas sujetó la puerta abierta para Tony y Aislinn, que entró en un salón decorado con sencillez y buen gusto.

—Madre, Gene, ¿recordáis a Aislinn?

—Claro —dijo Gene.

—Hola.

Alice la sonrió y preguntó tímidamente.

— ¿Puedo ver al bebé?

Aislinn dio la vuelta a Tony para que lo pudieran ver bien, y a Alice se le escapó un grito ahogado. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras alargaba la mano y le tocaba la negra pelusa de la cabeza.

—Lucas —suspiró.

—Anthony Joseph —la corrigió aquel con orgullo—. Mi hijo.

—Oh, ya sé que es tu hijo —dijo Alice, y se mordió el labio inferior para no llorar y reír al mismo tiempo—. Es igual que tu. Gene, ¿lo has visto?

Entonces miró a Aislinn con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Gracias.

—Yo, nosotros, lo llamamos Tony. ¿Te gustaría tenerlo un rato?

dijo Gene, que por fin decidió cerrar la puerta para preservar el aire acondicionado—. Aislinn, entra y siéntate.

Le hizo un gesto con el brazo para ofrecerle la entrada,

—Nos hemos casado hoy —informó Lucas sin rodeos, casi como si esperara un reto.

—Bueno, es... es genial —contestó Gene, dubitativo.

Una vez más Alice salvó la horrible situación.

—Por favor, sentaos; os prepararé algo de comer y beber. Pero primero quiero estar unos minutos con Tony.

—No te molestes, madre, no podemos quedarnos mucho.

— ¿Os vais? Pero si acabáis de llegar,

—Quiero llegar a casa antes de que se haga muy tarde,

Alice miró incrédula a su hijo.

— ¿A casa? ¿Quieres decir a esa caravana?

—Sí.

— ¿Con Aislinn y Tony?

—Por supuesto.

—Pero no puedes llevarlos a esa caravana; es demasiado pequeña. Ni siquiera está limpia y...

—Alice —la reprochó Gene con cariño.

Ella se calló enseguida y miró inquieta a Aislinn y Lucas.

—Ya sé que no es asunto mío, pero esperaba que os quedarais unos días conmigo antes de mudaros allí.

Lucas miró a Aislinn, que no había dado su opinión, y sabía que no lo haría. Pensó que era muy valiente. Cuando la ocasión lo requiriera, era firme como una roca, lo cual h admirado desde el principio. Pero también pudo ver las bolsas de sus ojos y su postura encorvada por el cansancio.

—Está bien, una noche —concedió, sorprendiéndose a sí mismo.

—Oh, cuánto me alegro —dijo Alice—. Aislinn, trae al niño. He estado guardando comida caliente por si por casualidad Lucas se presentaba esta noche.

—Te ayudo —se ofreció ella.

—No tienes por que hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Gene y Lucas las siguieron y este último agarró por el brazo al doctor en la puerta.

—No te estaremos echando de la cama hoy, ¿no?

—Desgraciadamente no —se lamentó.

— ¿Todavía?

El doctor sacudió la cabeza con pena,

—Todavía. Tu madre es una mujer extraña, Lucas, pero no pienso rendirme hasta que sea mi esposa.

—Bien, te necesita —contestó Lucas, golpeándole la espalda.

Mientras cruzaban la puerta de la cocina, pensó en lo extraña que era la mujer con la que estaba casado. Por eso sus ojos buscaron a Aislinn nada más entrar.

—Lucas, ¿por qué no me dijiste lo del niño?—preguntó Alice media hora más tarde mientras llevaba los platos al fregadero.

La significativa pausa dio lugar a un largo e incómodo silencio, hasta que por fin Aislinn su confesión.

—Él no sabía lo del bebé. No lo supo hasta que llegó a mi casa hace tres días para agradecerme que no presentara cargos contra él.

Intentó buscar las miradas atónitas de Alice y su amigo, pero se dio cuenta de que no tenía suficiente coraje y bajó la mirada.

—La obligué a casarse conmigo —admitió Lucas con su característica franqueza—. La amenacé con llevarme a Tony si no lo hacía.

Gene se movió incómodo en la silla y Alice se llevó una mano a la boca, esperando que su impresión no fuera demasiado evidente. Al fin habló.

—Me alegra mucho tenerte de nuera, Aislinn.

—Gracias —dijo ésta, sonriendo.

Sabía que Alice y el doctor debían de estar ardientes de curiosidad, así que agradeció que se reprimieran de hacer más preguntas.

—Debes de estar cansada del viaje —dijo Alice con amabilidad—. ¿Por que no me dejas que te arregle las cosas para esta noche? Puedes dormir en mi habitación.

—No —Lucas los paralizó a todos antes de que nadie se moviera—. Aislinn es mi mujer; duerme conmigo.

preguntó tímidamente Aislinn,

—A lo mejor debería ser yo la que te lo preguntara. ¿Te preocupa lo de Lucas y tú?

—Al principio sí, mucho. Ahora no lo sé. dijo con franqueza—. Apenas nos conocemos, pero los dos queremos a Tony. Su calidad de vida es muy importante para nosotros. Basándonos en eso, quizá logremos que el matrimonio funcione.

—La vida en el rancho va a ser muy distinta a la que estás acostumbrada,

—Estaba harta de la vida a la que estaba acostumbrada, antes incluso de conocer a Lucas.

—No te va a resultar fácil, Aislinn.

—Nada que merezca la pena lo es.

Las dos mujeres se quedaron mirándose fijamente, la más joven con determinación; la otra, con escepticismo.

—Vamos a hacer la cama —dijo tranquilamente Alice,

Una vez que las sábanas limpias estuvieron sobre la cama, Aislinn se dio cuenta de lo estrecha que era ésta, y se preguntó cómo lograría pasar la noche durmiendo en ella con Lucas. Este había entrado en la habitación con las bolsas pero se había marchado enseguida, y lo escuchó charlando con Gene en el salón.

—Será mejor que me vaya para que puedas descansar —dijo Alice—. Además, si no le doy unas buenas noches especiales a Gene pensará que lo he abandonado por Tony.

Se agachó para besar al bebé, que estaba tumbado satisfecho en la cuna recién fabricada. Antes de salir, tomó una mano a Aislinn.

—Me alegra mucho tenerte en la familia.

— ¿Aunque sea anglo?

—Al contrario que mi hijo, yo no guardo rencor a toda una raza por lo que hagan unos pocos.

Sin pensarlo, Aislinn besó en la mejilla a su nueva suegra.

—Buenas noches, Alice. Gracias por tu amabilidad con Tony y conmigo.

Cuando se quedó sola, Aislinn dio de mamar al bebé, con la esperanza de que durmiera de un tirón hasta la mañana y no molestara a Lucas. Lo apremió, esperando poder terminar antes de que llegara Lucas, pues quería ahorrarse otra escena como la del remolque.

Solo había un cuarto de baño en la casa, en el pasillo entre las dos habitaciones. Aislinn fue a él en cuanto hubo acostado a Tony y, al regresar, ya no le quedaba más que desvestirse.

Oficialmente aquella era su noche de bodas, aunque el camisón que sacó de su maleta no era precisamente muy nupcial. Era el segundo verano de este y, aunque era suave y la tela transparente al contraluz, su escote modesto, recogido y elástico no era muy provocador. De hecho lo hacía bastante sencillo y sin gracia.

Estaba sentada en el tocador echándose crema cuando apareció Lucas y cerró la puerta tras de sí.

Entonces siguió untándose la crema con torpeza. Se dijo a sí misma que se debía al hecho de que tenía las manos resbaladizas y no a que estuviera enfrentándose a pasar una noche a solas con Lucas Greywolf en la habitación.

Si hubiera mirado al espejo en lugar de a su marido hubiera visto que tenía los ojos muy abiertos con aprensión, lo cual le daba un aire muy joven e inocente. En contraste, el cabello le caía sobre los hombros de forma seductora. Tenía los sonrosados y el camisón parecía virginal. El conjunto total, especialmente a los ojos de un

La lámpara de la mesilla emitía una luz tenue.

La sombra que Lucas proyectaba sobre las paredes y el techo era larga y siniestra en la pequeña habitación cuadrada.

— ¿Ya se ha dormido Tony? —preguntó, mientras se llevaba las manos a los botones de la camisa.

—Sí, no parece que lo moleste mucho dormir en un cajón.

En el espejo, Aislinn vio a Lucas sonreír mientras se agachaba sobre el cajón colocado en el suelo junto a la cama. El corazón le latió con fuerza por el modo en que a su marido se le suavizaba la expresión del rostro al mirar a su hijo.

Pensó que sería muy fácil enamorarse de un hombre que pudiera sentir una ternura igual por una mujer.

Mentalmente puso las cosas en su sitio, pensando que unos sentimientos tan tiernos eran totalmente ajenos a la mayoría de los hombres que conocía y para Lucas Greywolf serían imposibles.

Como si quisiera barrer las ridículas cavilaciones de su cabeza, se puso a cepillarse el pelo.

Lucas se sentó al borde de la cama y se quitó las botas, tirándolas después al suelo.

—Gene me ha dicho que se alegra de que nos hayamos casado.

—Un hombre tan distinto a tu marido,

Aislinn estaba dejando el cepillo, pero al oír sus palabras, levantó la mirada para encontrar la suya en el espejo.

—No he querido decir eso.

—No importa lo que hayas querido decir. Soy el marido que tienes.

Ella tragó saliva llena de aprensión al verlo acercarse con paso acechante. Era la personificación de un macho animal que respondía al aroma de una hembra. Se había quitado todo salvo los vaqueros, cuya cremallera estaba abierta. Los ojos de Aislinn fueron directamente a la estrecha “V” que se abría justo bajo su ombligo, y le pegaba brincos el corazón con una mezcla de deseo y temor.

En la penumbra, la piel de Lucas adoptó un tono aún más cobrizo y sus prominentes pómulos proyectaban una sombra en sus mejillas. La sombra de las pestañas adornaba con rayas estas últimas.

Tenía los ojos grises clavados en ella como los de sobre su presa. Parecían penetrar todas las capas de su piel y ver en su interior. Era una mirada caliente, ardía, pero ella estaba temblando.

— ¿Lucas?

—Tienes un pelo muy bonito.

Se colocó de pie tras ella, de forma que los hombros de ella quedaron a la altura de su cadera.

Contra la extensión marrón de su duro estómago, el cabello rubio le parecía extremadamente bello,

Se rizaba como hebras doradas en sus manos cuando el lo levantaba de los hombros. Ociosamente metió los dedos entre la mata de pelo.

Aislinn estaba embelesada por la sensual vista.

Y aunque le estaba sucediendo a ella, se obligó a ser una mera observadora, a fingir que le estaba ocurriendo a otra persona. Era la única manera de poder sobrevivir.

De no ser así, cuando el extendió un mechón de pelo sobre su tripa y lo frotó como si fuera espuma, se le habría salido el corazón del cuerpo.

Si admitiera que en realidad estaba participando en un acto visiblemente erótico como aquél, podría darse la vuelta y besar el estómago tenso, podría regalar a sus labios con un viaje por el agujero de su ombligo y bajar por la franja de pelo negro que se abría en abanico por la abertura de los vaqueros; podría mojar el vello con suaves y juguetones lametazos.

Lucas dejó que le volviera a caer el cabello sobre los hombros y le rodeó el cuello con las manos.

— ¿Por qué me atrae tanto tu piel blanca? Quiero odiarla.

palmas sobre sus senos. Éste apretó, masajé, frotó.

El cuerpo de ella respondió.

Él le agarró la parte inferior de los senos completamente excitados y toqueteó ligeramente las cimas con los pulgares. Ella gimió y apretó la parte de atrás de la cabeza contra la tripa de él, que subía y bajaba con cada una de sus rápidas respiraciones.

Nunca retiraron la mirada del espejo cautivados por el contraste de las grandes manos de Lucas, testimonio de su masculinidad, moviéndose sobre las blancas montañas de terciopelo de los senos de Aislinn. Sabía cuánta presión aplicar para ofrecerle la máxima sensación. Sus dedos jugaron con delicadeza con las morenas puntas de los senos hasta que vibraron de placentero dolor.

Muy dentro de ella, otro dolor se estaba tornando insoportable. Sintió su condición de mujer febril y pesada al florecer. Sólo había una cosa que pudiera calmar aquella clase especial de dolor.

Y era imposible.

La comprensión golpeó a Aislinn de repente y se quitó las manos de su marido. Saltó del taburete y se subió el camión, cubriéndose los senos.

Entonces se volvió a él.

—No puedo.

La garganta de Lucas profirió el sonido de un gato montés a punto de atacar. La agarró del brazo y la apretó con fuerza contra él.

—Eres mi mujer.

—Pero no tu propiedad. Déjame.

—Tengo derecho.

Le metió los dedos por el cabello, le apretó el cuero cabelludo y le puso la cara bajo la de él. Reflexivamente, ella subió las manos para protegerse. Éstas aterrizaron en ambos lados del torso, justo bajo los brazos. Tenía la piel cálida y suave. Los músculos, tan duros que pedían ser explorados y admirados. Aislinn quería morderlos, le flaqueó su

Pero no estaba bien. Estaban casados, sí, pero se preguntó si el amor no debería tener también algo que ver. Si no amor, al menos respeto mutuo.

Sabía que Lucas solo sentía desprecio por lo que ella era y de donde venía, y se negó a ser meramente un objeto para sus deseos.

Incluso si la inoportunidad de aquello no era razón suficiente para desanimarlo, había otra. A Aislinn le pareció la más oportuna y fue la que utilizó, justo un segundo antes de que los labios de Lucas violentaran los suyos.

—Piensa, Lucas, Tony apenas tiene un mes.

pensó que pronto se despertaría. Así lo esperaba, la incomodidad que sentía la había despertado.

Abrió un poco más los párpados y se alarmó al ver lo cerca que estaba Lucas de ella. Tenía el pecho a escasos centímetros de su nariz, de forma que podía contar cada uno de sus rizos. En secreto agradeció al padre de Lucas su barba y el vello de su pecho.

Lucas tenía las sábanas por la cintura, y su piel resultaba muy apetecible, moreno sobre blanco.

Completamente quieta, recorrió con la mirada su garganta bronceada hasta su barbilla angulosa. Sus hermosos aunque severos labios. La nariz larga y recta herencia de su parte anglo.

Emitió un grito al encontrar sus ojos abiertos fijos en ella. Su pelo negrísimo sobre la nieve de la almohada.

— ¿Qué haces despierto?—susurró.

—La costumbre.

Sólo su fuerza de voluntad evitó que se estremeciera cuando él le apartó un mechón de tó entre los dedos, para después posarlo con sumo cuidado sobre la almohada.

—Sin embargo, no ha sido mi costumbre despertar junto a una mujer. Hueles bien.

—Gracias.

suyos, acabando con la oportunidad de las palabras. Le metió la lengua muy dentro,

La puso de espaldas y se puso a horcajadas sobre sus piernas. Las manos de ambos estaban atrapadas entre sus cuerpos, una encerrada en la cueva de su feminidad y la otra apretando su hombría. Él le movía la mano, manteniendo los dedos muy cerrados a su alrededor. La palma de ella proporcionaba la fricción.

niño, Lucas se guardaba con cuidado sus sentimientos para protegerse. No sabía cómo demostrar afecto y ternura. Le costaba mucho más que a ella aceptarlas.

Aislinn se dio cuenta entonces de que amaba a Lucas Greywolf.

Y, aunque le costara hasta el último aliento, conseguiría que aceptara su amor.

No le iba a resultar sencillo. Se percató de ello al momento de entrar en la cocina media hora mas tarde. Lucas estaba sentado a la mesa hablando con Alice, desayunando café con tortitas, y no le hizo el menor caso.

Le resultaba irónico que su inclinación a mirarlo coincidiera con la de él por evitarla a toda costa. Mientras el corazón de Aislinn era una tormenta de amor recién despertado, los ojos de él eran tan turbios como nubarrones. Durante todo el desayuno, su marcha de la casa de Alice y todo el camino hasta el rancho de Lucas, este permaneció mudo.

Tan sólo le otorgó respuestas monosilábicas a sus preguntas. Cada aproximación a una conversación por parte de Aislinn se topaba con un calle ojos de ella querían absorberlo entero, I no hizo el menor contacto visual con ella. Ella estaba afable; él, quejumbroso.

En una ocasión, tras haber conducido durante kilómetros con Tony durmiendo en su

— ¿Se puede saber que estas mirando tan fijamente?

—A ti.

—Bueno, pues no lo hagas.

— ¿Porque te pone nervioso?

—Porque no me gusta.

—No hay nada más que mirar.

—Inténtalo con el paisaje.

— ¿Cuándo te pusiste el pendiente?

—Hace años.

— ¿Por qué?

—Porque quise.

—En ti me gusta.

— ¿En mí? —dijo él con aire despectivo, mientras sus ojos abandonaron por un segundo la carretera—. Eso quiere decir que está bien que un hombre lleve un pendiente siempre que sea indio.

Aislinn se tragó la debida contestación. En su lugar, le habló con cariño.

—No, quiero decir que en ti lo encuentro muy atractivo.

La expresión severa de su rostro titubeó una décima de segundo antes de volver a concentrarse en la carretera de dos carriles que los llevaba a las cimas más altas de las Montañas Blancas.

—Yo también llevo pendientes, a lo mejor nos los podemos cambiar.

Su intento de humor cayó en saco roto; si él la oyó, no mostró evidencia. Aislinn pensó que no le iba a hacer ni caso, pero uno o dos minutos más tarde, Lucas se dirigió a ella.

—Sólo llevo este pendiente.

— ¿Tiene un significado especial?

—Lo hizo mi abuelo.

— ¿Joseph Greywolf era platero?

—Ese era sólo uno de sus talentos —contestó, con un tono defensivo en la voz, como un arma de doble filo—. ¿Te cuesta creer que un indio pueda tener varias habilidades?

De nuevo Aislinn se tragó una contestación. En aquella ocasión le fue más difícil controlarse. Pero lo logró. Comprendió que sólo estaba siendo desagradable por lo que había pasado por la mañana en la cama.

Había revelado a su mujer una debilidad, lo cual le parecía insostenible. Bajo su fachada implacable, Lucas Greywolf era un hombre extremadamente sensible, con las mismas necesidades y deseos de amor que cualquier ser humano. Sólo que no quería que se supiera.

Su hostilidad era un mecanismo de defensa. Se castigaba a sí mismo por ser un bastardo, por ser una carga para su madre adolescente, incluso por ser indio. Era tan duro consigo mismo que había cumplido condena por un crimen que no había cometido. Aislinn pensó que no se sentiría satisfecha hasta que le descubriera todas las heridas del alma y las curara con su amor.

—No me dijiste que tenías tierras. Ya sé, ya sé —añadió, levantando las manos—, no pregunté. ¿Voy a tener que preguntar siempre para sacarte información?

—Te contaré lo que crea que debes saber.

Se quedó boquiabierta ante tal vergonzosa muestra de machismo.

—Crees que a las mujeres hay que mostrarlas pero no oírlas, ¿no? —chilló—. Bueno, señor Greywolf, pues la señora Greywolf tiene intención de ser un igual en este matrimonio, y si no te gusta, entonces a lo mejor no deberías haber obligado a la señorita Andrews a casarse contigo.

Él apretó con fuerza el volante.

— ¿Qué quieres saber?

Algo más calmada, Aislinn se volvió a apoyar en el respaldo.

— ¿Heredaste la tierra de tu abuelo?

—Sí.

— ¿Estuvimos allí... antes?

El complejo estaba situado entre dos colinas y formaba una herradura. A un lado de la zona abierta había un corral. Dos hombres a caballo guiaban una pequeña manada de caballos a través de la puerta del establo, obviamente viejo y desgastado, construido

En el otro lado del semicírculo había una caravana, con la pintura descascarillada y descolorida, que parecía a punto de caerse. Justo en el centro había una casa de estuco, cuyo color se mezclaba con la pared de roca que se elevaba tras ella.

Había también un bullir de actividad, con hombres gritándose unos a otros, el ruido de un martillo retumbando contra los muros de roca de alrededor... Desde un lugar indeterminado, Aislinn oyó el zumbido estridente de una sierra mecánica.

Lucas detuvo el camión y salió. Un hombre con atuendo de vaquero se separó del resto y, tras saludarlo con la mano, se acercó corriendo a él.

Era más bajo y con más tipo de indio que Lucas y tenía el andar patizambo de un hombre que pasa mucho tiempo montado a caballo.

—Johnny, ¿que diablos está pasando aquí? dijo Lucas, en lugar de un correcto «hola».

—Te estamos terminando la casa.

—Iba a vivir en la caravana hasta que pudiera reunir dinero suficiente para terminar la casa.

—Bueno, ahora no tendrás que hacerlo dijo Johnny, a quien le brillaban sus negros ojos de alegría—. Por cierto, hola, nos alegramos de tu vuelta. —Le dio la mano a Lucas, pero éste apenas se dio cuenta, pues seguía mirando atónito por encima del hombro de su amigo.

—No puedo pagar nada de esto.

—Ya lo has pagado.

—¿Que demonios significa eso? ¿Sabe mi madre algo de esto?

—Sí, pero juró guardar el secreto. Hemos estado trabajando en la casa desde que nos enteramos de la fecha de tu liberación. Intentábamos tenerla acabada antes de que llegaras; gracias por darnos esos días extra.

Johnny hablaba distraído, pero de repente miró con los ojos muy abiertos a la mujer rubia que salía del camión y se colocaba al lado de Lucas, con un bebé en brazos. El niño estaba cubierto con una manta ligera para protegerlo del sol.

—Hola.

Lucas se giró, dándose cuenta por primera vez de que Aislinn estaba allí.

—Ah, Johnny Deerinwater, ésta es mi, eh, mi mujer.

Johnny Deerinwater le ofreció la mano de manera muy amistosa y la saludó inclinándose el sombrero de cowboy.

—Encantado de conocerla. Alice nos contó que Lucas se había casado; el muy hijo de... su madre pensaba mantenernos el secreto a sus amigos, supongo.

—Mi madre debe de haberte llamado esta mañana.

—Sí, dijo que acababas de salir para acá. Como te decía, llevamos semanas trabajando en la casa, pero hemos tenido que mover los, eh, traseros al saber que traías una mujer y un niño. Hablando de eso, ¿por qué no los apartamos del sol?

Johnny la dejó pasar para ir a la casa. Aislinn era consciente de las miradas de los obreros, que seguían sus movimientos. Cuando sonreír a varios de ellos, estos le devolvieron la sonrisa con diversos grados de timidez y sospecha.

—Desde que Joseph murió —explicó Johnny a Lucas mientras la seguían todos hemos arrimado el hombro para alimentar a los caballos, pero eso no es todo. Estaban desperdigados por todas partes; llevamos semanas rondándolos pero aún no hemos dado con todos.

—Ya los encontraré yo.

Aislinn entró en el porche bajo y ancho de la casa y, como no sabía qué hacer, atravesó la puerta principal. El olor a pintura y madera era muy fuerte pero no desagradable. Se giró para ver las paredes blancas, que daban amplitud a la casa.

Había ventanas en todas ellas, vigas vistas en los techos y suelos de piedra que daban una unidad a las habitaciones, en la sala principal había una enorme chimenea y Aislinn se imaginó un fuego encendido, alegre y chisporroteante, en una tarde fría de invierno.

ventana ancha con vistas a las montañas.

—No hace falta que lo digas.

—Lo digo en serio.

—Comparado con el lujoso apartamento en el que vivías, es una pocilga.

— ¡Claro que no! La decoraré y...

—Puedes olvidarte de traer aquí tus muebles le advirtió, apuntando con el dedo

— ¿Por qué? —preguntó ella, quitándose el dedo de delante eres demasiado orgulloso para usar algo de tu mujer? ¿No permutaban los indios con sus futuros suegros a sus esposas?

—Sólo en las películas de John Wayne.

—Considera esto mi dote, la cual, te guste o no admitirlo, era motivo de orgullo para las mujeres.

—Yo puedo mantener a mi familia.

—No lo dudo, Lucas, nunca lo he hecho.

—Compraré muebles en cuanto venda algunos caballos.

—Y mientras, ¿tendrás a tu hijo durmiendo en el suelo?

Al mencionar a Tony, Lucas lo miró, Aislinn lo había tumbado en la cama nada m entrar. Estaba despierto y miraba a su alrededor con curiosidad, como si notara que estaba en un ambiente nuevo.

Lucas se inclinó sobre el y le acarició la cara con el dedo índice, Tony abrió un puño y agarró el dedo de su padre, que se metió instintiva

—Ya ves, Lucas —susurró Aislinn—; lo quieras aceptar o no, hay gente que te quiere.

Lucas le ofreció la más fría de las miradas antes de darse la vuelta y salir a toda prisa

# CAPÍTULO DIEZ

Las semanas siguientes llevaron consigo cambios milagrosos en sus vidas. Los amigos de Lucas, bajo la supervisión de Johnny Deerinwater, terminaron el interior de la casa. No era ni mucho menos lujosa, pero sí muy confortable. Aislinn se valió de su buen gusto y sus habilidades decorativas, hizo una buena limpieza y pintó, hasta que la casa de estuco pareció un hogar de revista.

En cuanto instalaron el teléfono, Aislinn llamó a Scottsdale para que le trasladaran los muebles a su nuevo hogar. Hizo un inventario de lo que necesitaba, incluyendo la lavadora y la secadora, y revisó dos veces la lista con la empresa de mudanzas.

El camión llegó varios días más tarde. Mientras descargaban los muebles, Lucas llegó a caballo y se bajó de la montura con destreza. La primera vez que montó, se había quedado sin aire de ver lo atractivo que era.

Le gustaba verlo con sus vaqueros desgastados, sus camisas del Oeste, sus botas, sin sombrero y sus guantes de trabajo. A menudo dejaba de hacer sus tareas para mirarlo por la ventana cuando él se iba a trabajar.

Pero en aquel momento, cuando vio que se dirigía hacia el porche, se quedó sin respiración por la expresión iracunda de su rostro,

Las espuelas tintinearón cuando cruzó el porche, visiblemente furioso.

—Te dije que no trajeras tus cosas —le dijo en tono amenazante.

—No lo hiciste —a pesar de que la estaba fulminando con la mirada, se enfrentó a él de lleno.

—No vamos a discutir sobre esto, Aislinn. Diles que vuelvan a cargarlas y las devuelvan a Scottsdale, donde pertenecen. No necesito tu caridad.

—No hago esto por ti, ni siquiera por mí.

—Tony aun no puede sentarse en un sofá —dijo el insidioso, creyendo que iba a utilizar al bebé para salirse con la suya.

—Lo hago por Alice,

—¿Mi madre? —preguntó él, pálido.

—Sí, ha aceptado celebrar aquí el banquete de boda. ¿La vas a avergonzar haciendo que sus invitados se sienten en el suelo después de todos los sacrificios que ha hecho por ti?

A Lucas se le hinchó una vena, lo tenía acorralado. Y lo peor era que sabía que acorralado. A pesar de que quería admirar su astucia y felicitarla por ser una digna adversaria, estaba tan enfadado que le dieron ganas de estrangularla.

La miró mientras contaba hasta diez, se giró sobre sus talones, salió dando grandes zancadas del porche y volvió a montar su caballo, dejando una nube de polvo tras de sí.

Aislinn trabajó toda la tarde para colocar los muebles, moviéndolos ella misma por muy pesados que fueran. Asombrosamente, parecían estar hechos a propósito para la casa. Siempre le había gustado el estilo del Suroeste y fue lo que había elegido al decorar su apartamento. Pero lucían aún mejor en aquella casa, con sus tonos color desierto acentuados por los accesorios nativos que habían enviado los amigos de Lucas como regalos de bienvenida. Al final de la tarde estaba agotada, pero para compensar la pelea

. No me tendré que preocupar por que ruede y se caiga de algún sitio. ¿Has notado lo activo que se está volviendo?

Se limpió la boca con la servilleta y bajó coquetamente las pestañas.

—Y no tendrá que dormir más entre nosotros.

Vio dudar a Lucas mientras se llevaba el tenedor a la boca, masticar y tragar el bocado y entonces retirar el plato,

—Tengo trabajo que hacer —dijo, y abandonó la mesa con brusquedad.

—Pero he hecho pastel de postre.

—A lo mejor luego.

Alicáida, miró cómo desaparecían los anchos hombros de su marido por la puerta. Supuso que debía estar contenta por no haberse metido en una batalla por los muebles, pero le disgustó que estuviera tan ansioso por abandonar la mesa y su compañía, sobre todo en el preciso momento en que había sacado el tema de dormir juntos.

Desde que se habían mudado, Tony había dormido en la cama con ellos por necesidad. Pero Aislinn dudaba de que su diminuta presencia fuera la razón por la que Lucas no la había tocado desde la mañana en casa de Alice. Cuando no estaban discutiendo, la trataba con total indiferencia. Raramente la miraba, por no decir nunca, y cuando lo hacía, desde luego no era con ardiente deseo.

.Y  
me preguntaba qué pensarías sobre que convirtiera la vieja caravana en un cuarto oscuro.

e había levantado y caminaba por delante del sofá.

—Supongo que es eso —dijo ella con voz amable—. La falta de esperanza. Pero quizá si capto eso en película y se llega a publicar mi trabajo...

—No ayudaría —la cortó él.

—Tampoco haría daño —saltó ella, enojada por que hubiera rechazado su idea sin ni siquiera escucharla—. Quiero hacerlo, Lucas.

— ¿Y mancharte tus manos blancas?

— ¡Tú también eres blanco!

—Yo no pedí serlo —gritó él.

—Todos los demás somos monstruos, ¿es eso? ¿Por qué será que nunca pones en ridículo el trabajo de Gene en la reserva?

—Porque el no es un liberal fardón defensor de pleitos pobres haciéndonos un gran favor.

— ¿Y crees que yo lo soy?

— ¿No crees que tu caridad sería un tanto hipócrita?

— ¿Cómo?

—Viviendo así —dijo, incluyendo en el gesto de sus brazos toda la casa, mucho más bonita y confortable con todas las contribuciones de Aislinn—. Siempre he despreciado a los indios que se aprovechaban de otros indios. Su piel es morena pero lo olvidan y viven como anglos. Y ahora me has convertido en uno de ellos.

que impregnaba ciertas zonas de la reserva. La visión de niños harapientos dio paso al deseo que veía en sus ojos azules adormilados. Ya no pudo saborear el resentimiento que lo mantenía fuerte y decidido; todo Aislinn, y sus labios con sabor a miel.

Ella era el más peligroso de los enemigos porque su munición era su encanto; su dulzura lo seducía. Lo que empezó a sentir en su interior en aquel momento lo aterrorizó, así que usó el arma que tenía más a mano, y también la más dolorosa, el desprecio.

—Ya soy un traidor, tengo una esposa anglo.

Aislinn retrocedió como si la hubiera golpeado. Se separó de él, con los ojos llenos de dolor.

Para evitar que le viera las lágrimas, se dio la vuelta y corrió al dormitorio, dando un portazo,

Cuando Lucas entró casi una hora después, ella fingió estar dormida. Ya no tenían a Tony como barrera, pero la hostilidad entre ellos, tan robusta como un muro de ladrillo, los seguía manteniendo separados.



lo con  
abrazarte. Sé que estás asustada y sé por qu , pero te juro por Dios que nunca haría nada que te hiciera daño.

—Ya lo se, Gene, lo sé. Es solo que hace tanto tiempo y...

—Lo sé, no hace falta que digas más. No pasara nada hasta que tú quieras.

La abrazó de forma protectora, obligando a su propio cuerpo a controlarse. Sabía que debería tener infinita paciencia con aquella mujer a la que no quería perder.

Por fin ella se relajó y él se animó a acariciarla.

Si lograba hacer un buen precio, a lo mejor conseguía dinero suficiente para contratar a alguien que lo ayudara.

Pensó que quizá su inhabilitación para la abogacía había sido lo mejor después de todo. Dudaba de que hubiera podido compaginar el llevar el rancho y una oficina al mismo tiempo. Le encantaba la tierra y los caballos porque habían pertenecido a su abuelo. Le gustaba trabajar al aire libre, y no le importaba hacer muchas horas. Pero echaba de menos la abogacía. Siempre había disfrutado de un buen litigio, Cuando hubo madurado lo suficiente como para saber que la camorra no resolvía nada, los juzgados le habían servido de arena. Él había sido un excelente gladiador. Echaba de menos las escaramuzas legales y la satisfacción de haber dado lo mejor de sí mismo, ganara o no el caso.

Se quitó la camisa y fue a la fuente que había en el centro de la finca. Se enjuagó la cabeza, el cuello, los hombros y el torso, quitándose la capa externa de suciedad y sudor.

Cada vez que pensaba en la amabilidad de amigos como Johnny Deerinwater, se le formaba un nudo en la garganta. Sin ellos no tendría su casa; le habría llevado años terminarla en su tiempo libre, por no hablar del dinero que le habría costado. I y Aislinn...

Odiaba cuando su mente automáticamente los emparejaba. «Aislinn y yo, nosotros», Ni siquiera le gustaba pensar en ellos como unidad, aunque su cerebro no dejaba de hacerlo.

Echando chispas por el resbalón mental, rodeó la esquina la casa. Si se hubiera topado contra una pared, no habría parado tan en seco. Estaba a tan s lo unos metros de la ventana abierta de su habitación, y Aislinn acababa de pasar. La oyó tararear y vio su sombra en las paredes mientras se movía por la habitación.

El rectangular haz de luz era muy atrayente en la oscuridad que rodeaba la casa, y le hacía señales como un faro a un marinero. Representaba todo lo caliente, acogedor y confortable. Un hogar. Se quedó hipnotizado por la ventana abierta. No podía moverse, a pesar de suponer que podía estar invadiendo la intimidad de Aislinn.

Se sintió algo avergonzado por mirar por la ventana, sobre todo cuando volvió a ver a su mujer entera. Sobre todo cuando empezó a desnudarse.

Se quedó inmóvil entre las sombras, sin mover un párpado.

Lucas la observó desabrocharse el botón del puño de la fina blusa. Por mucho que no se hubiera querido fijar, tuvo que admitir que aquel día estaba radiante. La blusa tenía el corte de una camisa de hombre, excepto por las mangas, más amplias, y el escote, que bajaba hasta muy abajo.

Tenía también pequeños botones de perla. Cuando agachó la cabeza para desabrocharse los de los puños, el pelo le cayó como una cascada de oro. Lucas sólo quería enterrar en él su rostro, sentir su movimiento sedoso contra la piel. Ya lo había sentido contra la tripa y se preguntaba cómo sería contra los muslos.

Cuando Aislinn se quitó la camisa, con una provocativa desidia, tuvo una vista privilegiada de su lencería. Sujetada con unos tirantes muy finos, era de encaje y muy femenina, y le copaba los senos como si los adorara. Estos se asomaban ligeramente por encima del sujetador. Quería saborearla. La camisola no era suficientemente transparente para ver a través de ella, pero incluso desde donde el estaba, Lucas se imaginó los oscuros centros de sus pechos. Se imaginó también sus labios en ellos.

La falda era del color del cielo del Este justo antes del amanecer. Hacía un ruido como crujiente que lo había vuelto loco todo el día cada vez que se movía sobre ella. Mantuvo la respiración cuando Aislinn se echó las manos al botón trasero, en lo cual pareció tardar una eternidad.

Entonces la falda se deslizó por sus caderas y bajó por los muslos, cubiertos por unas medias pálidas. Lucas blasfemó y se llevó las palmas de las manos a las piernas, que recorrieron arriba y abajo. La camisola era de una pieza y las medias estaban sujetas por un ligero. Entre la parte de arriba de las medias y el body, los muslos parecían calientes y suaves como terciopelo. Se imaginó a sí mismo...

Se maldijo por tener pensamientos obscenos sobre su mujer como si fuera un perverso. Si tanto la deseaba y su cuerpo le insistía tanto, se preguntó por que no simplemente entraba y la poseía. Según él, ella le pertenecía, estaban atados legalmente y pensaba que aquello le daba derecho a ciertos privilegios conyugales.

«Pues muévete, maldito. Entra ahí y toma lo que es tuyo», se dijo.

Pero no lo hizo, porque sabía que sería muy arriesgado. Si la tomaba sin pasión, entonces utilizaría su cuerpo para descargar la ardiente furia.

Terminaría y no volvería a pensar en ello hasta la siguiente vez que se encontrara en la misma situación.

Pero no quería que fuese así. Pensó que lo había embrujado. De alguna manera se había ganado su confianza en su mente y en su corazón, y lo que él sentía y pensaba de algún modo interfería en lo que su cuerpo quería. Su sexo no podría participar sin involucrar también a su cerebro.

No dejó de recordar la mañana en la cima de la montaña. Ella había escalado para ofrecerle su consuelo cuando estaba convencido de que tenía múltiples motivos para salir huyendo. Recordó su rostro mientras el movía el cuerpo dentro de ella.

Y en el momento más inoportuno, cuando más resentimiento quería sentir hacia ella, la imaginó dando a luz a su hijo y pensó en el cariño con que trataba a Tony. También estaban todas las cosas generosas que hacía por él, como guardarle el café caliente cuando ni siquiera le había pedido que se lo rellenara, o esperarlo a veces en el porche

cuando él volvía cabalgando de sus largas horas de trabajo. Siempre sonriente, como si la alegrara verlo.

Lo que más lo confundía era por que lo trataba con tanta consideración y cariño; no podía imaginar los motivos, cuando tenía todos los del mundo para odiarlo. Pensó que si actuara con resentimiento en lugar de comprensión, la vida sería mucho sencilla. Podrían incluso tener algo de sexo escandaloso de vez en cuando para relajar el ambiente. Pero de aquella manera, le hervía la sangre.

Aislinn ya no estaba en la ventana, pero por la sombra Lucas pudo ver cómo se quitaba las medias. Vio como apoyaba un pie en el borde de la cama, desenganchaba la tira del ligero y se bajaba la media por la rodilla, la pantorrilla, el tobillo, para después sacarla lentamente del pie. Hizo lo mismo con la otra pierna.

Lucas la miró paralizado cuando se bajó los tirantes del body y se sacudió hasta que a los pies. Entonces salió de él con gracia y la vio estirarse, proyectó la sombra de una silueta perfecta.

Lucas profirió una retahíla de obscenidades. No entendía por qué no luchaba contra él. Se preguntó si le tendría lástima, o si se sentía obligada a ser una esposa ejemplar. En cualquier caso, decidió que no necesitaba su generosidad.

Entonces se movió, giró sobre los talones y anduvo a zancadas hasta la trasera de la casa. Dio un portazo y entró como una furia en la casa, apagando todas las luces que encontraba a su camino. Para cuando llegó a la puerta del dormitorio, estaba realmente enfadado.

— ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Aislinn lo miró consternada con sus inocentes ojos azules completamente abiertos. Estaba sentada en la mecedora, como una virgen, con el pelo sobre los hombros. Tenía un lado del camisón abierto, por donde daba de mamar a su hijo.

—Estoy dando de comer a Tony —contestó sencillamente.

Lucas, apoyado en la puerta con los brazos cruzados, buscaba pelea. Sin la camisa, la piel recién lavada parecía brillar contra la luz de la lámpara.

Su pelo negro estaba empapado y rizado. La cruz que le colgaba del cuello atrapaba la luz y daba reflejos casi tan brillantes como sus ojos.

Le había salido el tiro por la culata. Sintiendo como un tonto, retiró la mirada de su mujer y la posó sobre la cama, en la que yacían el body y las medias como recuerdos de una tarde de pasión. Aquello lo volvió a encender.

—La próxima vez piénsalo dos veces antes de desfilas medio desnuda delante de una ventana abierta con la luz encendida.

—No sé de que me hablas, Lucas.

—La ventana, maldita sea —bramó, señalando esta con un dedo que le temblaba de ira—, la ventana. No te desvistas delante de la ventana.

—Oh, no lo había pensado.

—Si, bueno, pues piénsalo a partir de ahora, ¿vale?

—Pero no había nadie fuera que me pudiera ver.

— ¡Estaba yo! Te he visto desde el establo.

— ¿Sí?

—Te aseguro que sí.

—Pero tú eres mi marido.

Había cierto tono de burla en su voz, pero tan leve que Lucas tuvo miedo de desafiarla. Estaba preparado para un combate mano a mano, pero no para un concurso de

inteligencia. Nunca se había sentido con tan poca en su vida, ni tan fuera de control. De una forma completamente distinta, ahora Aislinn estaba tan tentadora como unos momentos antes cuando había hecho su striptease sin ninguna malicia. La sangre le bombeaba a Lucas en la cabeza y en el sexo.

—Me voy a duchar —dijo rápidamente, y salió de la habitación antes de ponerse en ridículo.

Cuando salió del baño, Aislinn estaba en la otra habitación inclinada sobre la cuna de Tony.

—Déjame tenerlo un rato —le dijo Lucas.

Se había calmado considerablemente. Aún estaba mojado y le caían gotas de agua por su piel color teca. Estaba desnudo salvo por una toalla que le cubría tan solo una franja y Aislinn pensó que se parecía al taparrabos que habrían llevado sus ancestros. Parecía primitivo y peligroso, si no fuera por la luz de sus ojos al levantar a su hijo y sujetarlo cerca de su rostro. Murmuró unas plegarias navajo que recordaba de su niñez y besó a Tony en la mejilla antes de volverlo a meter en la cuna. El niño se durmió al instante.

—Está tan pacífico ahora... —suspiró Aislinn—.Ojalá duerma hasta la mañana, estoy agotada.

— ¿Por qué se despierta tanto últimamente?

—No lo sé. Gene lo va a mirar cuando vuelvan. Oh, casi me olvido —dijo, mientras ambos entraban en el dormitorio, y tomó un sobre que había en el vestidor y se lo dio , ha venido esto en el correo de hoy.

Lucas examinó el sobre un rato antes de abrirlo.

Aislinn mostró desinterés, aunque le consumía la curiosidad. El remitente era la oficina del alcaide de la prisión en la que había estado encerrado Lucas.

Después de leerla, Lucas volvió a doblar la carta y la guardó de nuevo en el sobre. Su cara no expresaba nada y Aislinn no pudo seguir aguantando no saber que ocurría.

— ¿Es algo importante?

Él se encogió de hombros, sin darle la más mínima importancia.

—El alcaide Dixon cree que me deberían exonerar. Cree saber quienes fueron los responsables de la violencia de aquella manifestación; los han condenado y sentenciado ya por crímenes similares. Si consigue que firmen una declaración que demuestre mi inocencia, cree que podría conseguir que un juez me vindicara.

— ¡Lucas, eso es fantástico! Eso quiere decir que podrías volver a ejercer.

Él se quitó la toalla de la cintura y se metió en la cama.

—He aprendido a no confiar en las promesas de nadie, y menos las de los anglos.

Aislinn se metió en la cama con él. Sus duras palabras no la habían engañado; había visto su rostro un segundo antes de que apagara la luz y pensó que, por mucho que quisiera fingir indiferencia por aquel inesperado rayo de esperanza, no la sentía.

pensado que tu madre era muy bella, pero espera a verla ahora; está radiante. Y Gene tiene una sonrisa perenne.

Lucas sonrió y pellizcó la barbilla de Tony, mientras con la otra mano sostenía las riendas del caballo.

— ¿Que ha dicho Gene de Tony?

—Tiene un ligero resfriado, De hecho Gene lo ha llamado nosequé respiratorio superior o algo así. Le ha dado un líquido descongestivo que lo debería curar en unos días,

— ¿Por eso ha estado llorando tanto?

—No sólo; hay algo más,

— ¿Qué? —preguntó, arqueando una ceja.

—Tony tiene hambre,

— ¿Hambre?

—Sí —contestó Aislinn, sonrojándose bajo la piel morena—. No toma suficiente leche. Gene me ha aconsejado que lo cambie a fórmula y que empiece con cereales y fruta.

Lucas cambió el peso de una pierna a la otra.

—Entonces no lo, eh, amamantarás más —preguntó, a lo que ella asintió con la mirada fija en los botones de la camisa de él—. ¿Cómo te sientes?

—Lo echaré de menos. Pero está claro que quiero hacer lo que sea mejor para Tony.

—Claro.

—He parado en la tienda y he comprado botes y latas de fórmula y comida de bebés.

— ¿Un bebé puede comerse todo eso? —preguntó él con incredulidad.

Aislinn siguió la mirada de su marido hasta el asiento trasero del coche y se rió al ver los cartones.

—Sólo una parte. Casi todas las cajas contienen los productos químicos que encargué. Me estaban esperando en la oficina de correos.

— ¿El cuarto oscuro estará ya operativo?

—Sí. Lo único que necesitaba eran los líquidos.

dijo seriamente Aislinn.

Inconscientemente le puso las manos en la parte superior del muslo para impedirle lo que iba a hacer. Lucas le hizo burla.

— ¿Hacemos una carrera hasta casa?

— ¡Lucas!

Dio la vuelta al caballo roano y lo golpeó con las rodillas. El caballo salió a medio galope y Aislinn se quedó con los brazos en jarras mirándolo con exasperación, Aunque la mayor parte era falsa; en realidad su corazón nunca había estado tan lleno de amor.

Durante varios días tras el destete, Aislinn se incómoda y Tony malhumorado. Pero pronto a este empezó a gustarle el preparado. Era un comedor muy creativo y le salpicaba a ella, a Lucas y cualquier cosa que estuviera cerca con cereales y fruta blandos, pero engullía su comida con ansia y pronto Aislinn vio que estaba ganando peso.

Lucas recibió otra carta del alcaide Dixon, en la que le contaba que se había puesto en contacto con un juez y estaba haciendo progresos para su vindicación. Aislinn se animó, aunque Lucas seguía guardando para sí sus sentimientos.

Gracias a su arduo trabajo, el rancho prosperaba. De las colinas que rodeaban al rancho, Lucas había conseguido acorralar una impresionante manada de caballos con la marca de Greywolf que se habían extraviado tras la muerte de Joseph. Varias de las yeguas estaban preñadas y a las que no lo estaban las inseminaron artificialmente, una práctica a la que su abuelo se había opuesto.

Los Greywolf eran afortunados por tener un arroyo que manaba de las montañas en un rincón de su propiedad. El agua era el bien máspreciado.

Joseph nunca había vendido derechos de usar el agua por principios, pero Lucas pensaba que lo que era bueno para unos lo era para todos. Muchos pequeños granjeros, tanto indios como anglos, pagaban ahora por el uso del agua de Greywolf.

Tampoco se permitió Lucas encariñarse con los caballos hasta el punto de no poder venderlos, como le había pasado a su abuelo. Los comerciantes que compraban los caballos de Greywolf pagaban lo que valían. Lucas era un vendedor justo pero taimado.

Aislinn pasaba algunas horas al día en su nuevo cuarto oscuro. Siempre se llevaba a Tony, al que ponía en un parque que había comprado de segunda mano. Tras pintar los tablones y forrar la caravana, ésta parecía nueva.

Una tarde estaba trabajando en el cuarto oscuro, experimentando técnicas nuevas, cuando oyó el retumbar lejano de un trueno. Al principio no prestó atención, pues había acostumbrado a sus oídos a escuchar cualquier ruido que hiciera Tony, pero desconectar de otras distracciones.

Los truenos sonaban cada vez más fuerte y se dio cuenta de que la tormenta se aproximaba. Empezó a descorrer las cortinas oscuras que rodeaban el núcleo del cuarto oscuro y salió a lo que había sido la salita de estar de la caravana.

Tony estaba dormido en su parque. Aislinn se alarmó por lo tarde que era, pero cuando consultó el reloj vio que no era más que media tarde, aunque por la oscuridad pareciera otra cosa.

Fue a la puerta y miró por la ventanita con forma de rombo para ver que unos nubarrones negros estaban descargando sobre las montañas. Su primer pensamiento fue para Lucas, que se había marchado a caballo por la mañana temprano y había dicho que iba a ir a las cimas más altas para ver si encontraba más caballos perdidos. A Aislinn no le gustó en absoluto el tiempo que hacía y esperó que su marido regresara pronto.

El viento lo levantaba todo, formando remolinos de tierra entre la caravana y la casa. Decidió esperar a Lucas antes de intentar llevar a Tony y toda su parafernalia a la casa. Además, pensó que la tormenta pasaría en unos minutos.

Después de revisar al bebé otra vez, volvió al cuarto oscuro y se imbuyó en el trabajo. Hizo falta una sacudida para despertarla. La caravana se balanceó cuando una ráfaga de viento la golpeó. Aislinn oyó sollozar al niño y salió corriendo del cuarto. La caravana estaba iluminada por una luz verde y fantasmagórica.

Tony empezó a llorar. Aislinn corrió a abrir la puerta y el viento se la quitó de las manos, de forma que golpeó con fuerza contra el exterior de la caravana. Unas enormes gotas de agua se le clavaron en la piel como agujas cuando salió para cerrar la puerta. Entonces sintió bolas de granizo como balas, que en unos segundos, dejaron el suelo blanco.

—Oh, Dios —gimió, mientras tiraba con todas sus fuerzas de la puerta.

Unas nubes completamente negras bullían sobre su cabeza; el suelo estaba totalmente cubierto por las nubes bajas, que parecían tan opacas como cortinas de terciopelo. Los

sta se abrió, Lucas  
por poco cayó dentro, empujado por el viento, Aislinn se derrumbó sobre él, sin dejar de  
lloriquear. Sólo el pie firme de él evitó que los tres se cayeran al suelo.

le preguntó él.

Aislinn había amontonado algunas mantas de más en la caravana. Mientras Lucas miraba por la puerta para planificar el camino más fácil, ella envolvió a Tony en varias de ellas hasta que pareció una momia. No hizo caso de sus lloros, pues sabía que una vez que comiera y estuviera seco y calmado, estaría bien.

Lucas tomó otra manta y cubrió con ella la cabeza de su esposa, atándola bajo su barbilla.

—No te protegerá mucho pero es mejor que nada —dijo, le puso las manos sobre los hombros y la miró directamente a los ojos—. Ahora tu única tarea es agarrar fuerte a Tony, yo haré el resto.

Aislinn asintió.

—De acuerdo, vamos.

Nunca recordaría los detalles de aquel viaje que normalmente duraba menos de sesenta segundos. En su cerebro no había más que un borrón de viento, agua, rayos y miedo. Nada más poner los pies en la tierra se le clavaron los zapatos en el barro. Cuando intentó pescarlos con los dedos de los pies, Lucas le gritó por encima de la tormenta que los dejara y tuvo que seguir el resto del camino descalza. Se resbaló en el lodo, pero los brazos fuertes de Lucas la rescataron antes de caerse.

Ella sujetaba a Tony tan fuerte que temía romperle las costillas. Iba con la cabeza bajada, la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados.

. Papá y tú sois muy valientes.

Lucas regresó y le colocó una manta seca sobre los hombros, haciendo un fardo con ella.

—Me castañetean los dientes —dijo ella de forma innecesaria.

—Ya me he dado cuenta. Deprisa, vamos a secar a Tony, y después nos pondremos contigo.

Fueron juntos al cuarto del niño. Se había ido la luz pero Lucas llevaba dos velas de su dormitorio, que hasta aquel momento habían servido solo de decoración. A la luz de las velas, Aislinn desnudó al niño y lo secó. Mientras lo hacía, Lucas fue a por una botella a la cocina. Esperó a que se calentara y regresó con ella justo cuando Aislinn estaba metiendo a Tony en la cuna.

—Deja que yo le dé de comer mientras de tú te das un baño de agua caliente. Ya he abierto los grifos. Toma una vela.

Para evitar mojar y enfriar de nuevo al niño ya seco, Lucas se estaba quitando la ropa mientras hablaba. Cuando se hubo desnudado del todo, tomó la toalla la que había usado Aislinn para secar a Tony y se la puso alrededor. Entonces sacó al niño de la cuna y lo

En cualquier otro momento, la imagen del enorme indio desnudo sentado en una mecedora con un cojín de cuadros le habría parecido divertidísima a Aislinn, pero aún estaba aturdida por el miedo como para notarlo.

—No te olvides de la medicina —le dijo.

—No te preocupes.

Sabiendo que Tony estaba en buenas manos salió de la habitación para darse un baño. Casi media hora más tarde salió de este con la vela. Se había metido en la bañera hasta que el agua caliente le había cubierto los hombros. El calor de esta se había filtrado en ella, quitándose todo el frío y calmando sus destrozados nervios. Ante de lavado el pelo; después se lo había cepillado y lo había dejado secar al aire. Entonces

Pasó primero por el cuarto del bebé y vio que Tony dormía profundamente en la cuna. Le puso una mano en la cabeza y no pudo evitar las lágrimas. Era muy valioso para ella; no podía imaginar una vida sin él. Pensó en lo vacío y yermo de su vida anterior antes de haber sido bendecida con él.

Rogó a Dios que la perdonara por su momentánea falta de fe en la caravana y le haberle favorecido con Tony. También le agradeció haberlos sacado sanos y salvos de la terrible experiencia y le juró que nunca volvería a dudar de su gracia y su bondad.

le dijo, y le quitó las manos para cruzar sigilosamente hasta la ventana—. La tormenta se está alejando.

Aún llovía, pero con mucha más calma. Los truenos sonaban como tambores lejanos y los rayos eran menos siniestros. Aislinn se llevó el tazón de chocolate a los labios y dio varios tragos. Intentó bebérselo todo, pero el nudo que tenía en la garganta se metía en su camino. No podía apartar la mirada de Lucas, cuya silueta se reflejaba claramente contra la ventana gris, y pensó en lo bello que era.

El trauma de aquel día pudo con ella, asaltada por sus sentimientos. Empezó a temblar con tanta fuerza que derramó el chocolate sobre la mano, quemándose. Dejó el tazón en la mesa, incapaz de contener los sollozos que escapaban de sus labios temblorosos.

— ¿Aislinn?

No contestó porque sabía que su voz no sería más que un graznido si intentaba hablar. Se metió los dedos en la boca para tratar de contener la emoción que parecía determinada a salir.

— ¿Aislinn? —repitió Lucas.

El tono de preocupación en la voz la deshizo por completo y las lágrimas se abrieron paso entre su orgullo y su falso coraje. Le temblaban los hombros y se cubrió la cabeza con las manos.

— ¿Qué pasa, ocurre algo? ¿Estás herida?

Lucas se arrodilló frente a su silla y recorrió con las manos sus brazos, sus hombros temblorosos, como si buscara las heridas.

Ella se quitó las manos de la cara, pero las lágrimas le seguían recorriendo las mejillas.

—No, no. No estoy herida. No sé por qué estoy haciendo esto . Es un efecto retardado, supongo. Estaba tan asustada.

Rompió a llorar de nuevo. Él se levantó y le acarició el pelo.

—No llores —susurró—. No llores, ya ha pasado.

Un lado del rostro de Lucas se veía confuso por la oscuridad, pero la vela iluminaba el otro. Aislinn extendió las dos manos hacia él, suplicantes.

Le rozó la cara con las yemas de los dedos.

—Tenía miedo de no volver a verte. No sabía cómo sobreviviría si te pasara algo.

—Aislinn.

—Más que miedo por mi seguridad o incluso la de Tony, tenía miedo por la tuya.

Recorrió con las manos su rostro y bajó por sus bíceps antes de volver al rostro,

—Estaba a salvo.

—Pero yo no lo sabía —dijo ella con desesperación.

Lucas le puso tres dedos en los labios para calmar su temblor.

—Yo también estaba desesperado por volver con vosotros.

— ¿De verdad?

—Estaba preocupado —admitió, y le recorrió la cara como ella le recorría la suya.

— ¿Lucas?

— ¿Qué?

Éste se agachó y la besó breve y suavemente.

Ella profirió un sonido trémulo y pegajoso en la garganta y apoyó las manos sobre sus hombros, apretando y soltando reflexivamente.

—No quiero volver a estar sola y sin ti nunca más.

—No.

—No me dejes nunca.

—No lo haré.

—Dependo de ti para que nos protejas a Tony y a mí.

—Siempre lo haré.

— ¿Soy tonta, cobarde?

—Eres muy valiente, y estoy orgulloso de ti.

— ¿Lo estás?

—Mucho.

—Te quiero, Lucas, te quiero.

La declaración actuó como el nivel de una presa. Las palabras brotaron de su boca, profesiones de amor que habían estado fermentando desde hacía semanas y que ahora salían como las burbujas de una botella de cava descorchada, indisciplinadas, incapturables e incontrolables. Y en medio de las palabras, sus labios se juntaron en breves intercambios de aliento.

Pero enseguida aquello no fue suficiente. La rodeó con los brazos y ladeó la cabeza, reclamando sus labios para un beso abrasador. Los labios de Lucas estaban hambrientos y los de ella eran su festín. Con un leve gemido, le metió la lengua en la boca y la frotó contra la de ella. El beso fue puramente carnal.

Sus manos pasaban de atrás hacia delante. Le abrió el cinturón del albornoz y metió las manos.

Estaba caliente y suave y femenina. Los pechos llenaron sus manos y él los masajeó.

Hizo un camino de besos en su cuello. Ella lo observaba con amor mientras él le tocaba la punta de uno de sus senos con la lengua. A Aislinn se le escapó un grito de júbilo y la boca de él le dio más razones para alegrarse. Moviéndose de lado a lado, desempeñó actos de amor sobre su piel.

Por encima de sus hombros, Aislinn pudo ver la amplitud de su espalda. Los músculos bajo su radiante piel se encogían con cada movimiento.

Ella le acarició la piel desnuda como si lo estuviera untando de crema.

Aún arrodillado ante ella, le rozó la tripa con el pelo y le besó el ombligo. Cuando le apretó el regazo con su rostro, ella echó la cabeza hacia atrás en un espasmo de placer. Entonces masculló su nombre mientras él le echaba las caderas hacia adelante.

Lentamente, le separó las piernas y la besó.

Aislinn se vio envuelta en una vorágine de pasión, que la imbuía, y ella parecía ahogarse. Apenas estaba consciente cuando él la levantó en brazos y la llevó por la casa.

Sólo cuando la depositó con delicadeza en la cama fue ella consciente de nuevo de su alrededor. Oyó el sonido susurrante de la ropa cuando él se desabrochó los pantalones y abrió los ojos a tiempo de ver cómo salía de ellos. Como si fuera para favorecerla, los relámpagos encendían el cielo y le proporcionaban luz suficiente para verlo, desnudo y espléndido.

Lucas no se tumbó como ella esperaba, sino que se arrodilló entre sus muslos y bajo la cabeza.

—Lucas —protestó ella de forma poco convincente.

—Te debo esto, Aislinn. La primera vez, aquella mañana hace tanto tiempo, fue por mí. Esta es por ti.

Su boca la llevó a un punto culminante de sensaciones, como nada que hubiera experimentado antes. Aislinn revolvió la cabeza en la almohada mientras intentaba tomar aire, pero cada oleada de éxtasis se lo impedía. Lucas era implacable en su determinación de otorgarle su satisfacción final, y se mantuvo al final hasta que ella creyó que iba a morir de un placer casi insoportable.

Cuando por fin la liberó de la gloriosa cárcel de éxtasis, tenía el cuerpo empapado en sudor y los labios con heridas de sus propios dientes.

Los labios de él fueron muy considerados al besárselos. Los lamió amablemente y luego el resto de la cara. Una vez más, las sensaciones empezaron a recorrerle el cuerpo, y Lucas se tumbó sobre ella con cuidado.

Tenía el sexo caliente y duro. Aislinn lo sintió contra la parte interior del muslo. Lo quería dentro y lo transmitió levantando las caderas y moviéndose contra él.

— ¿No te haré daño? —preguntó el bruscamente.

—No.

Estaba tan duro como el acero, aunque tan suave como el terciopelo. La penetración fue tan completa que ella hizo un gesto de dolor.

—Te estoy haciendo daño —se alarmó él.

Pero cuando se intentó retirar, ella cerró las piernas.

—Quiero tenerlo todo de ti.

Entonces Lucas enterró la cara en la curva de su hombro y gruñó de inmenso placer, tanto por sus palabras como por la forma en que su cuerpo se ceñía suavemente a él. Quería que durara para siempre, y aguantó tanto como pudo.

con ella y le dio todo cuanto pudo de sí mismo. Él cuerpo de ella cele

Entonces, débiles y agotados, se quedaron tumbados, con el cuerpo de él acurrucado en el de ella, durante mucho tiempo. Y por fin, cuando él la puso a su lado, con la espalda contra su pecho, los dos cayeron en el sueño más placentero que hubieran conocido.

## CAPÍTULO DOCE

—Me alegro de que eligieras mi casa aquella noche.

Greywolf ladeó la cabeza para mirarla.

—Yo también.

Ella le tiraba suavemente del vello del pecho. Habían hecho el amor en varias ocasiones durante la noche, dormitando entre medias. Sus pasiones se habían encendido fácilmente cada vez que uno había tocado al otro. Ahora, con su deseo momentáneamente repleto, yacían indolentemente entre las sábanas arrugadas. La tormenta de la noche anterior había pasado y la luz de la mañana teñía la habitación de un resplandor rosa.

—Me pegaste un susto de muerte —dijo ella.

—Tú también me pegaste un susto de muerte.

Aislinn se rió por la sorpresa y se incorporó, apoyándose en los codos, para mirarle la cara.

— ¿Yo? ¿Tenías miedo de mí? ¿Creías que te iba a poder?

—No en ese sentido, pero en aquel momento, si algo hubiera podido conmigo habría sido una mujer bonita. Me desarmaste por completo. ¿Por qué te crees que tome el cuchillo?

— ¿Pensaste que era bonita? —preguntó ella, mirándolo entre una pantalla de recatadas pestañas.

— ¿Tanteando?

—Sí, marido, nunca me cansaré de los cumplidos con los que me regalas constantemente —dijo ella, suavizando el sarcasmo con una sonrisa, que él le devolvió.

—Si creo que eres bonita. Pero ¿quieres saber que fue lo primero que pensé cuando te vi?

—Si, ¿qué pensaste?

—Maldición.

— ¿Qué?

—Eso es lo que pensé: «Maldición». ¿Por qué tenías que ser preciosa y tener el cuerpo y la cara de un ángel? Quería mandarte al infierno por tener el aspecto que tenías. Si hubieras sido un hombre te habría golpeado la barbilla y habría volado. O si la señorita Aislinn Andrews hubiera sido fea, la habría atado, me habría comido su pan y su salchichón, me habría bebido su leche, probablemente le habría robado el coche y me habría largado de allí.

—Hiciste todo eso, pero además pasaste la noche.

—Incluso cuando sabía que aquello multiplicaba las posibilidades de que me atraparan.

— ¿Por qué, Lucas? —preguntó, mientras le acariciaba el estómago.

—Porque quería dormir contigo.

—Oh —suspiró ella.

—Pero todo el tiempo que te deseé, me odié por hacerlo.

— ¿Escrúpulos?

Él se rió con ganas. Aislinn adoraba aquel sonido ronco y profundo, todavía nuevo para

—Apenas. Nunca he tenido tantos escrúpulos con las mujeres.

—Es extraño.

— ¿Por qué?

—Después de lo que le pasó a Alice.

—Siempre me he asegurado de no dejar a ninguna mujer embarazada —repuso él con el ceño fruncido—. Excepto una vez.

Se besaron.

—Esa vez no estaba pensando en nada más que en esto —dijo, y le tocó la parte baja del cuerpo, dejando a sus dedos recrearse con el vello suave y dorado—. Nunca me había aprovechado de ninguna mujer. Hasta ti. Has sido la excepción a todas las reglas que me haya impuesto.

—Eso parece, y me alegra mucho. Pero ¿por qué te odiabas por desearme?

—No quería sentir un deseo tan desesperado por una mujer, y menos una anglo.

— ¿Por eso es por lo que sentías un «deseo desesperado»?

—Sí —admitió él con voz ronca.

— ¿Todo el tiempo que estuvimos juntos?

Él asintió serio.

— ¿Y todo aquello de tu seguro para la policía?

—Fue mi racionalización endeble. Sabiendo que era una locura, quería mantenerte junto a mí. Me sentía culpable por trastocar tu vida y arrastrarte en aquel lío, pero... No lograba convencerme de soltarte a pesar de que todo el rato tuve miedo de hacerte daño —dijo, y le pasó la mano por la garganta—. Supongo que te hice daño de todos modos,

—Yo no lo creo.

— ¿Es eso cierto, Aislinn?

—Es cierto.

—Dios, no sé por qué no me has matado mientras dormía.

—Porque —contestó ella con una sonrisa— contaba con que ese deseo desesperado aún estaría ahí.

—Lo está. Más desesperado que nunca.

Se enredó una mano con su pelo y, sujetándole la cabeza mientras le daba un apasionado beso, la puso de espaldas. El largo beso la dejó sin respiración.

—Podíamos haber estado haciendo esto desde hace semanas si no hubieras sido tan terco —dijo ella—. Nunca das tu brazo a torcer, ¿eh?

—Ahora mismo se de muchas cosas que podría darte —dijo él con mirada lasciva.

Ella le agarró del pelo como castigo a su procacidad, pero entonces se rió tontamente.

—No puedo creer que de verdad hayas hecho un chiste.

—Puedo ser extremadamente divertido.

—Con cualquiera menos conmigo. Conmigo eres cabezón e inflexible. No puedes ser divertido porque estas demasiado ocupado siempre a la defensiva por lo que pasó aquella mañana en casa de Alice,

Él se puso tenso y empezó a irse, pero ella lo atrapó entre sus brazos por la espalda.

—Quédate donde estás, Lucas Greywolf.

—Me avergonzaba de mí mismo.

—Me necesitabas.

La suavidad con que lo dijo lo desprendió de su reacción defensiva.

—Necesitar a alguien no es algo de lo que avergonzarse. ¿Por que te resulta tan difícil admitir que necesitas a otra persona de vez en cuando?—continuó, y le tocó los labios con un dedo—. Me gustó sentirme necesitada aquella mañana. No me ofendí por lo que hiciste; sólo me apenó que no me dejaras participar más.

Aislinn levantó la cabeza para besarlo. Al principio él se resistió, pero acabó rindiéndose ante la boca de ella, que continuaba moviéndose sobre la suya. Cuando ella apoyó la cabeza en la almohada otra vez, él la siguió y le enseñó lo mucho que la necesitaba.

Más tarde Aislinn deslizó las manos por su espalda empapada en sudor y pasó por su cintura hasta sus genitales.

— ¿Oyes algo?

—Sí —masculló él en su cuello—. Mi corazón; me va a estallar.

Ella sonrió en su hombro, mordiéndolo ligeramente, adornando la más ligera huella de vulnerabilidad que mostraba.

—El mío también. Pero me refería a otra cosa.

— ¿Cómo Tony?

—Precisamente Tony. Será mejor que me levante a ver qué pasa.

Lucas se retiró de ella y se quedó tumbado sobre la espalda, mostrando con ojos ardientes y posesivos a Aislinn mientras esta se ponía el salto de cama que había llevado la noche anterior.

Lucas no recordaba una época de su vida en la que hubiera sido feliz. Había vivido ocasiones felices en cumpleaños y navidades, había adorado las veces en que se iba a cazar con Joseph a las montañas, exultaba de alegría cuando ganaba carreras de atletismo. Pero la felicidad era algo que tenían otros, personas con familias y entornos normales, personas que no mezclaban la sangre, personas que no vivían con estigmas, personas que no estaban marcadas.

Aquella mañana Lucas Greywolf estuvo más cerca que nunca de la felicidad. Incluso se sonreír ampliamente solo porque le apetecía.

Se estiró como un gato salvaje cuya única preocupación es saber que va a desayunar. Ser feliz no le resultó tan aterrador como había pensado.

Aislinn también entró flotando en la habitación de Tony. Todos los días anteriores se habían evaporado por el amor de Lucas y el sol radiante entraba por las ventanas. Veía el futuro soleado porque amaba a Lucas y al fin había conseguido que este aceptara su amor.

No le había dicho que la quería, pero pensó que no se podía tener todo de un a vez. La deseaba. Le gustaba tenerla en su vida y en su cama, y pensó que quizá con el tiempo acabaría creciendo el amor. Mientras tanto, se conformaba con lo que tenía. La vida era bonita.

—Buenos días, Tony —saludó alegremente al entrar en la habitación, pero el niño no paraba de lloriquear—. ¿Tienes hambre? ¿Eh? ¿Quieres un pañal seco, te sentirás mejor?

En cuanto se dobló sobre la cuna supo que algo iba terriblemente mal. Con su inexplicable instinto maternal, se dio cuenta al instante de que algo no marchaba bien. El ruido de respiración forzada la alertó enseguida y cuando lo tocó, gritó.

— ¡Lucas!

—Calmarte para empezar. Después bañar a Tony con agua fría para tratar de bajarle la fiebre. Y traedlo lo más pronto posible.

— ¿A la clínica?

—Sí.

—Estaremos en media hora o menos.

Lucas colgó sin más palabras y repitió las instrucciones de Gene a Aislinn. Se terminó de vestir mientras ella llenaba el baño de Tony de agua fría.

Entonces se cambiaron los papeles y, mientras él se hacía cargo del bebé, ella se vistió

Le puso los pañales a Tony, lo envolvió en una manta ligera y salió por la puerta de delante, donde Lucas ya tenía el motor del coche encendido.

El claro frente a la casa era un lodazal por la noche anterior. El terreno esponjoso enterraba las ruedas del coche cuando Lucas lo intentaba llevar hacia la carretera. Este patinó varias veces en la zanja.

Las manos de Lucas agarraban con fuerza el volante y tenía la espalda arqueada. La dura expresión de su rostro le recordó a Aislinn la otra ocasión en que lo había visto conducir con tanta concentración. Aquella otra ocasión, que entonces le había parecido una situación de vida o muerte, ahora parecía una nadería. Ahora realmente conocía el significado del miedo, y este era cuando la vida de un niño estaba en serio peligro.

El viaje a la ciudad pareció durar una eternidad, con el pequeño cuerpo de Tony desprendiendo tanto calor que le quemaba los senos a su madre. Estaba muy inquieto.

pacientes esperando. Alice y Gene examinaron metódicamente al bebé, apartando

Aislinn miró a Lucas en busca de consuelo, que apenas había hablado por el camino, pero este miraba fijamente a su hijo. Aislinn quiso confortarlo, pero sabía que cualquier cosa que dijera sonaría a lo que era, un tópico vacío. Además, se preguntó cómo podría confortarlo si ella misma estaba aterrada.

Gene escuchó la respiración de Tony a través de un estetoscopio y, cuando se lo quitó,

—Tiene líquido en los pulmones. Esa infección respiratoria superior ha empeorado mucho.

—Pero se estaba poniendo mejor —protesto Aislinn—. Le he dado su medicina rigurosamente.

—Nadie te culpa, Aislinn —le dijo Gene amablemente, mientras le ponía una mano en el hombro—. Estas cosas pasan.

—Se mojó anoche. Y pasó frío —Aislinn les contó lo de la tormenta—. Cuando Lucas nos llevó a la casa, envolví a Tony tan bien como pude. ¿Es eso lo que ha pasado?

La voz de Aislinn presentaba un tono histérico y Alice y Gene se apresuraron a asegurarle que la infección se podía haber expandido en cualquier momento.

—No estaba tomando antibióticos —dijo Gene—. Y desde luego no ha sido negligencia por tu parte.

Lucas, que había permanecido callado hasta entonces, habló desde el otro lado de la mesa de exploración donde seguía mirando a su hijo como si fuera el centro del universo a punto de estallar.

—Ponlo bien.

—No creo que pueda, Lucas.

—¡Qué! —gritó Aislinn, y se llevó las manos a los labios blancos.

—No puedo hacer mucho aquí —aseguró Gene—. Mi consejo es que lo llevéis a un hospital en Phoenix. Llevadlo a una unidad de cuidados intensivos para recién nacido donde lo puedan ver especialistas; yo no tengo el equipo adecuado.

—Pero eso está a horas de aquí—dijo con miedo Aislinn.

—Un chico con él que fui a la Facultad de Medicina lleva un servicio de ambulancias en helicóptero; lo llamaré. Alice, ponle una inyección al niño para bajarle la fiebre.

Incapaz de quitarse la parálisis de terror, Aislinn observó a Alice preparar una jeringuilla y ponerle la inyección a Tony. Cuando terminó, volvió a ponerle el pañal y le dio el bebe a su ansiosa madre. Ésta se apoyó en la mesa de exploraciones y comenzó a mecer al bebé lo mejor que pudo.

Gene regresó y les informó.

—Enseguida sacara un helicóptero. Aterrizará en los pastos que hay al norte de la carretera a las afueras de la ciudad. El piloto que ha mandado estuvo aquí el año pasado para recoger a una víctima de mordedura de serpiente, así que se sabe el camino. Aislinn,

—Neumonía.

—Entonces no es tan malo, ¿no? —dijo aliviada Aislinn—. Conozco a mucha gente que ha padecido neumonía y se han recuperado sin ninguna dificultad.

El doctor miró con preocupación a Lucas antes de volver a mirar el rostro expectante de la mujer.

—El porcentaje de recuperación de una neumonía es alto, pero estamos hablando de unos pulmones de tres meses. Me temo que eso reduce mucho la capacidad de su hijo de quitársela tan fácilmente.

—Entonces es serio.

—Su condición actual es de extrema gravedad.

— ¿Morirá? —apenas pudo controlar sus labios temblorosos el tiempo suficiente para hacer la odiosa pregunta.



same como saco de arena, como tabla de resonancia! Déjame  
compartir tu dolor.

Estaba llorando, derramando lágrimas descuidadamente por sus mejillas, y lamiéndose  
las que le llegaban a la boca.

sin ninguna garantía de que no me fueran a colgar el teléfono. Necesito todo el apoyo que pueda reunir hoy; no quiero pasar esta crisis sola. Incluso si suponía desprestigiarme, habría estado dispuesta a rogarles que estuvieran aquí conmigo. Tú los ridiculizas, pero tienes más en común con ellos de lo que piensas; eres tan frío e inflexible como ellos. Sólo que ellos retrocedieron; ellos están aquí conmigo ahora y tú no.

Lo agarró mas fuerte de la camisa, casi rasgándola.

—Me ames o no, eres mi marido y te necesito. No te atrevas a negarme ese apoyo. Te casaste conmigo porque sentiste que tenías que hacerlo por honor, Pero ¿hay algún honor en abandonar a tu esposa cuando más te necesita? ¿Te hace menos hombre llorar conmigo?

Lo volvió a abofetear. Y otra y otra vez. Las lágrimas brotaban de sus ojos, recorrían su cara y le goteaban de la barbilla.

— ¡Llora, maldita sea, llora!

Con un movimiento tan repentino que le cortó la respiración, Lucas la abrazó y bajó la cabeza, que apoyó sobre su hombro. Al principio Aislinn no se dio cuenta de que su deseo más ansiado se había visto complacido, pero después sintió sus anchos hombros agitarse

Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó con fuerza, mientras él le bañaba el cuello con sus lágrimas y le empapaba la camisa. Lucas lloró y lloró, y cuando ella no pudo soportar más su peso, los dos cayeron al suelo sin dejar de abrazarse. Ella le apretó la cabeza entre los pechos y se curvó para protegerlo y lo abrazó con mucho cariño, meciéndolo como hacía con Tony. Sus propias lágrimas cayeron incontroladas al suelo.

Lo amaba. Lo amaba tanto que dolía.

—Quiero que nuestro bebé viva —lloriqueó él—. No te puedes imaginar lo que significó para mi saber que tenía un hijo. Quiero que viva, quiero que me conozca. Cuando yo era niño, deseaba tener un padre, Aislinn. Quiero ser para Tony la clase de padre con la que yo soñaba. ¿Será Dios tan cruel como para quitarme a mi hijo?

—Si nos lo quita, Lucas, no seré capaz de sobrellevar tu pena. Te quiero demasiado.

Después de un rato, Lucas dejó de llorar, pero siguió con la cabeza refugiada en su escote. La besó a través de la ropa mojada y murmuró palabras de cariño, algunas en inglés, otras en una lengua que a ella aún le resultaba extraña.

—No quería amarte.

—Lo sé —respondió ella con cariño, pasándole las manos por el pelo.

—Pero lo hago.

—También lo sé.

Él levantó la cabeza y la miró en los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Lo sabes?

Como respuesta, le tomó una lágrima de entre sus negras pestañas, la mi el y le ofreció una sonrisa agrídulce.

—Lucas, Aislinn, venid corriendo. El doctor os está buscando.

dijo, mirando orgulloso a su hijo, que se parecía extraordinariamente a él,

Los ojos de Tony se estaban volviendo mismo tono gris que los de su padre, con un ribete azul alrededor que había heredado de su madre. Tenía el pelo negro como el ébano, pero no tan liso como el de Lucas. Sus pómulos eran igual de prominentes, pero tenía suficiente grasa de bebe para formar las mejillas redondas bajo ellos. Era la viva imagen de buena salud.

—Sois mis modelos favoritos siempre —dijo Aislinn, mientras los abrazaba, acurrucándose contra su marido mientras su hijo le tiraba del pelo.

—Oye, ¿queréis dejarlo ya vosotros tres? dijo Gene mientras le daba a Aislinn un vaso de ponche—. Deberíais socializar un poco.

—Déjame a Tony —dijo Alice, uniéndose a ellos.

Tenía una galleta en la mano que sirvió de soborno suficiente. Tony no mostró ninguna queja cuando Lucas se lo pasó a su abuela, aunque normalmente era reacio a abandonar los brazos de su padre.

—Willard y Eleanor quieren verlo —informó la abuela,

—Ahora dejad de miraros con ojos de cordero degollado e id a saludar —les dijo Gene a Lucas y Aislinn, empujándolos hacia la multitud que se arremolinaba en el despacho.

La recepción era para celebrar la oficial del despacho de abogados de Lucas.

La publicidad que rodeó a su vindicación, junto con la publicación de las fotografías de Aislinn en una revista nacional, renovaron la notoriedad de la lucha de muchos indios que habitaban en las reservas.

Lucas no se ilusionó por el apogeo del interés, pues sabía que él no de la opresión, pero cada pequeño paso que daba le resultaba muy gratificante.

Cuidaba mucho de las apariencias. No quería que pareciera que se había beneficiado de su estancia en prisión y de su posterior exoneración, y nunca olvidó quienes eran sus

dijo Aislinn

pensativa, y señaló al horizonte con la cabeza.

—Has cedido mucho, Aislinn —contestó Lucas, sin retirar la vista de la estrecha carretera que llevaba al rancho.

Ella le quitó la mano del volante y la apretó con fuerza hasta que él la miró.

—En la otra vida no te tenía a ti, ni tenía a Tony. No lo cambiaría por nada.

Los labios de Lucas mantenían la misma ardiente fiereza de la primera. Su amargura podía haberse suavizado, podía haberse deshecho de sus prejuicios, podía haber llegado a apreciar su parte anglo, pero Aislinn esperaba que nunca perdiera su manera salvaje de hacer el amor.

Buscó con las manos los botones de la blusa de su mujer, y los abrió uno a uno mientras ella se enredaba las manos entre su cabello, sujetándole la boca contra la suya. Él le sacó la blusa de la falda, le desabrochó el sujetador y le tocó los pechos con las manos.

. Fue

extremadamente fálico.

— ¿Ah, sí?

—Sí.

Entonces le metió la mano por dentro del pantalón, tocándole con el revés la tripa velluda. Con la mirada aún en sus ojos, retrocedió hasta la cama tirando de él hasta dar con las rodillas en el borde y se sentó. Lucas parecía siniestro y peligroso bajo la luz de la luna, que hacía que su pelo pareciera más negro y sus ojos más claros. La cruz que le colgaba del cuello hacía que su garganta y su pecho parecieran más fuertes por el contraste, y el pendiente de plata la cegaba.

Casi sin que él se diera cuenta, ella llevó las manos a su pecho y sus pezones. Entonces le recorrió con los dedos la forma de las costillas hasta llegar a su ombligo levantó las manos para desabrocharse el cinturón.

—No —dijo ella.

Cuando Lucas obedeció y quitó las manos, ella hizo un ballet para desabrocharle el cinturón. Nunca unos dedos le parecieron tan habilidosos, aunque también controlados y sin prisas. El metal sonó a música en la oscuridad. La respiración acelerada de él era el otro único sonido que rompía la total tranquilidad.

Uno a uno ella le abrió los botones metálicos del vaquero. El aroma a jabón, a su piel y su sexo, la recibieron cálidamente. Aislinn quería tragarse aquel aroma,

—Eres tan bello —le susurró— tan alto y tan fuerte y tan... duro.

Entonces bajó la cabeza hasta besarle el ombligo. Luego, le metió las manos por los vaqueros y se los terminó de quitar, lenta, seductora y suavemente.

Él soltó un grito cuando la lengua de ella lo tocó.

Y otra vez más, y otra más.

Mucho después, cuando yacían ya desnudos el uno junto al otro, empapados en sudor, ella le besó el cuello y le susurró en la oreja agujereada:

—Te quiero, Lucas Greywolf.

—Lo sé.

Y como él lo sabía, ella estaba satisfecha.

FIN